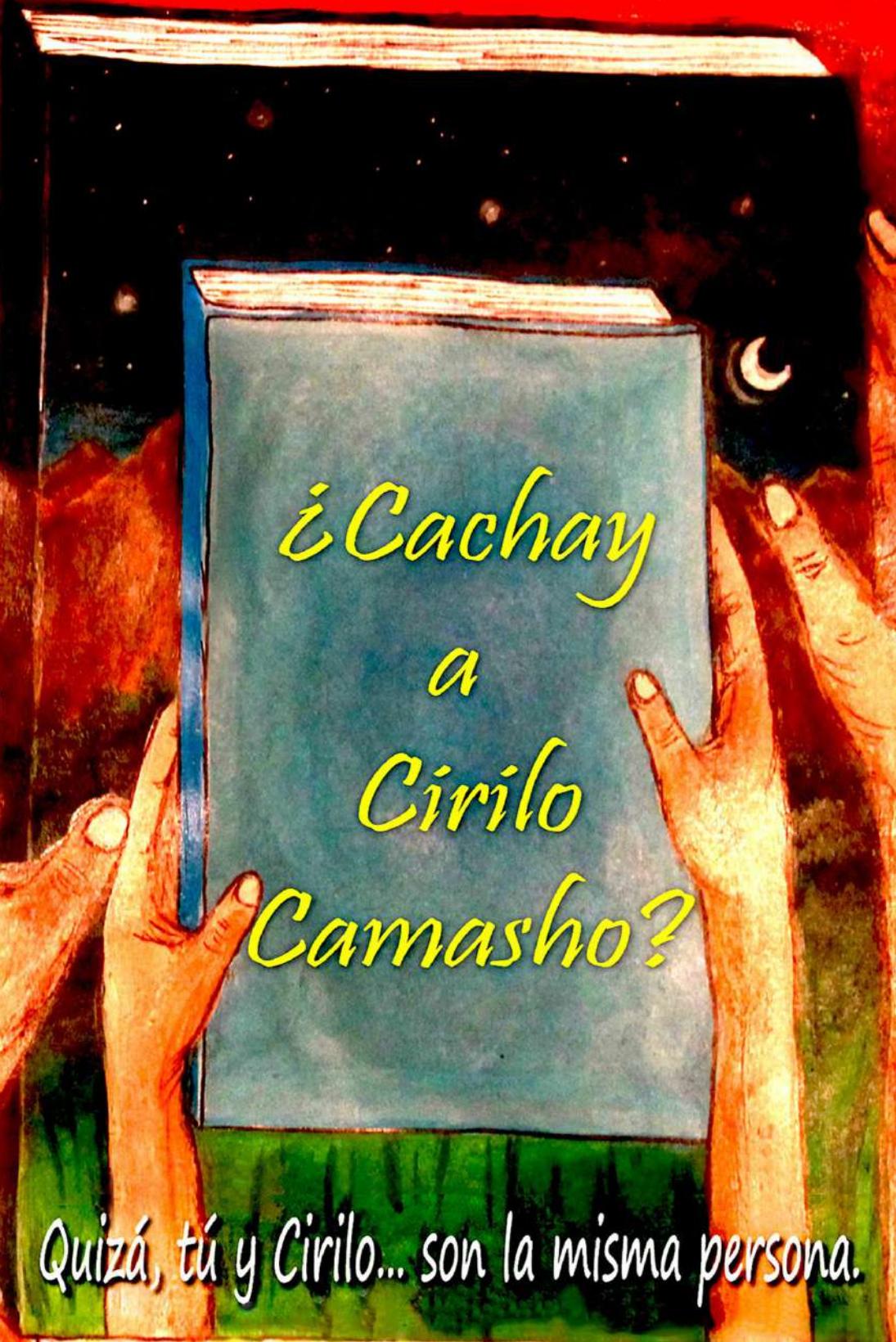
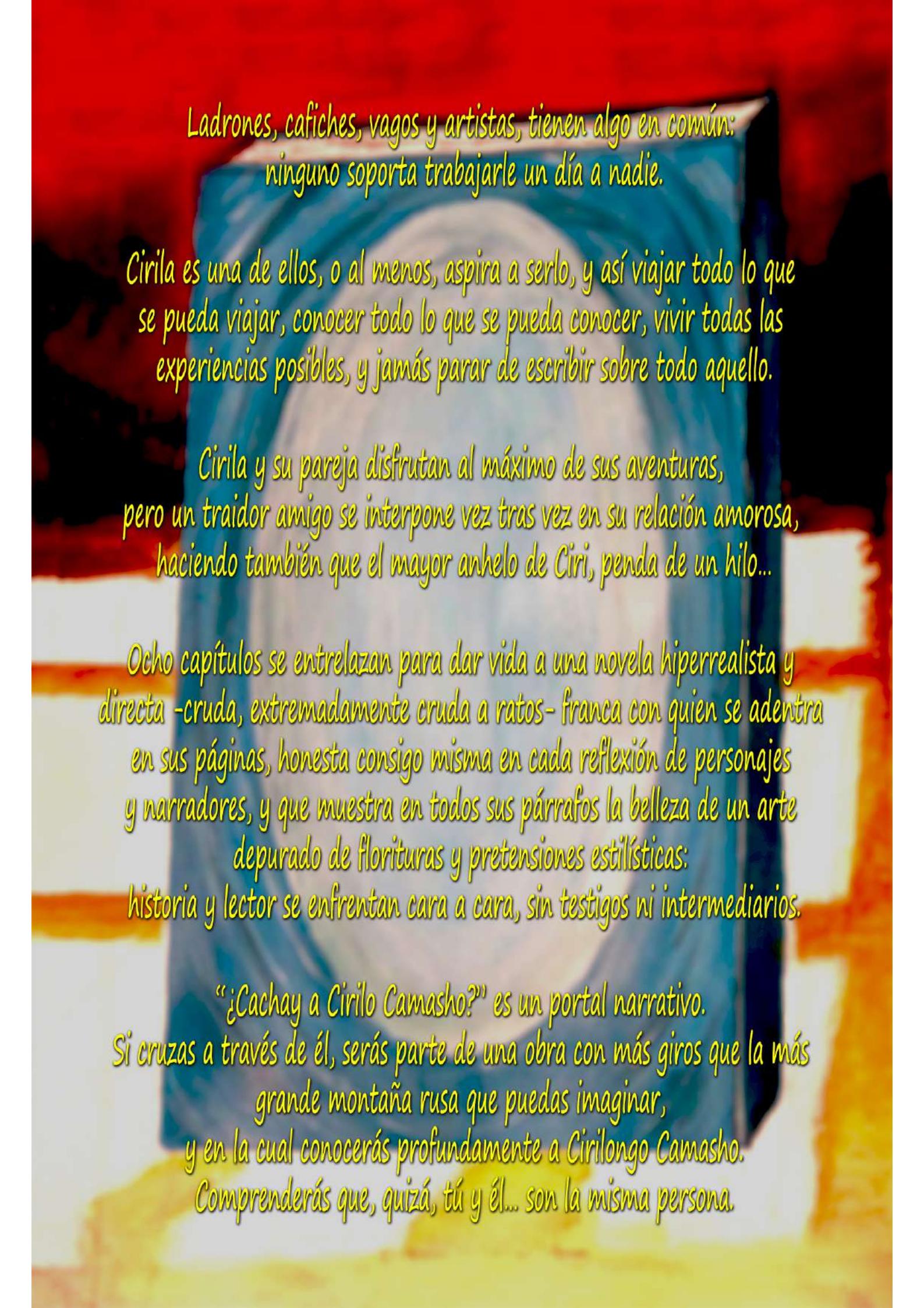


Cirila Camasho ☾



¿Cachay
a
Cirilo
Camasho?

Quizá, tú y Cirilo... son la misma persona.



Ladrones, cafiches, vagos y artistas, tienen algo en común:
ninguno soporta trabajarle un día a nadie.

Cirila es una de ellos, o al menos, aspira a serlo, y así viajar todo lo que se pueda viajar, conocer todo lo que se pueda conocer, vivir todas las experiencias posibles, y jamás parar de escribir sobre todo aquello.

Cirila y su pareja disfrutan al máximo de sus aventuras, pero un traidor amigo se interpone vez tras vez en su relación amorosa, haciendo también que el mayor anhelo de Ciri, penda de un hilo...

Ocho capítulos se entrelazan para dar vida a una novela hiperrealista y directa -cruda, extremadamente cruda a ratos- franca con quien se adentra en sus páginas, honesta consigo misma en cada reflexión de personajes y narradores, y que muestra en todos sus párrafos la belleza de un arte depurado de florituras y pretensiones estilísticas: historia y lector se enfrentan cara a cara, sin testigos ni intermediarios.

“¿Cachay a Cirilo Camasho?” es un portal narrativo. Si cruzas a través de él, serás parte de una obra con más giros que la más grande montaña rusa que puedas imaginar, y en la cual conocerás profundamente a Cirilongo Camasho. Comprenderás que, quizá, tú y él... son la misma persona.

Cirila Camasho

"

¿CACHAY
A
CIRILO
CAMASHO?

Quizá, tú y Cirilo... son la misma persona.

Queda hecho el depósito que
previene la fuck ley,
con el registro
A-280804

Arte:

Croqui y pintura de portada: Animal (“utopía”)

Dibujos interiores: Caiqu (Caiior)

Índice

Capítulo I : Yo que tú, no viajaba conmigo (o... ¿sí?)

Capítulo II : El Exagerado

Capítulo III : El Amigo

Capítulo IV : Una Confusión

Capítulo V : ¿?

Capítulo VI : El Librero

Capítulo VII : ¿Un Resentido Social?

Capítulo VIII : Un Epílogo

Dedicado a ti.

Y también a



Truman Capote



Alberto Moravia



Nikola Tesla



Beethoven



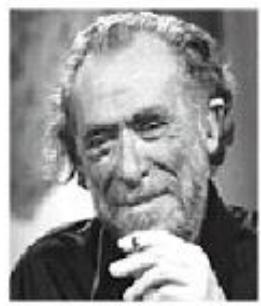
Charlotte Corday



Bruce Lee



Hemingway



Bukowski



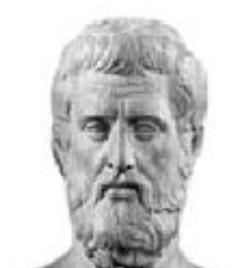
Nietzsche



Manuel Rojas



Hipatia de Alejandría



Homero



Antonio
Ramón Ramón



Lynn Minmay



Kurt Cobain



Don Quijote
y
Sancho Panza

- Cuando escribe, ¿en qué lector piensa?
- Yo no pienso en ninguno. A veces pienso que a un amigo le podría gustar lo que estoy escribiendo... y al amigo no le gusta. Eso nada más.

Entrevista a Manuel Rojas Sepúlveda

Yo que tú, no viajaba conmigo (¿o... sí?)

I

“Sentada a mi lado y descansando con los ojos cerrados, veo a la luz de mi vida sonreír dulcemente; el cuarto creciente de la Luna penetra por la ventana rodeada de una alegre noche cuyas estrellas, tímidas, huyeron del plateado resplandor del astro nocturno”.

Típico comienzo de un romántico viaje lleno de amor. Pura mierda.

Compré los pasajes para viajar justo hoy precisamente por eso, por lo de la Luna en cuarto creciente que nos gustaba tanto ver naciendo desde la Cordillera de los Andes, igual como nos encantaba celebrar los místicos solsticios, identificar las constelaciones y sus nombres, sus hermosas historias y todas sus estrellas componentes, diferenciar cuáles lucecitas eran planetas y cuáles no; todo aquello nos maravillaba: el Universo...

Yo había calculado la hora de salida y los asientos del lado que mira hacia el oriente, todo por el espectáculo del amanecer nocturno y la muy puta, a diez minutos de abordar el bus, explotó.

- ¡Ya estoy aburrida de ti!
- Pero... Carla, sólo te dije que tenía mucho calor y que moría por beber una cerveza, no entien
- ¡Claro weón! ¡Una cerveza y otra y un vino y soy yo quien pasa las vergüenzas!

Su rostro se descompuso y ella comenzó a agitarse. Continuó:

— ¡Y te poní a pelear, weón, y siempre tengo que pasarla mal por tu culpa!

Su cara se puso roja y apretaba sus labios en una mueca de rabia. Hasta ese momento sólo algunas personas que estaban cerca en el andén notaron el asunto. Una típica discusión de pareja, han de haber pensado.

— Amor, ya no soy así, yo cambié y no me emborr

— ¡YA ESTOY HARTA, WEÓN, HARTA! ¡ME TIENE ABURRIDA TU FORMA DE SER!

La gente comenzó a mirarnos.

Yo estaba en el más profundo silencio pues me asombró aquella inesperadísima reacción: temblaba ahora casi todo su cuerpo, su voz también; se escuchaba angustiada y entrecortada. Aquellas palabras no las decían su boca, quien hablaba era su corazón: provenían de lo más profundo de su Alma. Sus ojos estaban enrojecidos y húmedos. Esta vez no se trataba de una pelea cualquiera, un disgusto o una diferencia de opiniones...

De todas las discusiones que habíamos tenido nunca la había visto así, mirarme así, con odio, y gritarme ahí, sin importarle que hubiese tanta gente alrededor.

— ¡YA ESTOY HARTA WEÓN, NO TE SOPORTO!

El año anterior a eso, y exactamente en esa misma fecha, mientras recorriamos el norte de aquel país, conocimos un trago típico y exclusivo de la zona -lo hacen en base a una planta que sólo existe allí-, “Pico de Diablo”, se llama: durante una fiesta costumbrista nos lo dieron a probar y nos gustó y compramos una botella de litro. “¿Se la tomarán toda?”, nos preguntaron pícaramente los vendedores. Carla y yo nos miramos; “sí”, respondimos sonriendo; “¿ustedes dos no más?”, replicaron con una mueca de risa; “¡Claro!”, dijimos alegres; “¿en serio?”, insistieron asombrados; “sí”, confirmamos riendo.

La compramos, la bebimos y despertamos tiradas en una duna entre el Océano Pacífico y el Desierto de Atacama; el Sol nos estaba calcinando. Todavía mareada, me puse de rodillas y hablé a un tipo que caminaba por la playa.

“¡Hea, compadre!”. Él volteó hacia nosotras.

- ¡¿Hasta qué hora duró la fiesta?! -grité-.
- ¡¿La fiesta?! ¡¿La fiesta del Santo Patrono Santiago?! -gritó él-.
- ¡Sí, esa misma! -afirmé-.
- ¡Ah! ¡Ja ja ja! ¡Terminó ayer al medio día! -respondió-.
- ¡¿Qué, qué día es hoy?! -pregunté-.
- ¡Ja ja ja! ¡¿Hoy?! ¡Hoy es lunes! -concluyó-.

“Lunes, woow...”, se dijo Carla, con voz y rostro tremadamente resacosos.

El hombre saludó, y se alejó mirando las olas junto a dos perritos negros que lo acompañaban.

El sábado de la celebración aquella, luego de beber unas cervezas, comenzamos a tomar el Pico de Diablo muchísimo antes de media noche por lo que estuvimos completamente borrachas todo el resto de la fiesta y hasta el día y la noche siguientes y quién sabe a qué hora llegamos acá. No tenemos la más mínima idea de qué sucedió: desde el segundo vaso del licor ése, los hechos dejaron de existir en nuestras memorias. Quizá peleamos con un par o cometimos algún robo... pero no teníamos señales de golpes y gracias a la providencia del destino nadie nos violó ni asesinamos a nadie, ni tampoco nos suicidamos ni perdimos nuestras cosas: a un par de metros, la salada espuma casi rosaba las tres mochilas.

Rato después, con un hambre atroz, cuasideshidratadas, ultrasudadas y megahediondas a transpiración y alcohol, abordamos un destortalado bus y continuamos bebiendo las restantes botellas que cargábamos en la tercera mochila, mientras comíamos los panes de aceituna que también estaban en ella -la resaca nos había espantado el apetito hasta que llegamos allí-.

Habíamos comprado los pancitos toscanos y una docena de cervezas de 3/4 antes de toparnos con el Pico de Diablo.

Carla iba junto a la ventana y yo junto a ella, y reímos. Las cervezas estaban tibias, los pancitos salados. La combinación de los sabores fue aroma para nuestro apetito y nos besamos y acaricié su pierna izquierda y ella me sonrió. Bebimos más, y se durmió con su cabeza en mi hombro.

Saqué de mi bolsillo las fieles libreta y lapicera para avanzar en un relato que, según creí, iba muy bien. Flecté mis piernas y apoyé el cuadernito en mis rodillas. Seis o quince líneas después, me daba cuenta que era demasiado incómodo continuar escribiendo así.

Muy cuidadosamente, acariciando muy tierno a mi mariposa nocturna, acomodé su cuerpecito para que no la molestaran mis meneos. Me movía y revolvía de acá para allá en el asiento y era imposible que en cada torsión, Carla no soltara gruñiditos de incomodidad. Descubrí que lo mejor era aguantar una posición un mediano o largo rato, luego otra, finalmente una tercera, y repetir el ciclo.

En una de esas posiciones quedaba mirando casi de frente al asiento que estaba del otro lado del pasillo: sentada allí una tipa no dejaba de mirarnos, de mirar a Carla, mejor dicho. Mi cuerpo se puso tenso mas, anulando mi instinto y costumbre con mucho esfuerzo, decidí ignorar la situación.

El bus transpiraba, nos cocinábamos en su interior aunque nos refrescaba un poco el viento que se colaba por las ventanas abiertas y a través de las cuales el humo del tubo de escape, a ratos, se metía en el cacharriento vehículo que crujía y se bamboleaba torpemente.

Mientras tanto, mi relato fluía a través de las hojas y se deslizaba cual esquiadora sobre una pendiente de nieve virgen y poco declive; eso me hizo sentir contenta, y el mirar a Carla durmiendo tranquila, el cuadernito en mis rodillas y un lápiz que escribía solo guiando a mi mano izquierda en la danza de las letras dibujándose a sí mismas, todo ello hizo sonreír a mi corazón y en aquel preciso instante, me inundó el optimismo: no veía nada en el futuro más que lo desconocido, y lo conocería con ella...

Miré la botella en mi mano derecha, escuché el motor del bus chirriar al cambiar de velocidades y di un largo trago a mi cerveza tibia.

Y entre más ebria estaba, más amaba recorrer el desierto y más escribir pues mejor encontraba mi texto que, coincidentemente, trataba de una escritora que redacta un cuento mientras viaja junto a su chica:

“La botella en mis labios, el tacto del vidrio se mezcla con el desierto inmenso y el brillante azul en un cielo sin siquiera una pequeña nube a la vista; aquellos intensos colores inundan la ventana y todo a mi alrededor. Interminables dunas de tierra se extienden hacia donde sea que mires. No comprendo cómo la conductora puede ubicarse en medio de este páramo sin fin... inmensas montañas allá en la lejanía resaltan el cegador reflejo del Sol, destellando metálicamente por las cúpulas de los observatorios astronómicos y de los radiotelescopios en sus cimas, Tololo, La Silla, Paranal... doy un trago a mi birra: entre más me embriago, más exquisita la encuentro.

El Sol quemando la árida tierra, el polvo levantado por las ruedas envolviendo el camino atrás del bus, la cerveza tibia, y el cielo azul y el desierto café y Elena y yo y el Sol brillando en los radiotelescopios y cúpulas y las ventanas abiertas y el humo y el viento y Elena y yo, todo este viaje y mi vida, en fin, hacen correr el lápiz que pinta a la protagonista quien bebe también en el cuento. La verdad es que ya ha cobrado vida; la historia se desenvuelve a su propio ritmo y yo sólo me limito a escribir lo que escucho relatar a la narradora y lo que dicen los personajes... Me siento plena y bebo y contemplo todo y mientras miro el lápiz escribir solo, me doy cuenta que las palabras intentan que tú no sólo leas las descripciones que describo sino que toques también las cosas que toco y huelas los olores que huelo y escuches las vibraciones del aire que mueven mis tímpanos y que veas lo mismo que veo yo. Observar cómo una idea nacida en mi imaginación se materializa a sí misma me hace sentir viva, satisfecha, alegre.”, me doy cuenta, de pronto, que acabo de leer.

Miré a Carla durmiendo apoyada ahora en el vidrio de la ventana cerrada.

La contemplé largo rato.

Suspiré, sonréí, y continué escribiendo:

“Y me da inmensa felicidad que las letras también deseen compartir la sensación que alimenta mi Alma al ver a la luz de mis días, a Elena, durmiendo apoyada ahora en el vidrio de la ventana cerrada”, escribí.

La miré otra vez.

Su belleza me obligaba a observarla con detención: mi corazón y mis ojos la estudiaban como la pintora a la modelo que posa para ella y con quien comparte una relación de profunda amistad, de sexo exclusivo y de fidelidad a aquél tipo de relación.

Así la veía, como mi musa y al mismo tiempo como un personaje de mi relato. Sus labios carnosos, su rostro tranquilo, los ojos cafés ocultados por sus párpados, su melena de ondulados y negros cabellos... los brazos tersos y dorados por el Sol, sus grandes y firmes pechos trasluciendo por la blanca polera, su abdomen perfecto para mí, el perfil de su colita hermosa en aquel short verde, sus suaves y tonificadas piernas...

“Es realmente perfecta”, me dije.

Me sentí feliz por la suerte que el destino me había regalado y me puse de pie para ir al baño, hacía rato que tenía ganas. Dejé el lápiz y la libreta en el asiento; fui tambaleante al retrete y al abrir su puerta me golpeó una terrible pestilencia a orina, mierda de borracho, vómito y pañales con caca. Aguanté la respiración, entré -un par de toallas higiénicas usadas me dieron la bienvenida-, me agaché y sin tocar la taza meé a la velocidad de la luz y terminé y me limpié y arrojé el papel al papelero repleto, y hui de aquel repugnante basurero que me da asco recordar.

Mientras caminaba hacia mi puesto, me pareció ver que la tipa del asiento de enfrente comenzaba a acercarse sigilosamente a Carla, estirándose sentada a través del pasillo e intentando alcanzar su cuerpo. Avancé: ella ha de haberme escuchado venir pues se apartó de súbito y volvió a su lugar.

Luego de tomar el lápiz y la libreta me dejé caer en el asiento, besé a mi nena en la frente -aún dormía- y elegí una de las posiciones para continuar mirando cómo se escribía la historia a sí misma.

Pero ya no era igual:

La narradora le puso más atención a la tipa de enfrente del pasillo que a la historia y enmudeció, atenta a lo que sucedería. Los personajes, aburridos del silencio en sus destinos, perdieron energía, se desinflaron y comenzaron a decir lo que yo quería que dijeran y no lo que ellos deseaban expresar.

“Lo peor de todo: la felicidad me ha abandonado: la mujer del asiento de enfrente es una barrera entre el Arte y mi Ser. Es terriblemente doloroso ver cómo mis amigas del relato me ignoran”, dice el nuevo párrafo que, a duras penas, acabé en una cerveza y media. Realmente, puros palos de ciego... Destapo una cuarta o una sexta, ya perdí la cuenta: glup... glup... glup...

Los minutos pasan. “Aún estas chicas no nos dan boleto”, me he escuchado decirle todo este rato al lápiz inmóvil.

Miro por la ventana; el desierto cosquillea mi cuerpo. Me veo sonriendo.

Se acabó esta chela; escribo lento y tachó y borro. Abro otra y bebo y escribo pero tacho y sigo en cero. Tomo más y más curada estoy.

La embriaguez del desierto y el alcohol cosquilleando mis ojos, mi vista y mi cuerpo quién sabe cuántos minutos, me hacen descubrir un lápiz que hace rato ya ha vuelto a su danza: escribe y bebo, leo y releo y tacha, escribe y meto la vacía botella en la mochila y saco otra llena...

Aquella embriaguez del desierto y del copete me avisa de pronto que lea las dos páginas que avanzó el lápiz: nuevamente los personajes conversan, y la narradora habla para sí misma mientras le plagio las ideas...

¡¿Cuánto rato ha pasado?! ¡Ja ja ja!

¡No soy más que el medio para que la historia se dé existencia!

¿Sólo sirvo para ser el vehículo de una energía tan desconocida?

¿Son *mis ideas*, o las ideas *me hacen suya*? ¡Qué me importa! ¡Ja Ja Ja!

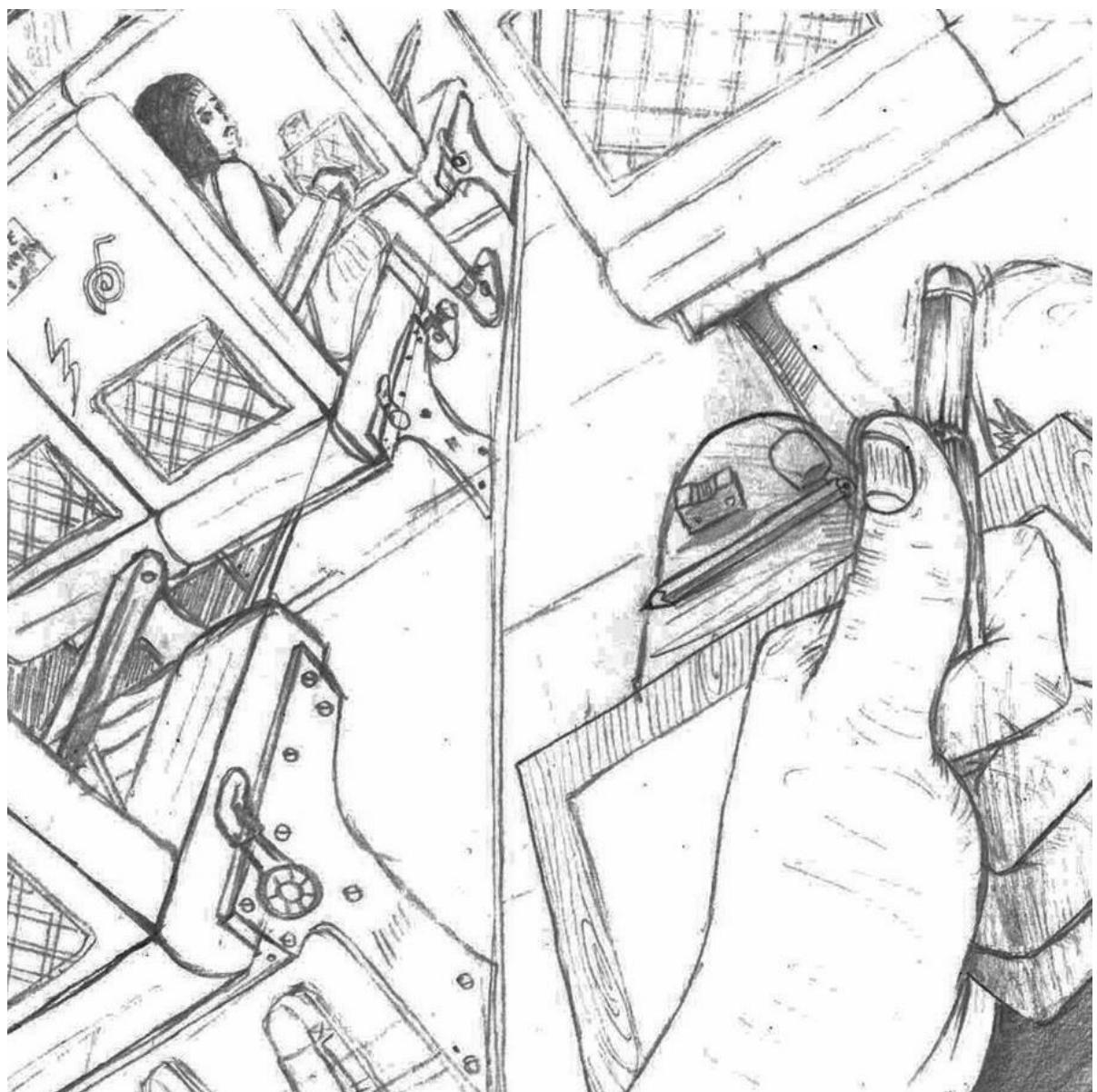
“Pero, pero la tipa no deja de mirar a Elena”... leo de pronto, espantada.

“Pero, pero la tipa no deja de mirar a Elena”, releo.

El poderoso desierto me penetra por completo: mi boca se aprieta y siento la fiel lapicera partirse en dos. A pesar de mis sinceras ganas de ser menos violenta, lo que sucederá está más allá de mi voluntad.

Yo... yo no deseo por nada del mundo seguir teniendo problemas con Carla y sé que el trago me exacerba, pero... esta mierda ya pasó el límite.

¡Qué chucha se cree esta weona! ¡Que Carla, que MI Carlita hermosa es una mercancía en una vitrina! ¡Que está en exhibición!



- ¡Pa' qué mirai tanto, fea conchetumadre!
- ¡¿ ... ?!
- ¡Si a vóh te digo!
- ¡¿ A mí ?!
- ¡Creís que no ví denante que queríai tocar a mi mina!
- Seguro es tan rica la weona...
- ¡Tú, bastarda reculiá! ¡Te voy a matar, hija `e la pacá!

Le arroja la botella y se revienta justo en su frente; la tipa se lleva las manos al rostro intentando protegerse cuando me abalanzo sobre ella agarrándola del pelo con mi mano derecha y con la izquierda le doy puñetazos a la cara. “¡SUÉLTALA, SUÉLTALA! ¡PARE CHOFER! ¡PARE, PARE CHOFER!”, comienzan a chillar los aterrados pasajeros. Carla se despierta, “¡PÉGALE, PÉGALE!”, grita.

- ¡¡TE VOY A MATAR, PERRA CULIÁ!! ¡¡TOMA!! ¡¡TOMA!!
- ¡¡AAAAAAAYYYYYYY!! ¡¡DÉJAME!! ¡¡AUXILIO!!
- ¡¡SUÉLTALA, SUÉLTALA!! ¡¡CHOFER!!!
- ¡¡CONCHETUMADRE!! ¡¡TOMA!! ¡¡TOMA!!
- ¡¡PÉGALE, PÉGALE!!
- ¡¡¡QUÉ TE CREÍ, MAL NACIDA!!! ¡¡¡TOMA!!! ¡¡¡MALDITA RECOLIÁ!!!
- ¡¡¡AAAAAAAYYYYYYY!!! ¡¡¡NOO!!! ¡¡¡NOOOO!!!
- ¡¡¡PARE, PARE CHOFER!!!
- ¡¡¡¡PÉGALE, PÉGALE, PÉGALE!!!!
- ¡¡¡¡AYYY!!!! ¡¡¡¡NO, NO, AUXLIO!!!!
- ¡¡¡¡PUTA!!!! ¡¡¡¡TE VOY A MATAR, CONCHETUMADRE!!!! ¡¡¡¡GGGRRRRHHHH!!!
- ¡¡¡¡NO, NO, NOOOOOOO!!!!

Las ruedas dejan una gran nube de seco y caliente polvo que nos absorbe mientras vemos al bus alejarse más y más, llevando a la tipa en completo estado de shock, la cara bañada en sangre y su ropa salpicada de ella, con ambos ojos en tinta y la frente cortada y los labios rotos.

El sonido de las olas extendiéndose interminable a un costado, y la silenciosa aridez del desierto e inmensas y lejanas montañas en los restantes ciento ochenta grados del horizonte, nos hacen sentir verdaderamente ínfimas.

Miro a Carla con su gran mochila al hombro, ella me mira de vuelta y nos vemos abandonadas en medio de aquel páramo sin fin, ardiente y estéril, paradas sobre un camino de tierra hirviente apenas distingible del resto del panorama.

El Sol nos quema desde el impecable cielo azul, a muchas horas de alejarse.

- ¡CLARO! ¡SIEMPRE ESTAI DEJANDO DE TOMAR Y HACE UNA SEMANA TE MANDASTE LA MEDIA CAGÁ!
- ¡Amor, pero eso ya pasó! ¡Por favor créeme, ahora soy difer
- ¡CÁLLATE, WEÓN, CÁLLATE! ¡YA NO QUIERO NADA CONTIGO!

Desde aquello de la mujer en el bus, aposté todo mi amor y respeto por Carla pues comprendí que era yo el problema: tenía que dejar el trago.

Y eran tantas mis ganas de cambiar que sabía que lo lograría.

Me costaría, me costaría mucho; sin embargo, lo haría por mí y por Carlita.

Ella lo merecía.

Pero me fue imposible dejar el copete.

Por lo demás, Carla tenía razón:

Tan sólo cinco días antes de ese terrible momento allá en el andén, tomadas de la mano, viajábamos en la parte trasera de una camioneta repleta de botellas de vino, con *Sudamerican rockers* a todo volumen y el verdor de un soleado Temuco pasando junto a nosotras a más de cien por hora.

Nos mirábamos, nos sonreíamos y nos besábamos pletóricas de viajes y aventuras desconocidas aún por conocer, juntas. La amaba, y sé que también ella a mí.

Cerré mis ojos...

Sus caricias me despiertan poco rato después -lo sé porque la sombra de los árboles al borde de la carretera no ha variado mucho-, y veo todo este alcohol a mis pies. Atrapando mi cabeza entre sus cálidas manos, Carla me da un interminable beso. Nuestras bocas se transforman en una sola, me saco las zapatillas y con mis dedos voy agarrando del gollete botella tras botella (“Pero contrólate esta vez, tomemos pero pasémosla bien”, me dijiste al oído); disimuladamente nos las acerco y las metemos en nuestras mochilas. *Could you be loved* nos hace bailar sentadas mientras el conductor y su acompañante beben cervezas y fuman mariguana.

Sentimos golpes en el vidrio trasero de la cabina: “nos cacharon”, dices, “hasta acá llegamos”, digo yo, riendo. Volteamos y vemos que nos muestran una lata de cerveza de medio litro, haciéndonos el gesto mágico. Nos miramos alegres y afirmamos con un movimiento de cabeza.

El tipo que va junto al conductor extiende su brazo a través de la ventana y nos pasa dos latas heladitas -te pusiste la lata en el cuello ¿recuerdas?, y que quisieras refrescarte de aquel modo, me enterneció infinito...-.

Todo era delicioso.

El viento, los árboles observándonos a la pasada, las líneas de la carretera raudas tras nosotras, las verdes montañas a pocos kilómetros de distancia...

A veces las palabras sobran y aquella fue una de esas veces: sólo nos mirábamos sonrientes, y sonriendo mirábamos también el paisaje, y más nos besábamos. Minutos luego de acabar esas primeras cervezas, sentimos que tras nosotras golpeaban nuevamente el vidrio... luego... sonaba The Doors y su *Come on come on touch me baby* te hizo tocar mi entrepierna durante muchísimo rato... hasta que el brazo a través de la ventana nos pasó dos latas más.

El puente sobre el río Cautín, más botellas en nuestras mochilas, “te amo, Carla”; niños jugando en el patio de una gran casa de adobe, Guns and Roses y *Child of Mine* y Carla y sus besos, el viento, más latas de cerveza, las botellas de vino arrastradas por mis pies, tus besos deliciosos vida hermosa, tu respiración en mi oído, más cervezas, mis manos dentro de tu short tu entrepierna húmeda mi lengua gemidos tu saliva corriendo por mi rostro, mis labios entre tus dientes tus manos apretando mis pezones duros, más besos, mis besos, tus besos, mamita preciosa, el viento entre mi cabello y tu rostro, el calor del Sol mis dedos haciendo círculos entrando y saliendo de tu cuerpo llegando hasta el fondo de él, mojándome con cada gemido en mi cuello ¡Te amo, amor!, tus manos apretando mis tetas por debajo de la polera tu clítoris estremeciéndose entre mi pulgar y mi índice y tu nuca acariciada por mi otra mano, vida mía, eres una poesía, Carlita hermosa, “¡te amo！”, tus quejidos en mi oído “¡Te Amo!”:

- ¡Eres mía, amor!
- ¡Te amo!
- ¡Preciosa mía, eres un poema, amor!
- ¡Sí! ¡Sí! ¡Ay! ¡Ay!
- ¡Qué rico! ¡Qué rico, Carlita preciosa!
- ¡MMMHHH!, ¡MMMHHH!
- ¡Sí, preciosa, eres deliciosa, deliciosa, delici
- ¡Ay! ¡MMMHH! ¡Sí! ¡Sí!
- ¡Princesita, princesita hermosa! ¡Prin
- ¡Ay!, ¡Ay! ¡MMMHH! ¡Sí! ¡TE! ¡TE!, ¡MMMHH! ¡ME VOY, ME VOY! ¡AY! ¡AY! ¡MMHH! ¡AY AY CIRI, CIRI! ¡TEEEEE! ¡TEEEEE! ¡Sí! ¡AY! ¡Sí! ¡MMHH! ¡TE, TE! ¡TEEEEE AAAAAMMMMMMOOOOOOOOO!!!!!!!...

Un tierno beso de amor postorgasmo me satisface el corazón; se acurruca sonriente en mi pecho y la abrazo muy muy fuerte... sus ojos entrecerrados, su cabellera al viento... la aprieto contra mi cuerpo... “Quiero, jmmmh!h, quiero ser una contigo, mamita hermosa, bebé mía, guagüita rica bella...”, te digo al oído mientras muerdo el lóbulo de tu oreja izquierda, y el brazo del tipo se asoma con dos latas más.

La música cesó, la camioneta aminoró su velocidad y se orilló en una encrucijada del camino. Asomó la cabeza el tipo que nos pasaba las cervezas: "hasta ¡hik! hasta acá, hasta acá las podemos llegar, dejar ¡hik! ¡Ja ja ja!, hasta acá las podemos dejar..." .

Nos levantamos, y todo comenzó a dar vueltas.

Apoyé una mano sobre la cabina y puse mi pie izquierdo en el borde de la camioneta; intenté avanzar: el pavimento se acercó vertiginoso hacia mi cara, me alcancé a girar y escuché a mi nuca rebotar secamente en el suelo. Pero no sentí dolor alguno; tod@s reímos... afirmándome en la baranda del vehículo, me puse de pie y Carla me pasó las mochilas que torpemente dejé en el suelo. Tendí mi mano para ayudarla a bajar y las dos nos fuimos al piso, riendo (¡Siempre reímos!).

Nos pusimos de pie. Los tipos nos indicaron cuáles buses pasaban por ahí y se despidieron. Antes de partir, a través de la venta se asomó el brazo de nuestro sonriente amigo alargándonos un pitito de marihuana, y dos latas más.

Sonaba *La ciudad de la furia* cuando se alejaron raudos.

Carla me alargó el pito y las latas y fue atrás de un enorme árbol. Bajó su corto pantaloncito y se inclinó junto a árbol; contemplé el perfil de mi nenita. Un chorro de brillante orina salió desde su culito perfecto. Me miró sonriendo y toda aquella imagen me enterneció tanto tanto, que deseé fuese mi hija.

Sonréí por la suerte de que ese cuerpecito fuese mío.
Ese cuerpecito y su Alma, y su corazón y su mente.

Arrastramos nuestras mochilas hasta otro enorme árbol y nos sentamos a su sombra (te miré directo a los ojos, Carla, me sonreíste, Carla, y el silencio de tu rostro alegre, en aquel atardecer, cantó mi destino feliz, un destino que me ata...).

Abrimos las latas esperando al bus que debía pasar dentro de media hora.

Las cervezas estaban (¡Por la puta que te amo, Carla, vida mía! ¡Eres todo para mí! Contigo la vida significa risas, caricias y conversaciones que intentan desentrañar el sentido, el porqué de la existencia; millones de preguntas que en interminables amaneceres y mediodías, atardeceres y anocheceres y nuevos amaneceres han buscado respuestas imposibles de encontrar...).

¡Esos momentos me acarician tan hermosamente!

Materializo planes y proyectos en mi mente, contigo, y mi corazón se alimenta de los sueños y añoranzas de un destino feliz que me ata a ti en un futuro repleto de interminables besos apasionados y tiernos abrazos, vidita hermosa...) exquisitas. Duraron nada y entonces abrimos uno de los vinos. También estaba de primera.

Íbamos ya en la mitad de la segunda botella de tinto, y el bus no pasaba.

El vino me había pegado muy bien.

Me sentía feliz, amada y borracha, y de pronto me estaba apoyando con ambas manos en el mismo árbol gigante en el cual meó Carla, y me vi vomitando y vomitando sobre su posa de orina.

Sonréí.

Levanté la mirada y contemplé unos instantes la corteza del árbol. Era lisa, verde, con manchas cafés y grises. Segundos después distinguí hormigas caminando por ella. Me gustó la manera en la cual eran obedientes a su ruta. Pero luego pensé que el camino al cual obedecían no era uno suyo propio, sino otro que ya estaba indicado. Alcé mi dedo, lo apoyé en el tronco, esperé que no transitaran hormigas y crucé el sendero destruyendo el rastro químico que las mantenía en el camino. Las que iban bajando y las que iban subiendo quedaron consternadas al verse ciegas; entonces, se aglomeraron a cada orilla entrelazando sus antenitas con ansiedad. De pronto, una valiente decidió avanzar hacia abajo y otras dos, igual de valientes, hacia arriba.

La ruta se reestableció, me aburrí de aquello y giré mi cabeza, sonriendo con mi boca aún babeante. Contemplé a Carla empinándose la botella; el brillo del rostro de mi bebé siempre ha opacado al Sol y el Sol, en ese momento, brillaba tras su cabellera como una maravillosa aureola.

Muy lejano en la carretera, apareció un puntito blanco que fue creciendo más y más.

Seguro sucedió después del tercer vino porque hasta la mitad de él me acuerdo más o menos bien; luego, únicamente tengo borrosas fotos con movimiento: estoy abrazándote, te mostraba el pitito, reías, parece que nos besamos mucho rato y después creo que le pregunté al auxiliar en cuánto rato más el bus haría una parada, “no hace ninguna, vamos directo”, ha de haberme dicho (deseo que nunca nos separemos, Carla, a pesar de tu carta de despedida en la cual me dijiste que fui al baño y el bus empezó a quedar pasado a mariguana). Me veo luego caminando por el pasillo muy torpemente. Trastabillo apoyándome en los asientos, tropiezo y caigo sobre las piernas de un pasajero, vomitándolo; alguien me sujetó del brazo derecho... el piso y el techo giran vertiginosamente.

“El futuro es ahora. El tiempo pasa rapidito”, me parece haber pensado.

Fue sólo un pestañazo.

Sentada junto a nuestras mochilas a varios metros de la carretera, y mientras pasa un enorme camión rojo con negro, me doy cuenta que mi ropa está mojada y que todo huele a vino.

No comprendo nada.

Anochece.

Me cuesta enfocar la mirada pero la enfoco y te veo sentada un poco más allá. Sobre un montículo de pasto y florcitas, pensativa, observas el cielo. Escuchas que me mueve y volteas hacia mí. “El medio show que te mandaste”, dices. Caminas y te sientas a mi lado. Acariciándome tristemente el cabello me cuentas que nos echaron cagando del bus, que el chofer me llevaba tomada de las axilas y el auxiliar por las piernas, pataleabas y te retorcías, “¡SUÉLTENME HIJOS DE PUTA! ¡LOS VOY A MATAR!”, gritabas enajenada. Te dejaron en el piso, te arrojaron la mochila encima y se fueron. Menos mal que no te enterraste ningún vidrio ni te cortaste (“siempre me puse de tu lado, aunque estuviéses equivocada. ¡Pero fueron tantas las cosas que sucedieron! Ya no daba más... me dieron ganas de no bajar del bus, de no seguir contigo y dejar que lo poco que aún sobrevivía de mi amor por ti, se extinguiera de una vez, Cirila”, me dijiste en aquella última carta).

Pero dicen que la esperanza nunca muere; eso... o algo parecido.

Dicen también que el amor, si es verdadero, es inmortal.

La llamé mil veces desde mi teléfono, y nunca contestó.

La llamé un millón desde otros, y tampoco contestó.

La seguí llamando, pero luego atendía de inmediato el buzón de voz: comprendí que había cambiado de número.

Respeté su alejamiento hasta que ya no lo pude soportar más, y decidí ir a verla a su departamento.

Casi a punto de llegar, pensé sonriendo de nerviosismo que quizá había perdido su teléfono y por eso no me había contestado, pero Carla sabía mi número y en donde yo vivía, y yo sabía también que estaba mintiéndome a mí misma.

Siempre era una delicia ir a su depa pues un delicioso perfume a inciensos te acaricia desde que salías del ascensor, y se acentuaba a medida que avanzas por el pasillo: ya visualizas su casita, ya llegas hasta ella y el aroma era tan balsámicamente exquisito pero aun así no compite con la fragancia de la sonrisa de Carla al abrir la puerta, contemplándome silenciosa y mirándome, sonriendo con sus ojitos.

Salgo del ascensor: aquel dulce incienso ha sido reemplazado por el picante olor de pollos y chanchos friéndose con muchísimo condimento.

Llego hasta el depa 84. Presiono el timbre que arreglamos juntas, pero no suena.

Golpeo, entonces.

La puerta se abre y una sonriente y gorda colombiana se asoma.

“Parcera, ha de haber sido la chica que vivía aquí antes que nosotras”, responde finalmente a mis nerviosas preguntas, con su perfecta y blanca sonrisa.

La pequeña negrita que sostiene en sus brazos me sonríe también, pero el llanto en mis ojos no es digno de danzar con su inocente alegría.

Hoy se cumple exactamente un año desde aquello del terminal de buses.

Esa fue la última vez que vi a Carla. Tampoco he sabido nada de ella.

Y hoy también se cumplen tres meses desde que logré dejar el alcohol, cuando comprendí que perdía mi tiempo al imaginarme como escritora: fue tan doloroso separarme de Carla como aceptar que no tenía talento para las letras, y he debido poner los pies sobre la tierra para no continuar persiguiendo sueños que jamás estarán a mi alcance.

Al día siguiente de dejar el trago, fui al último empleo en el cual quedé como persona responsable y trabajadora, hacía ya más de tres años.

Hablé con el señor Boss y me saludó diciendo que se acordaba de mí, y estuvimos conversando un par de minutos.

Le pregunté si había alguna vacante.

— Siempre habrá un puesto para las empleadas comprometidas con el trabajo, Cirilonga. Puede usted comenzar desde mañana.

Mi vida transcurre de lunes a sábado de 08:00 a 21:00 tras un mostrador vendiendo pan, verduras y cecinas, bebidas y fideos y detergente, o frutas y dulces y cordones. Prácticamente, no hablo con los demás trabajadores.

Tengo una hora de colación.

Nunca me la tomo entera ya que poquísimas veces tengo hambre y de hecho, en lugar de almorzar, fumo cigarrillos, por lo que vuelvo al mostrador lo antes posible y pase así más rápido el día. Además, como guardo los minutos de la hora de almuerzo, puedo tomármelos a lo largo de la jornada para fumar cigarros o tabaco.

Me gustan más los cigarros.

Llego a casa cerca de las diez y media de la noche.

Ceno sin apetito mientras me fumo un cigarro. Siempre dejo más de la mitad del plato.

Lavo o limpio parte de lo que haya que lavar o limpiar, y me meto a la cama.

Enciendo el televisor y otro cigarrillo, y veo una serie nocturna que trata de los problemas amorosos de magnates árabes. Está doblada al castellano. Se supone que es una especie de comedia y tiene risas pregrabadas y situaciones absurdas. Intento reírme; jamás lo logro.

Empieza a las once y acaba pasada la medianoche, pero siempre me duermo antes de que termine.

Y cada mañana me despiertan las voces de los tipos dentro de ese televisor que no me preocupé de apagar.

Me dicen qué hora es a cada minuto. Yo sólo quiero seguir durmiendo, no importa que ya no tenga sueño.

¡Es que la oscuridad de mis párpados es tan acogedora!

Los domingos lavo la poca ropa sucia; luego, voy al mercado a comprar legumbres y cereales que se amontonan en la despensa pues olvido prepararlas. También compro algún kilo de frutas y un par de verduras, y las frutas y verduras terminan pudriéndose en el refrigerador ya que tampoco recuerdo que están allí.

Antes me daba pena botar comida, y muy rara vez lo hacía, pero se me ha hecho costumbre ya que ni siquiera se la puedo dar a los perritos o gatitos abandonados, y todos los domingos debo limpiar el refri.

Pasa tan rápido mi día libre, que no me doy cuenta de que ya oscureció.

Saco del tendedero la ropa seca y la que había lavado la semana anterior, la plancho, intento doblarla bien pero lo hago mal y la meto en un cajón cualquiera del closet; elijo al azar la blusa o polera, el pantalón, la falda o el vestido y la ropa interior que usaré el lunes, y que siempre termino llevando la semana entera. Nada combina, pero eso me da lo mismo.

En verdad, todo me da lo mismo.

Ya cerca de la medianoche, me ducho maquinalmente y me acuesto.

En el canal nacional pasan un programa de viajes por el mundo. Un chico y una mujer recorren distintos países y comen las comidas típicas y beben los tragos típicos y van a las fiestas típicas y a los famosos bares, aprenden otros idiomas y siempre ríen.

¡Siempre se ven tan felices!

Yo... yo les envidio mucho...

Son justamente esas noches de domingo las que no me dejan pegar un ojo.

Cuando mi vida caminaba alegre tomando de la mano a Carla... ¡Tan ricas eran esas noches!

Reponiéndonos de las fiestas del fin de semana, durante el domingo íbamos a algún parque a comer ensaladas de frutas, a un museo, a alguna exposición de arte o a conciertos de música clásica, y reíamos y conversábamos mucho mucho y hacíamos planes para nuestro futuro, viajar y conocer tantos lugares y cantidad de gentes y probar infinidad de comidas veganas... y en la noche llegábamos a casa muy agotadas y sonrientes, y si demoraba en irme a acostar, ella me llamaba y me decía “¡Ya poh, Ciri, ven pronto que te extraño demasiado!”, y yo sonreía y dejaba a medio terminar lo que estuviese haciendo y riendo me metía en la cama con ropa y zapatillas, y me desnudaba mientras nos besábamos y luego nos hacíamos el amor o no nos lo hacíamos si estábamos muy cansadas, pero siempre nos dormíamos abrazadas, y sentía en mi piel el calor de su cuerpo y la tranquilidad de su respiración en mi oído...

Y ahora, ahora mi corazón es golpeado cruelmente por el ruido de los pocos automóviles nocturnos pasando junto a mi ventana, por la música de los ladridos lejanos de los perros y por el motor de alguna motocicleta acelerando a la distancia...

Carlita... dónde, dónde estarás...

Desde que te marchaste, no he logrado dormir más de una hora seguida y en esas tristes madrugadas, me fumo más de cuarenta cigarros...

¡Esas malditas noches de domingo!

El martes pasado, me di cuenta de que ya no recuerdo mis sueños.

Es extraño pensar que hace poco más de un año, apenas me despertaba los escribía detalladamente en una libretita especial para ello, y que mantenía bajo mi almohada (y sonreía yo al encontrar junto a mis notas algún dibujito de dos corazones entrelazados, o caritas sonrientes o un “te quiero” o un “eres mi todo”. ¡Me hacía tan feliz aquello!); luego, leía mis sueños y los analizaba en busca de las respuestas que el mundo onírico tendría para mi vida despierta. Y comentaba con Carla lo que yo pensaba y ella me daba sus puntos de vista, y siempre le encontraba toda la razón.

Pero ahora, ni siquiera sé si soñé o no.

Y lo peor... es que ya no me interesan esas cosas.

Fumo de noche y de día mientras desayuno o ceno.

Me despiertan ataques de tos en la madrugada, tomo un sorbo de agua y me quedo largos minutos abrazando la oscuridad silenciosa de mi habitación.

Finalmente me duermo, pero me despierta otro ataque de tos...

La misma oscura soledad me mece en sus brazos diciéndome que me calme, que todo irá bien, que debo confiar en mí.

Me duermo llorando amargamente, y los alegres tipos de la tele me dicen que ya es hora de levantarse.

Odio la noche, odio el Sol, odio la comida, odio la Luna, odio fumar y odio la esperanza que tuve de lograr un sueño imposible; odio a la gente que ríe y a la gente que llora.

Me odio profundamente, y odio dormir...

Y odio despertar.

Hay un hermoso Sol.

Yo camino por el lado que las casas lo ocultan pues no tengo ganas de mirarlo ni de sentir el calor de su luz.

Tampoco tengo ánimo de leer, ni de hablar conmigo.

Hace tres meses que no escucho música.

III

Las horas se fueron acumulando en la monotonía de aquel trabajo que no logré aguantar; y luego los días, interminables y carentes de todo sentido; y las noches y las semanas de eterna locura que sólo destrozaron mi cuerpo, mi mente y mi espíritu... infinitos meses, meses y meses viviendo sin vivir, tantos meses de amarga espera...

El tiempo que ha pasado me ha contemplado esforzándome al máximo por salir a flote, por sobreponerme y avanzar.

Dicen que no hay que desfallecer en el intento de lograr nuestras metas, y si no había logrado mi sueño de ser escritora, al menos debía sobrevivir hasta que el destino me diera la oportunidad de sonreír otra vez. ¡He resistido como nunca llegué a imaginarlo, y he luchado cada día, cada noche, cada hora y cada minuto y cada segundo por sobreponerme! Sin embargo ahora... ahora, todo es peor.

IV

(...) Nuevamente voy en un bus saliendo de Santiago; esta vez, rumbo a Méjico, y con pasaje sólo de ida. Llegando allá veré de qué se trata el resto de mi existencia. Tengo algo de dinero y eso me alcanzará para vivir tranquila, al menos durante un par de meses.

La Luna me acompaña en este largo viaje, y siento que me da la oportunidad de reconciliarme con ella. Con ella... y con la vida que se me extinguía.

Majestuosa, llena, ilumina de azul la oscuridad nocturna.

A la distancia, muchos cerros.

Sobre uno de ellos resplandecen las ventanas de una pequeña casa.

¿Quién estará adentro...? Tal vez un hombre y una mujer acostando a su hija de cuatro años, o el padre y la madre y los hijos cenando y conversando alegremente frente a un televisor apagado; acaso son las luces de la habitación en la cual una pareja completamente enamorada comparte el hacer el amor por vez primera, o las del cuarto de alguien que está sin otra compañía más que su tristeza, tirado en su cama leyendo, dibujando, escribiendo o pensando que la vida es una mierda mientras escucha la novena de Beethoven. Quizá es la luz del baño en donde una mujer llora su infinita soledad, a segundos de ahorcarse...

El Exagerado

Exactamente igual como lo viene haciendo cada día desde hace cuarenta y dos años, Cirilongo Camasho se levantó a la misma hora y salió justo a tiempo para tomar el primer bus de la mañana, rumbo a su trabajo.

Ya en el vehículo, Cirilongo Camasho observa el archiconocido paisaje hacia la estación del tren subterráneo, que es el terminal del microbús. “Sí, hoy será un buen día”, piensa esbozando una sonrisa.

La razón de su optimismo radica en varios factores: el inicial es que Nothary Col, la nueva secretaria que lleva sólo una semana en el empleo, ha estado coqueteándole desde su primer día de trabajo.

En aquella ocasión Nothary Col le saludó muy sonriente, luego se presentó y le preguntó su nombre y Cirilongo Camasho se lo dijo y ella volvió a sonreír.

Más tarde, a la hora del almuerzo, se ofreció a acompañarlo en la mesa pues aquella jornada la mayoría del personal salió a un paseo de la empresa, y por orden del supervisor sólo ellos quedaron en la oficina, Cirilongo Camasho para agilizar unos pedidos y cobranzas y Nothary Col para ordenar los documentos y carpetas que había dejado la secretaria anterior. El resto de la semana, al toparse en el bebedero, Nothary Col le dedicó unas silenciosas sonrisas e intercambiaron algunas frases, “¿ha tenido mucho trabajo hoy?”, “hacía frío en la mañana”, “¿sintió el temblor anoche?” y cosas por el estilo.

Cirilongo Camasho sabe que esas señales demuestran con toda claridad que la chica está poderosamente interesada en él. “Hoy la invitaré al cine”, piensa muy seguro de sí mismo.

Además del flirteo con la secretaria, Cirilongo Camasho está radiante ya que sus incontables horas laborales extraordinarias, todas sin paga, aumentaron las ventas de la sección en la cual trabaja, y ello le ha hecho merecedor de constantes felicitaciones del supervisor del departamento, Jeferson Boss.

Pero eso no es todo: hace un par de semanas, en una celebración de la empresa, Cirilongo Camasho se lució tocando una guitarra y cantando y aunque no es afinado ni logra la perfección en los acordes, su simpática improvisación sacó varios aplausos, además de la distinción de la cual Boss, en medio de su enorme borrachera y ante todos los presentes, le otorgó: “jéste es mi empleado favorito！”, gritó abrazándolo.

Y han sido aquellas muestras de satisfacción las que hicieron que Cirilongo Camasho se decidiera a solicitar un aumento de sueldo pues hace veinticinco años que su salario es el mismo. “Después del almuerzo, lo haré”, dice con resolución. El reflejo del alegre rostro de Cirilongo Camasho en el vidrio del vehículo deja traslucir un automóvil deportivo verde, cuyo motor ruge potente mientras acelera y adelanta al microbús; “con el aumento de sueldo -calcula mentalmente-, en un par de meses tendrá un auto como ése”, se dice sonriendo.

El bus llega al terminal y Cirilongo Camasho baja recibiendo los primeros rayos del Sol, que emergen poderosos tras la cordillera.

Ingresó en la estación.

Ya en la fila para comprar el boleto, nota que en la otra fila, en aquella para cruzar el torniquete rumbo al andén, a uno de los pasajeros se le cae algo del bolsillo. Tiene apariencia de ser sólo un papel de colores pero al prestar atención se da cuenta que el papel de colores no es tal sino que es Un Billete, y uno de los grandes. La corta fila para la boletería avanza, tal como la del torniquete, y nadie más que él parece haber observado El Billete.

Llega a la boletería, volteándose una y otra vez para no perder de vista El Billete.

Compra su boleto.

Más ansioso ahora y siempre atento a El Billete, ingresa apurado en la hilera que se dirige al torniquete. La fila continúa avanzando mientras decenas de zapatos, cual más elegante o corriente que el otro, pisan vez tras vez El Billete: pantalones de vestir de muy buen corte o de mal corte, les hacen juego a los calzados; vestidos ajustados y sensuales minifaldas llevadas a la gloria por esbeltas piernas adornadas con medias de encaje, hermosos tobillos y delicados pies que lucen tacones de aguja, igualmente, le pasan por encima.

Aparecen también brillantes shorts de runners que dejan ver peludos y fibrosos muslos y piernas de hombre calzando zapatillas deportivas; pantalones cortos de vivos colores, floreados, rallados y a cuadros entran en escena junto a piernas lampiñas, delgadas o gordas rematadas por veraniegas sandalias o alpargatas que aplastan también a El Billete.

La ansiedad de Cirilongo Camasho se va transformando en tensión a medida que transcurren eternos los segundos.

Casi llegando a El Billete, y demasiado nervioso ya, ve que un pequeño niño moreno de rojo pantalón corto, polera blanca con el dibujo de Spiderman y un gorrito azul, se agacha. “¡Mamá, mamá!”, dice intentando alcanzar El Billete, cogiéndolo al pasar. Cirilongo Camasho siente que todo se detiene, todo excepto el niño y él y la madre. El par de gordas y desarmadas piernas llenas de várices que lo llevan tomado de la mano, le dan un firme tirón; “¡Vamos! ¡Camina, chiquillo estúpido!”, dice sin prestarle atención al niño.

Arrastrado con violencia por aquella mujer de vestido amarillo, el chico suelta El Billete.

Cirilongo Camasho está por fin ante el torniquete.

Ve a sus pies El Billete y lo cubre enteramente con el zapato izquierdo, se detiene unos instantes y con el corazón latiéndole fuerte, las manos sudadas y la boca seca se agacha ágilmente y lo recoge. Lucecitas de colores destellan dentro de sus ojos, todo se vuelve negro y sólo hay silencio cuando se yergue mareado. Se echa El Billete al bolsillo izquierdo del pantalón y deja poco a poco de ver las lucecitas en el fondo negro, y la estación y la gente aparecen nuevamente y los ruidos y las voces se acercan y le rodean, entrando en él; Cirilongo Camasho está seguro que todos le vieron recoger El Billete y le observan acusatoriamente. Cirilongo Camasho no cruza el torniquete sino que se da media vuelta torpemente y se dispone a caminar hacia la salida, pero entonces un enorme calor aparece en su abdomen al ver directamente frente a él una cámara de seguridad. Le duele el estómago, se tira unos fétidos peos y voltea y avanza y regresa y otra vez está junto a la fila del torniquete. Su cuerpo tiembla. Tuerce a la derecha y comienza a caminar mirando de reojo a las personas de la fila, gira otra vez y un inmenso terror le invade al ver a unos guardias dirigiéndose hacia él. Cirilongo Camasho transpira profusamente mojando su camisa y su corazón late fuerte fuerte y su estómago se aprieta; la sequedad en la boca y las lucecitas y el fondo negro comienzan a aparecer otra vez. A un costado advierte una salida y con el cuerpo tenso, camina rápido hacia ella.

A cada segundo siente a los guardias echándosele encima; por más que avanza, la entrada se aleja con cada paso. El sudor baña su rostro y el nerviosismo se torna insoportable. Trotando angustiado llega por fin a la salida y huye de la estación, corriendo desesperado.

Una vez en la calle, la visión y el ruido de los autos, de las bocinas y de la gente apurada subiendo y bajando de vehículos grandes y pequeños le produce una extraña confusión. Decide tomar un microbús hasta su trabajo, se demorará el doble, llegará atrasado y tendrá que disculparse con el señor Boss pero no tiene otra alternativa. Camina hacia la parada y es entonces cuando descubre que lo están siguiendo, ¡Me están siguiendo!, dice sobresaltado, rígido en medio de la vereda. Mucha gente camina apuradísima junto a él, esquivándolo algunos y empujándole otros; “¡No estorbe!”, rezonga una gorda y alta mujer que pasa a llevar su hombro bruscamente. ¡ME SEGUIRAN HASTA EL TRABAJO Y ALLÍ ME ARRESTARÁN!, grita aterrorizado. La gente le mira. Voltea hacia la calle y hacia atrás y a los lados, y nuevamente hacia la calle.

Frente a él va un taxi.

Cirilongo Camasho corre estirando su mano y gritando ¡Taxi, taxi!, pero el automóvil sigue de largo. “El taxista no quiere ser mi cómplice”, piensa con angustia. Sin perder tiempo, cruza corriendo la calle y se interna en una pequeña y oscura y maloliente calle. Mira de aquí para allá y entra en la siguiente; dobla a la izquierda -transpira-, luego sigue recto y en la esquina gira a la derecha -le duele el estómago-, recorre dos calles más y nuevamente tuerce a la izquierda y vuelve sobre sus pasos intentando frenéticamente despistar a sus perseguidores. Tremendamente sobresaltado, escucha con desesperación las sirenas de la policía que se acercan, ¡UUUUUUUUUUUUUUU! Escondido tras un poste ve pasar motocicletas y radiopatrullas. Luego de unos segundos Cirilongo Camasho sale de su escondrijo y corre hacia un taxi desocupado que está detenido en la luz roja de un semáforo. Abre la puerta de atrás, se sube y la cierra violentamente.

- ¡Shh! Andamos apurados amigo -dice el chofer sonriéndole en el espejo retrovisor.
- Eem, hee, sí, sí -contesta nervioso Cirilongo Camasho, evitando la mirada inquisidora del taxista-. Siga derecho hasta la estación de trenes -indica ansioso mientras observa a través de la ventana, pero el riesgo que significa aquello aparece ante sí: podrían reconocerlo. Entonces baja la cabeza y hunde el rostro entre los hombros-.

El chofer maneja hábilmente y no deja de hablar.

Habla y habla y no se calla y sigue hablando y habla y habla pero Cirilongo Camasho guarda silencio pues descubre que toda esta conversación no es más que un plan del conductor para cogerlo en contradicciones y de alguna manera, poder extraerle su confesión.

- Bueno, bueno. Será hasta a la estación entonces -dice el chofer. Cirilongo Camasho asiente sin levantar su mirada, seguro de que el tipo le observa por el retrovisor-. “Así que nos vamos de viaje, ¿eh?, ¿ah?”, continúa sonriendo el taxista.

Cirilongo Camasho comprende la trampa; con estupor y el rostro y las manos sudadas, escucha un helicóptero de la policía volando en las cercanías. “¡Tome, tome! ¡Quédese con el cambio!”, grita Cirilongo Camasho y le pasa un billete.

Aprovechando que el automóvil está detenido en una luz roja, abre la puerta y se echa a correr.

Entre bocinazos y chirriadas de neumáticos de los vehículos que vienen en dirección contraria, Cirilongo Camasho corre hasta la otra acera. Jadeando y sudando va de una calle a otra y de un callejón al próximo pasando al siguiente saltando murallas, rumbo a la estación de trenes.

Mientras se acerca corriendo al terminal de ferrocarriles, exhausto, Cirilongo Camasho ve frente a él la horrible equivocación que está a punto de cometer: el taxista supo que se dirige hacia allá y dio aviso a la policía, y a esta hora ya deben estar vigiladas todas las estaciones de trenes y de buses y los aeropuertos, y bloqueadas todas las salidas de la ciudad. Detiene su carrera y con las piernas flectadas y sus manos apoyadas en las rodillas, intenta recuperar el aliento; le duele el pecho y suda a mares a causa del extremo esfuerzo físico y por la angustia y por el terror. Mete su mano izquierda al bolsillo del pantalón apretando fuertemente El Billete y, espantado, ve que dos policías doblan en una esquina próxima, y las lucecitas de colores y el dolor de estómago aparecen otra vez.

Cirilongo Camasho se yergue y tiritando con apurados pasos se dirige hacia un callejón cercano, en donde varias cajas apiladas le servirán para ocultarse.

Mientras camina angustiado, comienza a sonar su teléfono. Voltea a la derecha y a la izquierda. Disimuladamente lo saca del bolsillo de su chaqueta y lo observa: le llaman desde su trabajo, ¡No caeré en su trampa, allá debe estar toda la policía esperando para arrestarme!, dice caminando apurado. Deja que el teléfono suene hasta que termina de hacerlo pero vuelve a sonar y Cirilongo Camasho lo apaga y lo pone nuevamente en el bolsillo de la chaqueta caminando apurado al tiempo que mira a los policías por sobre el hombro: se acercan.

Entra raudo en aquel callejón que no tiene salida y se agacha ocultándose tras un contenedor de basura y mastica compulsivamente las uñas de su mano derecha, y ve a los agentes pasar por la calle. Espera unos instantes y se pone de pie para seguir huyendo pero no alcanza a dar un paso siquiera pues queda congelado de espanto: “El, el gps... po... por el ge, por el gps pue, pudan rastrear mi, mi ubicación...”, tartamudea con un hilo de voz.

Comienza a caminar hacia atrás muy lento, mirando de un lado a otro y hacia el cielo, pone su mano en el bolsillo de la chaqueta y saca el móvil y lo arroja violentamente al suelo, pisándolo con rabia una y otra vez hasta hacerlo pedazos.

— ¡Oiga!

Una voz sale desde el fondo del callejón. Respirando agitado, Cirilongo Camasho mira el suelo contemplando el teléfono y el chip completamente destrozados. El sudor baña por completo su enrojecida cara.

— ¡Oiga! ¡Oiga, usted! -Cirilongo Camasho levanta la cabeza, agotadísimo, y mira hacia el fondo del callejón-.

A poca distancia, entre cajas y bolsas llenas de basura distingue un colchón, y sobre él a un tipo envuelto en un abrigo café, de larga y sucia barba canosa con un viejo gorro de verde lana cubriendo su cabeza, quien le sonríe mostrando sólo tres dientes negros y podridos.

— ¡Ja ja ja! ¡Parece que está huyendo de alguien, amigo! -dice levantando una botella envuelta en una bolsa de papel café-.

El mendigo lo ha descubierto.

— ¡Venga para acá! ¡Mejor dele una moneda a este viejo para un litrito más!

Cirilongo Camasho lo observa. Sus puños y labios se aprietan y comienza a avanzar hacia el mendigo abriéndose paso entre las bolsas y las cajas. El borracho continúa sonriendo y muestra la bolsa de papel estirando mendicante la otra mano pero a medida que Cirilongo Camasho se acerca su sonrisa se transforma de esperanza en extrañeza y luego en miedo y su rostro se horroriza cuando ve a Cirilongo Camasho abalanzarse sobre él. Las manos de Cirilongo Camasho se cierran rápidamente sobre la garganta del mendigo que gime ¡Argg! ¡Ggg! la mugre de la grasienta barba se mezcla con la espesa baba saliendo de su boca y moja las manos de Cirilongo Camasho que aprietan más y más ¡ARGGGG! ¡GGAAK! el mendigo agita los brazos intentando zafarse pero las rodillas sobre su pecho le quitaron el aire que tenía y ahora ya no puede respirar ni moverse y abre tamaños ojos y desesperado sacude sus piernas y brazos y gruñe ¡ÑAKKKGGGG! y se empieza a tirar muchos peos y el pene de Cirilongo Camasho se erecta y el mendigo aterrorizado sigue agitando brazos y piernas ¡GAAÑÑÑGKK! la piel reseca y arrugada de su rostro se torna azul y Cirilongo Camasho siente el pene muy muy duro y palpitante y resopla enajenado y aprieto más y más y más ¡ÑÑGAakk! y el copioso sudor de su frente cae en el compungido rostro del indigente que se caga y Cirilongo Camasho aprieta la garganta del indigente hasta sentir que cruce entre sus manos y eyacula cuando los ojos del mendigo se ponen blancos, y el cuerpo del viejo se mea y una horrible fetidez envuelve a Cirilongo Camasho sobre el cadáver que yace con la boca y los ojos abiertos, y la mierda saliendo por debajo suyo.

Cirilongo Camasho jadea.

Recupera un poco la respiración, se pone de pie y se sacude el pantalón manchado de semen, con su pene aún erecto.

Recoge un par de cartones y los arroja sobre el cadáver, además de algunas bolsas negras llenas de basura. Pasándose por la frente la manga de su chaqueta, se quita la transpiración y es entonces cuando piensa en su cabello. Angustiado y mirando para todos lados, remueve las bolsas y cartones buscando la botella.

La encuentra, la quiebra arrojándola al piso y con un trozo de vidrio comienza frenéticamente a cortarse mechones de pelo, le tiemblan las manos y se tajea las palmas; el cabello cae ensangrentado y la sangre de sus manos chorrea por su cabeza y por su cara, y no se detiene hasta quedar completamente rapado.

Tira lejos el trozo de vidrio y vuelve a tapar el cuerpo con los cartones y bolsas, la policía le sigue los pasos, mira la muralla que está al final del callejón, avanza para treparla y se sube las mangas... las mangas. Las mangas. La chaqueta. La camisa. El pantalón, los zapatos y la corbata y los calcetines y calzoncillos: por todo ello le puede identificar. Sin perder tiempo, la policía llegará en cualquier momento, se desnuda completamente y camina hacia el contenedor de basura tirando en él toda mi vestimenta y en la mano izquierda aprieta El Billete. Regresa donde el muerto y sin soltar El Billete, le quita las bolsas y los cartones de encima.

Toma los pies del alcohólico y le saca los rotos zapatos, los roñosos calcetines y los sucios pantalones llenos de caca y orina y los calzoncillos cagados -no le importa que la mierda resbale por sus manos sangrantes- da vuelta el cadáver y le quito el mugroso abrigo y la asquerosa polera y también el piojento gorro de lana, se pone el gorro, la polera, los calzoncillos llenos de excremento y los pantalones meados y los calcetines del mendigo y siento en mi piel el tacto áspero de las acartonadas prendas que hieden a vómito e inmundicia lo cual es excelente puesto que despistará a los perros de la policía que están siguiendo mi rastro. Finalmente me pongo los calcetines, los zapatos y el abrigo y echa en un bolsillo El Billete; cubro otra vez el cuerpo con los cartones y las bolsas y se oculta tras el contenedor de basura, miro a la izquierda y a la derecha y también hacia los edificios cercanos desde donde me están grabando y atraviesa corriendo a la acera de enfrente y todos los transeúntes me observan para denunciarme y me evitan asqueados por el hedor a orina y vino y sudor y vómito y mierda y por el rastro de caca y sangre que voy dejando en el suelo y sigo corriendo y del bolsillo del abrigo saco El Billete y lo miro y lo aprieto fuertemente y lo meto en el bolsillo pensando a dónde ir en casa me esperan los agentes las salidas de la ciudad están vigiladas la policía está atenta a mi aparición y toda la gente sabe que me buscan y en los diarios ya está mi foto y en la televisión y en las estaciones de radio solicitamos a toda la ciudadanía cualquier información que nos permita dar con el peligroso delincuente sólo existe un lugar en el cual jamás me encontrarán

hoy oculto día y noche bajo la cama escucho con estremecimiento con terror el ruido de los helicópteros en el cielo las sirenas que aúllan por las calles y expectante a cada paso cerca de la habitación vivo histérico en uno de los 999.998 manicomios de la ciudad y en una radio a pilas que aferro todo el tiempo a mis oídos, horrorizado, pongo atención a los noticiarios aguardando algún boletín sobre el caso de El Billete

El Amigo

Parece que llevaba más de una semana tomando.

No sabía si lo poco que recordaba lo había vivido, soñado o imaginado.

La luz del Sol me cegaba, mi cabeza quería explotar y la peor resaca de mi vida me enfermaba terriblemente pues no sólo alcohol tenía en el cuerpo sino también cigarros y cocaína, y marihuana de esa transgénica, y pasta base.

Además, había combinado todo eso con fármacos para dormir y pastillas para estar despierto, y como casi todas esas drogas te quitan el hambre, estoy seguro que hace varios días no comía nada.

Tirado junto a mi cama, todo daba vueltas; mi camiseta estaba pegajosa y hedía a vino y sudor.

Apoyando una mano en el piso, intenté ponerme de pie, arrodillándome primero. Lo hice. Deseaba enfocar la mirada pero veía todo doble o triple, y la luz del Sol me cegaba...

Comencé a pararme y sentí que el piso se acercaba vertiginoso. No alcancé a protegerme con los brazos y un ruido seco se mezcló con un lejano dolor en mi rostro...

Quizá había pasado una hora o un día entero cuando volví a reaccionar: me afirmé en el borde de la cama, irguiéndome tambaleante, trastabillé y me fui de espaldas. Mi nuca rebotó en suelo. Otra vez el ruido sordo, el dolor lejano...

Me giré poniéndome en posición fetal, y me acurruqué sobre mí mismo.

Cerré mis ojos.

Mi corazón latía despacio, muy, muy despacio... de pronto se aceleraba tanto que me palpitaba en las sienes, y luego lo sentía otra vez lento... esperaba resignado el momento en el cual se detendría para siempre. "Si me muero, a nadie le importará mucho y al poco tiempo ya nadie me recordará, y será como si yo jamás hubiese existido", pensé.

Una tibia lágrima de profunda tristeza corrió solitaria por mi mejilla derecha.

Yo... yo nunca quise llegar a ser alguien en la vida, aspirar a la felicidad y esas cosas, nunca lo imaginé siquiera, y eso me hacía sentir muy pero muy mal; sin embargo, era aún peor el saber que *verdaderamente* no era nadie y no tenía nada, ni apoyo ni talento, ni motivación, ni estudios, un reconocimiento laboral o académico, algún diploma, un pequeño capital para emprender un modesto negocio o cualquier cosa que me diera estabilidad económica... ningún logro personal que me hiciera sentir orgulloso o tan sólo algo, por mínimo que fuera, que me regalase una pizca de esperanza para estarlo alguna vez.

Sin amigos verdaderos, sin pareja ni aspiraciones de ningún tipo y ni siquiera algún proyecto dejado a medio camino, pasaba yo mis días drogado y borracho. Con veintisiete años de edad mi existencia no valía un puto peso... y sentí una tremenda angustia cuando el suicidio llamó a mi puerta.

Tirado en el piso con los ojos aún cerrados, saqué del bolsillo de mi pantalón el encendedor y un cigarrillo, y lo encendí a tientas. A la segunda fumada vomité. Y mientras vomitaba, me veía llorando amargamente. Intenté ponerme de rodillas y apenas gateando, me aparté del vómito que chorreaba por mi boca y mentón y polera... y me tendí de espalda.

Las vigas del techo giraban en mis ojos cuando perdí la conciencia otra vez.

Era de noche cuando desperté. Abrí los ojos poco a poco y ya no sentía ganas de matarme, aunque la enfermedad de la resaca seguía allí. A pesar de que continuaba mareado, al menos ahora podía enfocar la mirada. “Debo comer algo”, me dije. Tiritando, intenté levantarme pero mis piernas se doblaron y me fui a tierra nuevamente. Me quedé inmóvil un par de minutos.

Tirado en el piso, vi una botella con agua debajo de la cama; debía llevar allí mil años. Estiré mi brazo, la alcancé, la destapé y me la bebí de un trago. Cerré mis ojos.

Entre confusos destellos de colores, imágenes y sensaciones, borrosas fotos con movimiento en las cuales me veía peleando borracho, comenzaba a dormirme otra vez. Mas de pronto, y sin motivo alguno, vivencias de mi época estudiantil aparecieron en mi mente. “¿Qué será de mis compañeros de colegio?”, pensé.

Sabía de algunas que tenían varios hijos y de otros que eran responsables padres. Recordé a Amapola, una chica que entró a la Universidad del Estado y que, gracias a su esfuerzo y excelentes notas, ganó una beca y hace años vivía en Australia. Imaginé entonces lo genial que habría de ser la vida universitaria, tanta gente por conocer, tantas experiencias... me figuré a las chicas hermosas y a los tipos ganadores a quienes les aguardaban porvenir llenos de felicidad y éxito y logros y satisfacciones...

Yo no vi más que frustración y soledad en mi futuro. Pensando en ello me dormí otra vez, mientras tibias lágrimas me acariciaban tristemente las mejillas.

Al día siguiente, la resaca y el dolor de cabeza habían desaparecido, pero un hambre terrible me invadía y tenía el pómulo izquierdo súper hinchado.

Tembloroso, mareado e increíblemente débil, logré llegar a la cocina, puse la boca bajo el chorro del agua en el lavaplatos y me bebí como cinco litros de agua. Abrí luego el refrigerador, saqué una olla y me senté en el piso apoyando mi espalda en la muralla, y destapé la olla: eran tallarines blancos y fríos sin salsa ni sal ni nada. Agarrándolos con la mano, los comí. Con muy poco quedé satisfecho.

Sentí que las fuerzas me volvían un poco y el mareo se alejaba, y dejé la olla en el piso junto a mí. Ya había dejado de tiritar.

Crucé los brazos sobre mis rodillas flectadas, cerré mis ojos y dormité durante largos minutos, una hora quizá; mientras dormitaba, sin quererlo, mi mente viajó otra vez a los tan lejanos momentos de mi periodo escolar...

Estaba, me sentía más repuesto, y con una especie de extraño optimismo. Bostecé, me desperecé y me paré y aún tambaleante, caminé hacia el baño. Hacía dos semanas que no me duchaba ni me lavaba la cara ni me cambiaba de ropa.

Eso de bostezar y de desperezarme y de caminar tambaleante hacia el baño para ducharme después de dos semanas, sucedió el mediodía de un martes. En la tarde de ese día hablé con un vecino, y con él me conseguí el periódico de aquel día martes.

Revisé las ofertas laborales: encargado de limpieza, recadero, bodeguero, ayudante de mesero, armador de cajas, guardia... “Se necesitan repartidores de correspondencia para Correos del Estado. Horario flexible, uniforme, propina diaria y sueldo mensual”.

Anoté la dirección que indicaba aquel anuncio.

Fui al día siguiente al Correo, hablé con el encargado y ya el jueves vestía el uniforme oficial: chaqueta azul, bolso azul, una gorra del mismo color y pedaleaba sobre una bicicleta roja que me pasaron allá. Estaría a prueba un par de meses y cumpliría la función de “supernumerario”, es decir, reemplazaría a los carteros que salieran con vacaciones, que presentasen licencias médicas -casi siempre falsas-, o que pidieran el día libre: llaman y dicen que se enfermó su esposa o que les salió un trámite urgente en el colegio o universidad de su hijo, ese tipo de cuentos. O simplemente, no llegan a trabajar (los fines de mes, las Fiestas Patrias y las Navidades y Añosnuevo nunca falta nadie pues los carteros recibimos propinas por cada carta entregada, y en esas fechas tod@s quienes esperan las cartas andan pagad@s y son generosos ya que están enfiestad@s, y casi siempre también se están emborrachando... Pero hoy es recién cinco de marzo, así que faltaron varios colegas).

Mi horario era de lunes a sábado desde las nueve de la mañana y terminaba al acabar de repartir las cartas, que podía ser al mediodía o a las nueve de la noche, dependiendo la cantidad de cartas que me tocara.

Al llegar al trabajo te recibían enormes mesones que contenían infinidad de paquetes llenos de cuentas, boletas y facturas, órdenes de desalojo y de embargo, y multas por infracciones de tránsito o delitos menores, y obvio, también cartas, pero pocas.

Cuando no faltaba nadie, el jefe, don Jefferson Boss, me llamaba a su oficina para decirme, por ejemplo, que acompañe a Pérez que anda medio mal de un hombro y le cuesta cargar el bolso, o que salga con Cesar pues llegó con lumbago, etcétera.

Cada uno de los carteros tenía asignado un cubículo en el cual organizar el día, tomaba sus paquetes con las cuentas y multas y pocas cartas etcétera, los dejaba allí, iba a la cocina a tomar desayuno y luego regresaba para ordenar la correspondencia mientras escuchaba música y *tiraba la talla* con el resto de los colegas. Si a las diez de la mañana, un cuadrante -el sector asignado a cada cartero- seguía desocupado, el jefe me mandaba a dicho lugar: “oye, Cirilo, Fresia no ha llegado así que anda a ordenar sus paquetes, allá en su cubículo están, es el número tres. Estarás allí hoy viernes y mañana”. Pero lo malo de ser supernumerario era que siempre andaba uno rebotando de acá para allá y cuando al fin te habías aprendido la ruta de reparto, te mandaban a otro sector, y vuelta a empezar.

La oficina de Correos de la comuna de Santiago, en la Región Metropolitana de Chile, se ubica en la esquina de Alameda con Matucana, casi en medio de la capital, y el cuadrante de la señora Fresia comprende doce cuadras formadas por siete calles, con sus direcciones perfectamente numeradas y a la vista. (¡Ah!, no te había contado. Es fundamental para los carteros que las direcciones estén ordenadas y los números visibles pues de lo contrario, es una verdadera mierda: “Andrés está con licencia, ayer lo mordió un perro así que tú vas a repartir su sector”, me dijo don Jefferson una mañana. Yo nunca había estado en el sector de Andrés y estar donde nunca has estado es, a veces, lo peor que te puede ocurrir: llegas al lugar y lo primero que sucede es que descubres que el mapa que te dio el jefe no indicaba que las calles están sobre cerritos, lindos y entretenidos cerritos en bajada sobre la bicicleta, cierras tus ojos y te dejas llevar por la pendiente y sientes el vértigo en tu estómago y sonrías y todo eso, pero los cerritos se convierten en una patada en los huevos cuando te toca subirlos con la bicicleta llena de doce kilos de cartas; el estúpido mapa tampoco te dijo que las direcciones casi no se ven pues los números están tapados por las grandes rejas que sus dueños han levantado para protegerse de los delincuentes. ¡Además, el maldito y puto mapa nunca te contó que esas invisibles direcciones no están ordenadas bajo ningún patrón lógico!: un 1453 luego de un 999 o un 13 seguido de un 374 etcétera. Y si por ventura siguen una serie ordenada, sólo es a ratos: una cuadra empieza en el 1228 y termina cinco casas después, en el 1238, ok, vamos bien, números pares de dos en dos, pero la cuadra siguiente continúa con el 1453 y la casa de junto tiene el 999... La situación es desesperante, estás allí en el borde de la calle junto a la bicicleta sobre la loma de un cerrito y el Sol te quema con una ola de calor no vista en medio siglo, treinta y ocho, cuarenta, cuarenta y cuatro grados y ningún árbol cerca ni nada que te dé sombra y tus tres botellas para el agua otra vez están secas.

Sientes arder tu cara bañada por el sudor mezclado con el picante y mal oliente bloqueador, “este año seguiremos con el mismo bloqueador del año pasado, no hay presupuesto para cambiar de marca”, informó don Jefferson en mitad del invierno cuando nadie pensaba en el verano; esa asquerosa crema con olor a mierda pegajosa y aceitosa chorreando por tu rostro y juntándose en tu barbilla, las gruesas gotas cayendo hacia un pavimento al rojo vivo que derrite las suelas de tus zapatillas y te quema los pies absolutamente transpirados...

Y miras unos segundos a tu derecha y luego a tu izquierda y no sabes por dónde empezar a repartir las weás de cartas. Bajas la loma siguiendo tu instinto pero te equivocas y debes volver a subir la loma y desciendes hacia el otro lado. Comienzas a pedalear y te sientes optimista y contento porque ya llevas treinta cartas entregadas en treinta casas cuyos números están ordenados y visibles... te llenas de esperanza y al doblar la esquina todo es caos pues los putos números están todos revueltos...

¡Espera! Mira, cáchate ésta: tú, la bicicleta, el bolso con los doce kilos de cartas y otra cima de un cerrito parecido al anterior pero ahora no es verano sino invierno, y te ves bajo un frente de mal tiempo que se extiende ya por siete días, “el peor de la década”, dicen en la tele. No ha dejado de llover ni tan siquiera media hora y tus pies flotan dentro de los botines: luego de pedalear por interminables calles inundadas junto a veloces autos que al pasar por los charcos te lanzaban enormes olas, tus zapatos no aguantaron más y se llenaron totalmente de agua y ahora suenan puij puij a cada pedaleo y estilan como todo el resto de tu ropa, el gorro de lana, la bufanda, la chaqueta, los guantes de lana, el polerón, la polera o camiseta y los pantalones y los calzoncillos, “no hay presupuesto para comprar impermeables este año”, comunicó don Jefferson en mitad del verano cuando a nadie le importaba el invierno... Y te ves ahí, cagado de agua y de frío en aquel día gris parado en la lomita de aquel cerrito junto a la helada y chorreante bicicleta, tiritando y pensando sólo en resfríos, gripes, pulmonías y neumonías y miras a través de la lluvia hacia un lado y al otro y apenas ves las luces de decenas, centenas, millares de casas que se extienden sin fin, entonces pasa un gélido viento y piensas que todos los culiaos están secos y calentitos dentro de sus hogares, descansando o durmiendo, comiendo o haciendo el amor en sus camitas, todos los hijos de puta sequitos y calientitos tomando su cafecito mientras el agua te chorrea por dentro y por fuera y tus pies y tus manos están congelados y el frío cala tus huesos y vuelves a mirar las interminables casas y no tienes idea de por dónde seguirás repartiendo las cartas ya que las calles tampoco tienen sus nombres a la vista, porque los delincuentes los borraron para que la policía se pierda al ir a buscarlos...

Y entonces te dan ganas de abandonarte bajo la lluvia torrencial y mandar todo al demonio y dormir una siestita sobre la vereda, y ya casi estás acomodándote cuando pasa otro viento heladísimo que te recuerda los doce kilos de cartas... te invade una locura asesina al tener conciencia de que **toda tu confianza se basó en esa mierda de mapa que te pasó el jefe**, “este es el mapa del sector de Andrés, guíese por él”, te dijo sonriente don Jefferson Boss en la mañana.

Boss y la enorme y sangrante y peluda concha de tu madre...

Doce kilos de boletas de teléfono y cobranzas y avisos de embargo y multas y catálogos comerciales y ninguna carta de amistad o de amor... doce kilos, casi doscientas noventa cartas, casi doscientas noventa casas y son ya las cuatro y media de la tarde y no has entregado nada y calculas que terminarás el reparto como a las diez de la noche... gritarás de rabia y desesperación pero el ruido de la lluvia no permitirá que tus gritos los escuche nadie excepto tú.

Yo grité aquella vez.

Por suerte, las calles del sector de Fresia son planas: nada de cerritos ni de lomitas ni subidas ni bajadas y ya sabes, con los nombres de las calles muy bien indicados y los números de cada casa a la vista y toditos correlativos.)

Aquel viernes, cuando Boss me envió al sector de la señora Fresia, no tuve ningún problema para repartir la correspondencia y terminé a las cinco de la tarde, con poco más de diez mil pesos de propinas en mi bolsillo. El sábado me resultó aún más fácil: terminé el reparto a las tres y media de la tarde y rescaté \$15.680 pesos.

Cuando llegué al Correo el lunes, luego de mi desayuno, Boss me mandó a ordenar nuevamente las cartas del cubículo tres: desde ese lunes y hasta el viernes, cubrí el sector de la señora Fresia.

El sábado en la mañana, don Jefferson me llamó a su oficina.

Fui.

Sentado tras su enorme escritorio, Boss revisaba unos documentos que tenía sobre el escritorio. Vi a la pasada que en uno de los papeles figuraba mi nombre.

— “Síntese, por favor” -me dijo despectivamente y sin levantar siquiera su mirada, indicándome con el mentón una tosca silla-.

Yo siempre supe que más temprano que tarde me despedirían, aunque me impresionó que se hubiesen demorado tanto. Me senté en la tosca silla en la cual, despectivamente, Boss señaló que me sentara.

La verdad es que yo nunca había logrado completar tan siquiera un mes en ningún trabajo, ya que mi actitud denota absoluto desinterés en las tareas que me asignan. Tampoco me hace sentido que prácticamente debo estar agradecido por tener un empleo y gracias a eso, andar sonriéndole al jefe todo el día. Encuentro ridículo ver al resto de los empleados como a mi propia familia y al lugar de trabajo, como a mi casa. Jamás doy ni la mitad de mi esfuerzo y cuando puedo, eludo las labores. Entonces siempre alguien me delata y yo *cobro* con el más lameculo del jefe sin importarme si el tipo ése me acusó o no, y me pongo a pelear con él y si el jefe se mete, a él también le pego.

Cuando no era ése el caso y nadie andaba con chismes, yo me relajaba y comenzaba a llegar tarde o borracho o ambas a la vez o me iba antes de terminar mi jornada o faltaba varios días seguidos.

Y si a pesar de todo aún me aguantaban, empezaba a robarme cosas del lugar. Nunca me pillaron pero sospechaban, y al final me echaban.

¡Ahora todo me es tan obvio! ¡Era yo quien siempre buscaba el despido!

Mientras veía al jefe revisando los papeles sobre el escritorio, yo pensaba qué había hecho mal esta vez pero no encontraba nada que justificara mi despido: bueno, al principio confundí una que otra dirección o me equivoqué al llenar algún formulario, pero eso es totalmente comprensible pues estaba recién aprendiendo.

¿Me había tomado mis cervecitas? Sí, claro, pero siempre después del trabajo. ¿Llegué alguna vez tarde? Sí, pero sólo una o dos veces, y con no más de diez minutos de retraso. ¿Me había robado algo? No, nada, aunque a mí sí me sacaron varias veces unas propinas que dejaba en el cubículo al cual me mandaban pero así y todo, yo no me había peleado con nadie y ni siquiera reclamé por los hurtos que estábamos sufriendo (yo no reclamé, pero el resto de mis colegas sí protestaron puesto que a todos nos andaban robando las propinas que dejábamos en el cubículo al regresar del reparto, para ordenar y contar ese dinero antes de irnos a la casa).

¿Yo había flojeado? No, ni tan siquiera un segundo: era tan poco el rato que estaba en la sala de correos antes de irme a repartir la correspondencia, que no tenía tiempo de sacar la vuelta porque ya no tomaba desayuno en el correo sino que llegaba directo a ordenar las cartas lo más eficientemente posible, las ordenaba tirando la talla con los colegas y era el primero en salir a reparto, y por eso no tenía tiempo de flojear ni de “sacar la vuelta”.

Don Jefferson seguía revisando los documentos, firmaba uno, timbraba otro...

En los casi siete meses que yo llevaba en ese trabajo nunca falté ni un puto día, y es más: en varias oportunidades entregué la última carta a las nueve o diez de la noche siendo que ninguno de mis compañeros trabajaba después de las seis de la tarde. En los días lluviosos, mis colegas me miraban con curiosidad al verme salir a reparto pues ellos esperaban hasta el mediodía que la lluvia parase. Si la lluvia no amainaba, decían que se les mojaría la correspondencia y que no querían resfriarse y tener que faltar por enfermedad, así que dejaban todas sus cartas ordenadas para el día siguiente y marchábanse presurosos a sus cálidos hogares, a las doce del día...

De todas maneras, los argumentos que daban mis compañeros eran reales: los bolsos de las cartas estaban defectuosos y tampoco habían impermeables; sin embargo, yo aprendí a arreglármelas cubriendo la correspondencia con una gran bolsa de plástico transparente. Además, compré de tercera o cuarta mano un enorme y tosco impermeable tamaño XXL y también unas botas de goma terriblemente heladas, pero que mantenían mis pies secos.

Aquellos fríos y lluviosos días, yo era el único cartero de la comuna de Estación Central que salía a cumplir con mi deber, **EL ÚNICO DE TODA LA COMUNA DE ESTACIÓN CENTRAL: 221.901 HABITANTES.**

“¿O sea, tan recagao estoy que ni siquiera sé qué hice mal?”, pensé atemorizado pues hace tiempo sentía que ese trabajo era algo así como mi última oportunidad. ¿Última oportunidad de qué?, no lo sabía, pero eso sentía. Entonces me dio un poco de pena que me despidieran, y por primera vez, deseé que no lo hiciesen.

Boss juntó los papeles, los dejó a un lado, suspiró y me miró silencioso y serio. Cuando noté que comenzaría a hablar, vi claramente lo que había sucedido: como yo fui el único cartero que no reclamó por los robos de las propinas, me sindicaron a mí como el ladrón. Desde luego, no tenían ninguna evidencia pues yo era inocente, pero yo tampoco las tenía para demostrar que en verdad lo era.

Una absoluta mierda todo aquello.

— Bueno, Cirilongo, usted sabe que estaría a prueba durante un tiempo y que luego evaluaríamos si continuaba o no trabajando... y usted, usted comprenderá que yo debo tomar decisio

— Jefe, ahórrresela y vaya al grano, porfa -le interrumpí apenado. Quise pararme e irme pero era tanta mi desazón que no tuve fuerzas para levantarme de la tosca silla en la cual Boss me indicó despectivamente que me sentara-.

— Heeemmm, no le comprendo mucho... -me dijo Boss-.

— Señor Boss, por favor, continúe -le dije tremadamente abatido-.

— Cirilo, le decía que usted estaría a prueba... y... y comprenderá que esto es algo difícil pues usted no es el único supernumerario... y no es la idea ser injusto con nadie... pero a veces...

El jefe me miró en silencio nuevamente, y yo lo único que sentía era hastío y ganas de largarme de ese lugar de una vez por todas.

— Ok, entiendo -dije mientras me levantaba al fin de la tosca silla-.

Yo ya tenía vista una cantina cercana, y era allí donde me iría a emborrachar apenas saliera de esa inútil reunión con el jefe y así evadirme de toda mi maldita existencia.

¡Tanto esfuerzo para que me tratasen de ladrón!
Y yo... yo lo único que deseé... fue hacer las cosas bien...

Mi garganta se apretó con un tremendo nudo que ni siquiera me dejó tragar saliva.

Por primera vez en mi vida había imaginado un porvenir que quizá me sonriera, y aunque no tenía la más puta idea de lo que el destino me deparase, cualquier cosa sería mejor que la oscura niebla de la cual con tanto esmero traté de huir, y ahora chocaba de frente contra la realidad: “en el momento en que más lo necesites, **NADIE TE DARÁ UNA MANO**”, pensé tristemente.

Don Jefferson Boss apartó su mirada de mis ojos cuando mis ojos se humedecieron de rabia, pena e impotencia.

Minutos después, en la cantina aquella en la cual yo tenía cifradas mis esperanzas, un montón de borrachos compartían su soledad y tristeza, o sus frustraciones y alcoholismos o alegrías e indiferencias en verdad yo no lo sé pues yo no estaba allí, sino que yo estaba en la oficina del jefe mirándome firmar el primer contrato indefinido que yo había tenido en toda mi vida: el sector de la señora Fresia, ahora me pertenecía.

Lo que sucedió, fue lo siguiente:

- Cirilo, le decía que usted estaría a prueba... y... y comprenderá que esto es algo difícil pues usted no es el único supernumerario...
y no es la idea ser injusto con nadie... pero a veces...
- Ok, entiendo -dijo mientras me levantaba al fin de la tosca silla-.
- Pero... ¿por qué se para? -preguntó don Jefferson extrañado. Permanecí de pie y con los ojos llorosos, afirmándome en el respaldo de la silla-.
- ...
- Cirilo, el asunto es que Fresia renunció.
- ¡¿La señora Fresia renunció?! -le pregunté asombrado-.
- Una tía en tercer o cuarto grado le dejó una tremenda herencia a Fresia -continuó Boss-. La señora no tenía hijos ni marido ni pariente alguno excepto a Fresia, quien es hija de un primo-abuelo suyo y de quién la difunta jamás oyó hablar, ni Fresia tampoco sabía de esa tía. Los del Servicio de Hacienda se comunicaron con Fresia y le informaron que, según la ley, ella era la heredera.

Desde que entré a Correos, la señora Fresia siempre estuvo con licencias y era reemplazada por mí o por otro supernumerario. Yo nunca la vi. La señora Fresia tenía un cargo en el sindicato de Correros y gracias a eso no la podían despedir, aunque faltase al trabajo muchos días.

— Así que le dejaron una herencia... -le dije al jefe pensativo-.

— La suertecita de alguna gente -dijo el señor Boss, mirándome directo a los ojos y con una hermosa sonrisa llena de bondad, de esperanza y de **amistad**-.

Y fue entonces cuando la vida me hizo comprender que el buenazo de mi jefe, también se refería a mí.

El sector que repartía la señora Fres, perdón, **MI** sector, abarcaba por completo el Barrio Yungay, distante veinticinco cuadras de la Plaza de Armas de la ciudad. Si vas caminando desde mi sector, llegarás allá en unos treinta minutos.

El Barrio Yungay es muy importante en la historia de Santiago, y de hecho, es Patrimonio de la Nación pues fue uno de los primeros suburbios de la capital.

Aún quedan en pie muchos testigos de la llamada “Cuestión Social”, aquella tremenda crisis de comienzos del siglo veinte que dejó a miles de personas en la más profunda indigencia: millares viajaron al norte para trabajar y vivir en los campamentos mineros del salitre, hombres, mujeres, niños y niñas escapando de la pobreza que les azotaba allá lejos, en el sur del país, pero a los pocos días se encontraron trabajando en pésimas condiciones y carentes de las más elementales medidas de seguridad, viviendo hacinados en precarias casas de calamina sin un mínimo aislamiento, un verdadero horno bajo el extenuante Sol de la pampa nortina en el día, y por la noche un frigorífico a causa de las temperaturas bajo cero del desierto de Atacama. Además, durante mucho tiempo, a los esforzados trabajadores no les pagaron con dinero sino con fichas sin valor de cambio fuera de aquellos campamentos, por lo cual debían comprar sus alimentos a precios exorbitantes en los únicos almacenes que allí existían: las tristemente famosas “pulperías”, cuyos dueños eran los mismos dueños de las explotaciones salitreras.

Luego de terribles masacres sufridas por los obreros del salitre, se acordó pagar a los trabajadores con dinero de verdad pero no alcanzaron a disfrutar de una mejor calidad de vida pues el auge del salitre terminó en 1930: los alemanes que inventaron el salitre sintético y la crisis económica del año anterior, fueron los responsables. Las oficinas salitreras cerraron y los trabajadores supervivientes y sus familias quedaron de brazos cruzados y con los estómagos vacíos.

Sin más expectativas que hambre, miseria y piojos, se devolvieron al sur; muchos se quedaron en la mitad del camino, sin embargo, en Santiago: llegaron por millares a la capital pero acá tampoco había esperanza para ellos, ninguna, y los esfuerzos de la iglesia y de las mutuales de obreros por ayudarles, fueron insuficientes.

Sin nada para comer ni un lugar en el cual dormir, aquella gran masa humana podría volverse revoltosa así que las autoridades decidieron entregarles un certificado que “certificaba” su necesitada condición, cosa absurda pues bastaba sólo con ver sus miserables aspectos: niños descalzos y sucios, inmundo también el pantalón afirmado con una tira en diagonal pasando sobre alguno de sus hombros, cruzando el raquíto y desnudo torso; remendados y mugrientos los vestidos de las niñitas, descalzas siempre y horriblemente desnutridas... una vieja camisa, un gastado pantalón y zapatos rotos eran la vestimenta de los barbudos y desgreñados, sucios y mal olientes hombres, acompañados fielmente por sus mujeres con ropas y aspecto en las mismas o peores condiciones, llevando de la mano o cargando en sus brazos a los famélicos retoños...

Con los timbres y firmas sobre el documento, aquella miserable gente se proveyó de sustento gracias a la venia oficial, mendigando legalmente sin temor a ser molestados por la policía ni recriminados o insultados por nadie.

En las calles de Chile limosnearon comida y dinero; pedían en casas, almacenes, empresas grandes y medianas y pequeñas, en talleres, en zapaterías, mendigando para una institución que fue conocida como “La Olla del Pobre”: “patroncito, una ayudita por el amor de Dios, somos cesantes del salitre, *tenimos* mujer y *tenimos* hijos, hijos chicos... ustedes son chilenos como nosotros y nosotros estamos en la mala, *ayúdenlos* por favor, sean buenos chilenos ”, rogaban, y la gente y los dependientes les daban unos pocos centavos, pesos a veces y tal o cual paquete de ajos blandos, de apios rancios o de cebollas brotadas y váyanse luego por favor que me espantan a la clientela...

Aquella terrible experiencia volvió alcohólicos a muchos quienes terminaron por acostumbrarse a mendigar sólo para comprar vino u otros licores; sin embargo, la mayoría de ellos se sobrepuso y luego de preguntar por aquí y por allá, ayudando hoy en este lugar y mañana en este otro, lograron encontrar algún trabajo, precario pero trabajo al fin, y tuvieron un salario seguro.

Y después de mucho esfuerzo, dejaron las calles y se fueron a vivir a los tristemente famosos “conventillos”.

Los conventillos eran vecindades casi siempre con el piso de tierra, a los cuales entrabas luego de atravesar una pequeña puerta en el medio de un portón. Avanzando por un corto pasillo divisabas un gran patio lleno de habitaciones ubicadas en sus orillas. En medio de ellas, dos pequeñas piezas eran utilizadas como cocina común una y como baño común la otra; a su lado, una llave o una piletita, a veces un lavadero. Sólo los cuartos destinados a habitaciones eran privados: el baño, la cocina, la llave o piletita y el lavadero si es que existía, eran comunitarios. Tampoco había electricidad y debían alumbrarse con velas. Obviamente, los incendios eran frecuentes.

Por el medio del conventillo corría una hedionda acequia llena de las inmundicias del baño y del agua de las llaves o piletas, y de los lavaderos.

En tales lugares se hacinó el bajo pueblo capitalino: familias con cinco o más integrantes, padre, madre, hijas e hijos y algún pariente o amigo, en habitaciones cuyos únicos muebles eran algunos cajones en donde se sentaban a comer y una cama para tres o cuatro; en ocasiones no había tal cama y sólo una colchoneta cumplía esa función, quizá sin frazada o con una muy delgada; aun a veces no había nada en lo cual tenderse a descansar y sus habitantes dormían en el piso, tapándose con hojas de periódicos. Claro, en verano es delicioso dormir así pues el verano en Santiago es muy caluroso, el verano y la primera mitad del otoño, pero la otra mitad del otoño y todo el invierno y parte de la primavera, son terribles...

Ahí les puedes ver, abrazándose tratando de no congelarse mientras se quedan dormid@s pero son despertad@s cada diez minutos por gélidas pesadillas; intentarán dormirse otra vez, escuchando entumidos la lluvia sobre el techo, tiritando y orinándose de frío...

Así y ahí, en aquella tremenda indignidad nacieron, vivieron, procrearon y murieron en el más absoluto anonimato incontables humanos: obreros, ladrones, asesinos, policías, basureros, mendigos, jugadores, empleados de última categoría, prostitutas, bebedores y muchos actores, dramaturgos, poetas, literatos y pintoras con infinito talento a quienes nadie aplaudió, nadie leyó ni nadie admiró...

Todo eso me lo contó don Floridor del Carmen Rosales Soto, un anciano a quien conocí mientras repartía las cartas en el ex sector de la señora Fresia. Vivía él en una de las piezas de esos conventillos -con alcantarillado ahora, y también con electricidad-.

Don Floridor se ganaba el sustento reparando serruchos, oficio que nunca imaginé pudiese existir. Era viudo y tuvo dos hijos que murieron de tuberculosis antes de aprender a caminar.

“Yo viví todas esas cosas... tanta maldad... hombres que solamente pedían trabajo para alimentar a su familia... y los mataban... a ellos y a sus familias los mataron... allá en el norte, sí pues... en el norte... y también en el sur... y aquí en Santiago hacían lo mismo... y también allá en Valparaíso hacían lo mismo... yo viví todo eso, sí pues...”, me decía don Floridor a sus noventa y cuatro años de existencia.

En el colegio jamás puse atención a los profesores. Yo aprobaba las aburridas asignaturas copiando en las pruebas y por eso no sabía tan siquiera una palabra de lo que don Floridor me fue relatando en las muchas tardes que conversé con él, sentados en el patio del conventillo mientras compartíamos unos mates.

Quizá aquella tan grande ignorancia mía radicó también en el silencio familiar respecto a todo lo relacionado con la historia de Chile, antigua o reciente. Lo único que llegué a saber de boca de algún pariente, fue algo que me dijo hace diez o quince años atrás una tía que me cuidó cuando yo era muy pequeño: "Cirilo, en ese tiempo del '73, durante la dictadura, tu papá y tu mamá se unieron a la resistencia contra los militares, y se alistaron al MIR. Alguien los delató y los arrestaron. Los militares torturaron a tu mamá y a tu papá juntos para que dieran los nombres de otros Miristas, pero no dijeron nada, no delataron a nadie... a tu papá le sacaron la capucha y la venda y le afirmaron la cabeza para que viera cuando los militares violaron y mataron a tu mamá al frente de tu papá... él por milagro pudo sobrevivir...".

Muchos años después, le pregunté a mi padre sobre aquello que me contó mi tía:

"Tu tía habla puras weás", fue lo único que dijo.

Hasta donde llega mi memoria, veo a mi padre volviendo silencioso desde sus trabajos; luego se sentaba a la mesa comiendo y viendo la tv y después se tiraba en el sillón y se mantenía fijo frente al televisor hasta muy tarde. Los días que no trabajaba, se tendía en la cama a ver la televisión desde la mañana y no se apartaba de ella hasta la noche. No tenía amigos y no le gustaba visitar a nuestros parientes ni recibirlos en casa; nunca hablaba de nada y casi siempre sus únicas palabras eran “sí”, “no”, “allá está”, “hola”, “chao”.

Jamás entablamos una conversación sobre mi vida o la suya, o sobre cómo me había ido en el colegio o a él en el trabajo.

¡Me gustaba mucho hablar con don Floridor!

Él sabía de hartos temas y conocía muchos sucesos que me impresionaron demasiado, como la matanza de la Escuela Santa María en Iquique, la huelga portuaria de Valparaíso, la masacre del Seguro Obrero acá en Santiago y la matanza de Pampa Irigoin allá lejos, en el sur, en Puerto Montt... “Yo viví todo eso en el norte, en Valparaíso y en el sur, sí pues”, repetía siempre al cebar su mate.

Don Floridor me prestó también muchos libros, algunos de historia, muy antiguos, y fui adquiriendo el hábito de la lectura.

Como dije, no eran sólo libros de historia sino también de filosofía, novelas y poemas y así conocí a Émile Zola, a Vicente Huidobro, también a Hipatia de Alejandría y a Alberto Moravia, a Dostoievski, a Pablo de Rocka, a Pio Baroja y a Proudhon y a Malatesta-

También me habló de Karl Marx, y me dijo que pensar que toda la historia de la humanidad ha sido motivada por la lucha de clases, es una estupidez, porque la amistad y el amor trasciende las clases, por algo le gustaba mucho Prudhon y Malatesta y también Vicente Huidobro, pero Huidobro era de la clase dominante, y también Malatesta... “y como Marx dice que todo es lucha, la única manera de ser felices es luchando contra las clases dominantes para cambiar la estructura económica del capitalismo, y luego de eso, se transformará el individuo. Pero diciendo eso ponen la responsabilidad de la propia felicidad en el exterior de cada uno, y eso no es así, es al revés: si en tu mente y en tu espíritu estás tranquilo, con plata o sin plata estarás contento y en paz”, me decía.

— ¿Pero cómo un hombre con cuatro hijos va a estar tranquilo si no tiene trabajo?

— ¿Pero cómo llegaste a tener cuatro hijos sin tener dinero ahorrado o un trabajo seguro, o un almacén o un negocio para no tener que preocuparte si en algún momento, quedabas sin trabajo?

— Quizá no me educaron bien porque yo era pobre y a los pobres les dan una pobre educación... los ricos les dan una pobre educación a los pobres para que no se revelen contra las clases dominantes, eso dice Marx en el libro que usted me prestó...

— Mire, no depende de los ricos que usted sepa que traicionar a alguien que lo quiere, está mal. No depende de los ricos ni de que usted vaya a la iglesia y en la iglesia le digan que es malo traicionar a quien lo quiere a usted. Los ricos y los pobres sabemos que traicionar a quien nos quiere, está mal.

— ...

— Si alguien traiciona a quien le quiere, tiene un problema en su Alma y en su corazón, y también en su mente, y eso no depende del capitalismo, depende de cada uno. Yo viví todo eso en el norte, y en el sur y acá en Santiago y en Valparaíso, sí pues, pero yo no me volví alcohólico como muchos de mis compañeros, y todos éramos de la misma clase proletaria y habíamos sufrido por ser pobres, pero muchos no nos volvimos alcohólicos... y la estructura económica capitalista nos oprimía por igual, pero yo no me volví alcohólico, a pesar de todo... y no soy el único, cuando lea todos los libros que tengo y que le voy a prestar, se va a dar cuenta que esto que le digo es verdad, porque también han torturado a mucha gente y muchos no dijeron nada, pero otros traicionaron... y quienes traicionaron tenían los mismos ideales y la misma entrega pero por alguna extraña razón, algunos traicionaron y algunos no traicionaron.

—¿Y si tienen un hijo?

— ¿Un hijo? No entiendo su pregunta...

— O sea, digo que si por unirse a la lucha armada, el papá y la mamá dejan al hijo de un año de vida a otras personas para que lo cuiden, en vez de cuidarlo ellos... ¿Eso no es traicionar al hijo?

— No lo sé... eso lo sabe el papá y la mamá nomás...

Don Floridor también me prestó un libro de un filósofo alemán que me gustó mucho, y cuyo apellido no sé si está bien pronunciado, Nitche creo que se dice.

“Con las muchas cosas que don Floridor sabe, estoy seguro que podrá enseñarme sobre el MIR y la dictadura del ‘73. Más rato le voy a preguntar sobre todo eso”, me dije un martes mientras tomaba desayuno en mi cubículo, antes de salir a reparto en la bicicleta.

Aquella tarde de martes no lo encontré sentado y rodeado de serruchos, como siempre le veía al entrar al conventillo. La puerta de su habitación estaba cerrada con un candado.

Le pregunté a una vecina por don Floridor: “anoche se sentía muy mareado y fue al hospital”, me dijo la vecina. El hospital quedaba cerca así que pedaleé rápidamente.

Como quizá imaginaste, al llegar al hospital y preguntar por don Floridor del Carmen Rosales Soto, me dijeron que había muerto.

Y murió solo, solo y quizá también triste... triste como los tristes personajes de sus incontables relatos.

Gracias a todo lo que aprendí con don Floridor, al año siguiente rendí una excelente Prueba de Admisión a la Universidad del Estado, y me matriculé en la carrera de Pedagogía en Historia...

Una Confusión

I

- Se concede la palabra al acusado. ¿Tiene algo que alegar en su defensa?
- Sí. La defensa presentará sus alegatos. Gracias, señorita usía:

Bien; si el Universo es infinitamente vasto en extensión y contenido, podría ser obvio que, si existen otros planetas más allá del nuestro, quizá también haya vida ahí. Pero no sólo vida, sino también vida inteligente: en algunos lados conocen el fuego o la escritura y más allá, la filosofía...

De igual manera, quizá es seguro que en la infinitud del Cosmos hay civilizaciones en todas sus etapas: unas están construyendo ciudades y otras descubren la rueda o inventan la democracia, la religión o el avión; tal vez en este preciso instante está cayendo la primera bomba atómica o de hidrógeno o de quién sabe qué material en una de las regiones de un lejano planeta, lanzada desde la ciudad vecina por un botón presionado por el dedo de la mano de ese brazo de dicho cuerpo alienígena; seres quizá poseedores de una mente similar a la nuestra, que reían, que lloraban, que cantaban y hacían fiestas...

Aquel dedo inaugura el trágico fin de aquella civilización, autodestruida en un conflicto planetario provocado por su locura e ignorancia.

Asimismo hay -las debe haber (no podrían no haber)- las que superaron todas aquellas estupideces y comprendieron la manera de vivir en armonía con sus semejantes y con su ecosistema, y ese equilibrio les permitió desarrollar pensamientos sumamente complejos que les llevaron a realizar descubrimientos inimaginables, al punto que hoy podrían estar viajando a otras estrellas, a otros tiempos o a dimensiones paralelas...

Puede que suene arrogante, o un tanto o un mucho pretensioso lo que diré a continuación, pero mi razonamiento no puede ser refutado bajo ningún aspecto, señores y señoras del jurado: de existir ellos, por muy diferentes que seamos con esos seres, civilizados o no, con absoluta certeza y sin temor a equivocarme, puedo mencionar algo que tenemos en común con todos, con absolutamente todos los entes biológicos del Universo: la percepción del entorno. O dicho en nuestros términos, algo similar al tacto.

Me explico: quizá esos tipos tengan dos ojos en el frente de su cabeza, igual que nosotros, y vean tal cual vemos los humanos.

Pero también podría ser que tengan no dos sino diez o cien o mil o cien mil ojos, y aprecien el mundo sólo en infrarrojos y ultravioletas...

Tal vez carezcan de ojos y han de guiarse por el oído: “ven” con ultra e infrasonidos.

¿Y si no tienen ojos ni aparato auditivo?

¿Y si son completamente ciegos y sordos, y su manera de concebir el mundo está basada en el olfato y en el gusto, o tal vez sólo en el gusto o únicamente en el olfato?

Incluso, podría ser que tampoco distingan el aroma de un cabernet sauvignon del hedor de un cadáver putrefacto, y que el dulce néctar de las frutillas, en su boca (si es que tiene tal cosa), no les sea distinto a lo insípido del agua de lluvia...

Sin embargo, sí o sí, necesariamente, su ser biológico tiene que estar delimitado: deben separarse, deben separar su organismo -que es la expresión tangible de su intangible interioridad-, del resto de las cosas. Y también se deben diferenciar de los otros seres, no importa la forma que tengan aquellos entes ni la consistencia de sus cuerpos: su interior debe estar separado de su exterior pues necesitan saber si algo romperá esa barrera que les otorga individualidad y vida y alejarse rápidamente del estímulo antes que rompa esa barrera y les cause la muerte.

Tal vez posean otros sentidos impensables para nosotros, pero sí o sí, han de tener tacto.

Los protozoos, esos organismos vivos que sólo tienen una célula, de igual manera poseen una membrana, aquella especie de piel que los separa del medio acuoso en el cual pasan alegremente sus días. Y los protozoos no son más que la primera expresión de la vida que habría de llegar, eventualmente, cuatro mil millones de años después, a ser lo que ustedes y yo somos ahora, si es verdad la teoría de la evolución. Si es falsa, entonces siempre existimos o fuimos creados o nos creamos a nosotros mismos así, en diferentes especies, pero sí o sí, necesitamos del tacto.

Me enteré hace tiempo que hay unas medusas que únicamente poseen una neurona, y que sólo tienen tres reacciones posibles frente a un estímulo que roce su piel, su capa externa: indiferencia, rechazo o afecto: o a la tipa le da lo mismo que la toquen, o arranca, o se queda y busca que la vuelvan a tocar.

Supe también de una cabrita que, en contra de su voluntad -obviamente-, fue parte de un horrible experimento: parió a sus hijitos y los científicos que observaban le arrebataron una de sus crías, y la ponían junto a su madre solamente para que ésta lo amamantara. Luego de comer, la quitaban de su lado.

Todos los cabritos crecieron sanos pero el elegido, a pesar de estar bien alimentado, murió al poco tiempo.

La conclusión de aquel terrible martirio fue que la falta de acicalamiento de la madre, el no limpiarlo con su lengua ni acariciarlo con su boca y cuerpo y esas cosas, la falta de estímulos de afecto táctil, lo mató.

Hay otro punto que me gustaría mencionar, y aunque les parezca que no viene al caso, se relaciona directamente con mi defensa: me refiero a la inmensidad de las distancias que habrían en el Cosmos, según la cuestionable teoría heliocéntrica, en contraste con la un poco menos cuestionable teoría geocéntrica.

Según el heliocentrismo, ¡Es tanto lo que nos separaría de los demás cuerpos celestes!

Nuestra vecina más cercana, la Luna, estaría a 380.000 kilómetros. Así de lejos se encontraría la superficie de Selene. Marte, en promedio, a 50.000.000 de kilómetros; Venus, por el otro lado, a cuarenta millones y el astro rey patriarcal, más allá, a 150.000.000...

Luego, Próxima Centauri, la estrella que sería más próxima después del Sol, a tantas jornadas de nosotros estaría que no podemos ya hablar en dichas medidas, sino que calculamos en años luz: la luz recorre casi trescientos mil kilómetros en un segundo, y viajando a esa velocidad, tardaríamos en alcanzar Próxima Centauri en poco más de cuatro años.

Más remota aún se encontraría la galaxia Andrómeda, con miles de millones de estrellas e incontables planetas y lunas, asteroides y cometas... ¡Llegar a ella nos tomaría dos millones de años viajando a la velocidad de la luz!

Y quizá en medio de todo el Cosmos y nuestro planeta,
la nada.

Tanta vasteridad de silencio,
tantísimo vacío...

Infinitas cosas que existen en la totalidad del Universo,
fría e indescriptible soledad,
envolviéndonos a seres y objetos,
al mismo tiempo.

El tacto...

Infinitas distancias; el vacío... el silencio de la soledad.

Incommensurable,
eterna soledad.

Uso el cabello corto, como pueden ver, y es que me encanta ir al salón de belleza. No porque sea pretensioso, ustedes en mis vestimentas han de apreciarlo. La razón de ser tan asiduo a los centros de estética son las manos de las peluqueras rozando mis orejas, mi cuello y mi cabeza. Aquello me satisface increíblemente.

Lo mejor de todo es cuando al final del corte de cabello, la niña me pasa una escobillita con talco por la nuca y el cuello, eso me encanta: cierro mis ojos y siento la delicia en mi piel...

III

Cada mañana, el Tren Subterráneo Metropolitano -“el metro”- es un caos: todos corren y aunque salgan ustedes a la hora, siempre temerán llegar atrasados.

La gente parece hormigas; bajan desde los microbuses en largas filas que avanzan apuradas directo hacia la entrada del tren. Ingresan allí y la interminable hilera para traspasar el torniquete y entrar en el andén es a lo primero que se enfrentan, y luego a la hacinada aglomeración ya una vez en los pisos inferiores.

¡Hay demasiadas personas allí! Es como si una gran marea humana les llevase de acá para allá, haciéndoles avanzar aunque no lo quieran. Se ven de pronto al borde del foso por donde van los rieles y es cosa de que alguien se desmaye y la gente se agite en derredor o que a una desquiciada se le ocurra empujarles, y darán de bruces sobre la línea justo cuando el tren está a un segundo de ustedes.

Súmenle a lo anterior que la frecuencia de los ferrocarriles es malísima: pueden estar dos o treinta minutos aguardando que pase el metro.

Llega finalmente el tren, las puertas se abren y del vagón nadie o casi nadie baja: la masa del interior choca con la del exterior y habrán de luchar empujando enajenadamente si quieren ingresar, hasta que ingresan al vagón.

Suena el pitido avisando el cierre de puertas, se cierran éstas y el movimiento comienza. Las monótonas paredes grises resaltan las grandes ampolletas violetas y naranjas que pasan frente a ustedes cada vez más aprisa, dejando luminosas estelas en vuestras retinas y el ruido dentro del túnel se torna agudo e insoportable a medida que se va combinando con el túnel mismo, distinguidas y distinguidos miembros del jurado.

Por otra parte, el aire acondicionado siempre pero siempre malfunciona, y la temperatura en el interior de los vagones es insoportable: en verano es un infierno, y en invierno también lo es.

Usualmente nadie abre las ventanas ya que hay letreros que rezan "aire acondicionado. Por favor, no abrir las ventanas". Si logro, sin embargo, quedar junto a una de ellas, la abro de inmediato; si sólo quedo cerca le pido al pasajero que está a su lado que, por favor, lo haga.

Es típico que alguien se oponga, "¡No abra la ventana porque así no funciona el aire acondicionado!", dicen casi enojados. Yo les explico que en el fondo, más que mantener una temperatura adecuada -que nunca es la adecuada- la idea es que se ventile el lugar, hay gente resfriada o con pulmonía y los microbios y las bacterias etcétera etcétera.

A veces entienden y otras no.

Casi nunca entienden y se nota que se tornarán violentos o violentas si se les contradice, y como yo soy antiviolencia, cedo.

Espero un rato -una estación, para ser exacto-, y le converso a otro pasajero que se encuentre cerca de la ventana que hay gente resfriada o con pulmonía, o con hanta o con cáncer y usted sabe que el cáncer y la diabetes se pegan por el aire, salió en la tele ayer, ¿no lo vio?, y los basilococos y los estreptococos y las bacterias etcétera y yo sé de eso porque trabajo como médico y soy un científico estudioso de esos temas y bla bla bla...

Quizá a causa de mis absurdos argumentos o porque los canso de tanta palabrería -imagino que al final se aburren de que no les deje seguir watsapiando tranquilos-, terminan abriendo la dichosa ventana.

Cuando lo hacen, sonrío al sentir el contacto del viento con mi Ser.

IV

En el trayecto a mi trabajo o al regreso de él, he visto muchas cosas en los atestados vagones del metro.

Yendo hacia mi hogar, un par de veces he observado a unos señores de corbata y traje imitación Armani -muy buenas imitaciones, por lo demás- y de rostros serios, que se acercan a los pasajeros quienes, agarrados del tubo paralelo al techo, llevan sus brazos levantados. Disimuladamente, aspiran con deleite el hedor de las axilas de esa gente. Se nota el placer en su cara. Una tipa incluso cerraba sus ojos y sonreía al llenar sus pulmones con la pestilencia de los sobacos transpirados.

¡PUAJ! ¡WAKALA! ¡Sólo de pensarlo me dan ganas de vomitar!

Me pregunto qué les llevará a hacer esas cosas, y se ven gente común y corriente, nadie creería que tienen tales gustos.

He visto también a pasajeros que se afirman en el respaldo de los asientos, y con el brazo estirado en diagonal hacia su apoyo rozan los senos de las mujeres que están a su lado.

Otras veces he notado a unos que aprovechan el hacinamiento y los vaivenes y sacudidas del metro para disimuladamente frotar sus penes duros -se ve claramente la erección- en los traseros de la gente: algunos dementes eligen a mujeres voluptuosas, otros a mujeres delgadas y otros a gordas. Hay quienes se sobajean en adolescentes o niñas o niños, y por lo bajo de la estatura de los más chicos y de las más chicas, los tipos rozan los genitales en sus espaldas. Hay los que eligen sólo a hombres gordos y otros a tipos musculosos, y a otros les da lo mismo, hombre mujer gordo viejo niña, no les importa.

Eventualmente, el abusado o abusada nota algo raro y mira incómodo hacia atrás. Entonces, el degenerado se hace el desentendido y se baja en la siguiente estación. Pero si no le descubren, a medida que la gente baje y suba, irá cambiando de víctima para seguir su retorcida fiesta.

Hay también mujeres y hombres que hacen lo contrario: frotan sus traseros en las vergas de los pasajeros, o en otras pelvis o en otros traseros.

En ocasiones ambos tipos de pervertidos se encuentran y se rozan las nalgas o sus penes erectos y así van gozando con alguien con quien, lo más seguro, nunca han cruzado palabra alguna.

Recuerdo aquella vez cuando el asunto fue ya totalmente descarado: un señor calvo y de anteojos, vistiendo un traje de muy buen corte, frotaba sin disimulo su trasero bruscamente contra el pene erecto de un estudiante adolescente.

El colegial cerraba sus ojos y mordía sus labios hasta que acabó y el calvo se bajó y el estudiante quedó con una gran mancha de semen en el pantalón. Me di cuenta que mucha gente notó lo que sucedía, pero nadie hizo nada. Uno que otro pasajero y algunas mujeres, parecieron disfrutar del bizarro espectáculo.

A mí me repugnaron esas personas voyeristas incluso más de lo que me asqueó el sexo con ropa del tipo calvo y del escolar.

Todas esas cosas suceden a diario en las horas pico de la mañana y de la tarde.

En el metro, a medida que van pasando las estaciones y la gente más baja que sube, se producen pequeños espacios y por ellos me muevo hacia un asiento, me afirmo en el respaldo y espero a tener suerte y que la persona ocupante se baje en la parada siguiente, para lograr al fin irme sentado.

Tengo suerte pues la tipa se baja.

Me acomodo, reclino mi cabeza hacia atrás y dormito. El viento que se cuela por las ventanas que persuadí abrieran y las rejillas de las puertas en los extremos del vagón, mueve las largas cabelleras de las pasajeras que van paradas detrás de mí.

Es entonces cuando me deleito infinitamente con las caricias de ese cabello en mi cabeza de pelo corto y en mi rostro, orejas y cuello. Es tan rico que no puedo dejar de sonreír...

Al ponerme de pie para descender, siempre miro a las personas dueñas de aquel cabello que me dio tanto gusto pues siento que se ha formado una especie de brillante vínculo entre nosotros...

Pero me entristezco mucho al buscar sus ojos y notar que esas personas no me prestan atención alguna, y ni siquiera me imaginan...

Y el estar consciente de que la unión aquella sólo nace de mi parte y no alcanza a llegar hasta sus hermosas Almas, me apena aún más.

Recuerdo asimismo la ocasión que más deliciosas sentí las caricias en mi piel: era muy frondosa esa cabellera, y me acompañó durante todo el trayecto hasta mi trabajo (logré, no sé cómo, alcanzar un asiento vacío justo al subirme al vagón).

Al abrir mis ojos y ponerme de pie sonriendo antes de bajarme, miré a la persona que me había dado tanto placer: era un musculoso y rudo metalero de polera negra con un pentagrama rojo y la palabra “Helloween”, también en rojo, en el interior de la estrella de cinco puntas estampada en su negra polera; negros y ajustados sus jeans y largo su cabello castaño ondulado.

Movía su cabeza levemente al ritmo de los reefs que escuchaba en sus audífonos, desde los cuales la música sonaba estridente.

Cuando me bajé busqué sus ojos para agradecerle con mi mejor sonrisa, pero sus párpados los ocultaban.

En mi empleo, prácticamente no hablo con nadie.

El director del colegio en donde trabajo -hago el aseo y los mandados-, apenas si me ha saludado y me ordena realizar tal o cual labor, común o extraordinaria: “Cirilongo, se rompió una ventana en la sala 13”, o “vaya a acomodar los asientos del salón de honor y haga un aseo profundo”; también “al mediodía tendrá que ir a dejar una encomienda al correo”, u “hoy no hay nada urgente. Haga el aseo y cualquier cosa, le avisamos”.

Luego de las indicaciones no alcanzo a decir dos palabras cuando el director se da media vuelta y me deja hablando solo. Le miro alejarse y me retiro cabizbajo a la covacha; entro en ella y leo las escuetas notitas de amor que casi todos los días encuentro bajo la puerta, luego las rompo y las boto. Me pongo el overol azul, tomo la pala y la escoba y las meto al tarro de basura. El tarro tiene ruedas y con él recorro la covacha pretendiendo asearla, pues la mantengo impecable de limpia.

Los profesores tampoco me dirigen la palabra excepto en situaciones similares a esas de que se rompió el vidrio de una ventana, cosas por el estilo.

En la covacha, entre los estantes con paños y tarros, hay un rincón en el cual ubique la mesita en donde almuerzo solo todos los días; junto a mi mesita tengo una litera con sábanas ásperas y frazadas rugosas, la cuales siento que intentan acariciarme y comprenderme... Aquellos días, cuando no hay nada urgente y simulo limpiar la covacha, me tiendo en la pequeña cama y me pongo a leer alguno de los tantísimos libros que allí mantengo, pues me encanta leer. Cada cierto tiempo, cierro el libro con mi dedo índice como separador de página y me pongo a pensar largos minutos, mirando el techo... a ratos, observo el patio a través de la pequeña ventanita que da hacia él, y luego me tiendo otra vez en la litera a seguir leyendo y meditando...

Lo que sí o sí debo hacer siempre, es barrer el patio. Y mientras lo hago durante los recreos observo a los chicos corriendo de acá para allá entre los grandes árboles, persiguiéndose y pillándose o peleando, y veo a las niñas saltando la cuerda o corriendo también, y alcanzándose. Otr@s, más grandes ya, van de la mano con sus pololas o pololos, se abrazan, se besan y se ven felices, muy felices. Se sonríen y yo les contemplo y sonrío también, aunque mi sonrisa es triste. Suena el timbre, los alumnos regresan a sus salas y el patio se desocupa; yo suspiro y continúo barriendo los envases plásticos de las golosinas y las cáscaras de naranjas y plátanos, y las hojas que el otoño ha dejado caer.

Regresaba a mi casa en el metro, cuando esa tarde escuché la siguiente conversación, justo detrás de mí. Tenía yo mi cabeza reclinada hacia atrás -aquella vez no habían cabellos que me acariciaran-. Antes de cerrar mis ojos, noté por el reflejo en la ventana que eran dos chicas escolares las que conversaban.

Solicito a los miembros del jurado que se exculpe el leguaje que utilizaré, ya que deseo exponer literalmente lo que se dijo en aquella plática; ok, muchas gracias:

- Flavia, anoche el Pedro me mandó un enlace al insta -dijo una de las chicas-.
- ¿Y de qué era? -respondió la otra-.
- Era un video porno de cinco negros que se lo hacían por todos lados a una mina que parecía una niña...
- ¿Cómo? ¿Un video de pedofilia?
- ¡DEPRAVADO!
- ¡MADITO PEDERASTA!
- ¡ORDEN!
- ¡DEGENERADO TE VAMOS A LINCHAR!
- ¡ORDEN EN LA SALA!
- ¡PENA DE MUERTE!
- ¡JUSTICIA!
- ¡ORDEN, ORDEN EN LA SALA O TENDRÉ QUE DESALOJARLES!
- ¡PERVERTIDO!
- ¡ORDEN!
- ...
- ¡ORDEN!
- ...
- Puede la defensa continuar.
- Gracias, señorita Jueza. Prosigo con el relato:

- Era un video porno de cinco negros que se lo hacían por todos lados a una mina flaca, que parecía una niña...
- ¿Cómo? ¿Un video de pedofilia?
- No, no. Na' que ver. Es que la mina se veía muy chica entre esos weones...
- ¡Ah, ya! Ya te cacho... ¿Y?
- La mina estaba encima de un negro que le estaba rompiendo la vayaina; otro le tenía las piernas abiertas y de rodillas le daba por el culo. Otro weón estaba con las piernas separadas frente al pecho de la mina, poniéndoselo entremedio de las tetas, y otro le metía la verga en la boca.
- ¡La weá extrema!
- Espérate: a ambos lado de la mina había un negro, y la weona masturbaba a cada uno de ellos...
- ¡Se la estaban comiendo entre los cinco! ¡Ja ja ja!
- ¡Síiiiiii! ¡Ja ja ja!
- ¡Ja ja ja! ¿Y pa' qué te lo mandó? ¿Quería que te calentara?
- ¡Naaaa, ja ja ja! Me dio risa la weá! Pero de calentarme, cero. Y tú sabís que me encanta el sexo... con, con el Pedro es rico hacerlo pero casi nunca acabo...
- Pero, ¿a ti te gusta él?
- Sí, lo encuentro bonito, da besos deliciosos, pero no sé... ¿Sabí, Flavia, lo que deseo mucho, y de lo que hace rato tengo hartas ganas?
- ¿Qué?
- Hacerlo con alguien que sea mucho mayor que yo.

Las pocas veces en las cuales el metro no va tan lleno, me ubico en un extremo del vagón y apoyo mi espalda en una puerta que se encuentra allí, y que da paso al siguiente carro. Eso sí, los vagones no están inmediatos el uno del otro, sino separados por un pequeño pasadizo de casi un metro.

A mediana altura, las puertas tienen rejillas que dejan pasar al exquisito viento que me acaricia el cuello, las orejas, mi cabeza toda y mi cabello, y los brazos si voy con camisa manga corta o con polera.

Ahí, en el centro del extremo trasero del vagón, fantaseo que el metro choca de frente con el que viene en dirección contraria, ambos a cien por hora. Imagino que primero escucharé el terrible impacto y gracias a la separación entre los carros tendré unos instantes para hacerme ovillo, enrollándome sobre mí mismo antes de salir violentamente proyectado hacia adelante. Vuelo un segundo y caigo sobre los pasajeros amontonados en el otro extremo del vagón. Ahí, entre todos esos cuerpos, me retuerzo y revuelco sintiendo cómo rozan mi piel, cómo me acarician y cómo sus calores se mezclan con el mío.

Claro, de suceder aquello habrían muchos gritos y gemidos de dolor y de miedo, y mucha sangre por todos lados; eso me da un asco tremendo, todo eso, los gritos, la sangre...

De hecho, ahora que le doy una vuelta a mis pensamientos, me doy cuenta que en mis fantasías no aparece el sufrimiento ni el miedo ni el dolor físico: sólo sus cuerpos acariciando mi piel, abajo, sobre y junto a mí, muy cerca de mí.

VIII

Antes de la conversación de las chicas, al llegar a casa y luego de cenar, lo único que hacía era leer mucho. Me es más fácil conocer gente como los personajes de los relatos que a humanos en la vida real, y a pesar de que los personajes son entes ficticios, siento que se interesan por mí, que me hacen compañía y que son mis amigos...

La... la verdad... la verdad es que soy demasiado tímido... desde que me sucedió aquello tan terrible cuando pequeño, me transformé en alguien a quien le cuesta mucho tener desplante o llegada con la gente.

Quisiera lograrlo, que me fuera fácil hablar con cualquiera, y he tratado de hacerlo, siempre lo intentaba luego de que el director del colegio me daba las órdenes del día, contarle lo que pensaba o lo que sentía...

Aquella vez en el metro, las chicas se despidieron y una de las escolares se bajó y un par de estaciones después, me bajé yo.

Caminando a casa pensé en la conversación de las escolares, aquello de la mujer con los negros, lo que ella debe haber sentido con tantos seres tocándola, el tacto de los cuerpos tan cercanos a ella... luego de cenar, encendí el computador que casi nunca usaba más que para ver algún documental en internet, y googlé *fuck whit kisses and tender embrasses...*

Desde esa noche, comencé a ver porno.

Y conocí todas las categorías: una equis, dos y tres: en las películas de una equis sólo hay escenas subidas de tono, algún desnudo frontal femenino y besos, cosas así. Son doble equis cuando se ven simulaciones de sexo, la mujer sentada sobre la pelvis del hombre subiendo y bajando, o él está detrás de ella etcétera, ambos desnudos. En las tres x hay penetración real, o en términos jurídicos, “acceso carnal”.

Y a medida que pasaba el tiempo, fui eligiendo a mis actrices favoritas, pues me enamoré de sus rostros y cuerpos, la manera en la cual se movían, las caras que ponían y su voz al hablar y gemir: Cinthya Belle, Venus May, Kiara Teen, Isabelle Kiss, Bambi Cute y Little Cinderella, eran mis preferidas.

Pero las chicas no actuaban solas, y como sentía ya un vínculo emocional con ellas, me ponía celoso de los tipos que las acariciaban y les hacían el amor...

Obviamente que también es muy importante quien dirige pues hay directores que sólo enfocan la penetración, y poco el cuerpo de la actriz. Otros, desde abajo, apuntan al perineo y no se entiende mucho, o la chica es muy bonita pero casi no le otorgan primeros planos faciales.

Algo que también mata la magia, es que les pongan música.

Yo nunca había visto porno en internet. Pero sí vi películas triple equis cuando era adolescente. Eran cintas de vhs y tenían música de saxofón que más que erotizarte, te daba risa.

Sin embargo, eso ya no estila, ni la música ni las pelvis sin depilar, ni tampoco los doblajes en español (las de vhs eran gringas o de cualquier otro idioma, y las voces en las traducciones eran en *español-español*, “coño” y “polla” y esas cosas, y la zeta tan cargadamente pronunciada).

Fue tanto lo que me acompañaba el cariño de las actrices, que los celos hacia los tipos terminaron resultándome insopportables: empecé a ver porno lésbico.

Dos mujeres tocándose y besándose, que se abrazan y se dan cariño, mucho cariño y mucha ternura, y te imaginas que ves eso en vivo y las puedes amar en cualquier momento a las dos, a una con tu lengua y a la otra con tu pens

- ¡OBJECIÓN, SU SEÑORÍA!
- ¡Denegada! Continúe, por favor...
- Gracias, señorita usía.

Bueno, decía que les puedes hacer el amor a las dos, eso imaginaba, o que era una de ellas, o a ratos una y luego la otra e incluso, ambas al mismo tiempo.

En aquella categoría de dicho género filmico, descubrí que lo que me encanta es la ternura, la extrema ternura e inocencia que muestran las niñas que actúan.

Ternura y candidez mezclada con pasión...

También me di cuenta que no me gustan esos videos de dominación o “hardcores”, o aquellas simulaciones de violación, o las orgías, las denominadas “Gang Bang” y “Bukkake”... yo prefería los de “primera vez”, “enamoradas” o “besos tiernos”.

A medida que fui adentrándome en el porno lésbico, ya dos chicas no me daban suficiente compañía, así que empecé a ver “treesomes”, tres mujeres.

Que griten y giman y se quejen en su idioma, sin música y totalmente depiladas... que el director muestre mucho los movimientos y el rostro de las chicas, y que la penetren las otras niñas en posiciones que destaque sus curvas y caderas, espalda y piernas y pies, cabello y hombros, sus brazos... sus manos, sus uñas... sus pechos... que estén con ropa y se hagan el amor vestidas y se acari

- ¡OBJECIÓN, SU SEÑORÍA!
- A lugar.
- ¡EL IMPUTADO ESTÁ HACIENDO UNA ALEGORÍA DE LO PORNOGRÁFICO!
- ¿Tiene algo que alegar la defensa?
- Señorita jueza, sólo hago un análisis crítico de un género filmico, revisando sus aspectos técnicos desde un punto de vista que busca ser neutral.
- Objeción denegada. La defensa puede continuar su exposición.
- Gracias, su señoría.

Decía que es sensual que anden con ropa y se hagan el amor vestidas, o que se desnuden de a poco o que no se saquen toda la ropa o que sí se la quiten, y queden desnudas y luzcan sus cuerpos...

Pasado el tiempo, las lesbianas ya no me eran suficiente. Necesitaba más ternura, más inocencia, más cariño... y de lésbico, pasé a ver hentai. El hentai es manga, animé japonés porno, sexo en dibujos animados: los colores y brillos irreales de los cuerpos de las chicas y sus tiernos gemidos me llenaron de inmediato. El hentai con chicas japonesas utilizando sus voces lo sentía casi mágico pues las tipas gemen muy quedito y sensual, muy femeninas...

Esos tiernos y cándidos gemidos, creí en aquel momento, eran lo que yo tanto buscaba y necesitaba.

Y así como repasé todas las categorías en el porno hétero y lésbico, “mom and dad”, “couple”, “kisses”, etcétera, recorrió también galerías similares en el manga sexual.

Sin embargo, pasado el tiempo, ya el hentai no me entregaba lo que mi Ser quería.

Necesitaba conocer porno más, más tierno, y así fue como pasé a ver categorías tales como “old and young”, “mom and daughter”, “teacher and school girl”, “innocent little girl”, “very petite girl”, “very young girl”, “barely legal teens”...

Aparte de haber conocido el porno en internet, y de sentir un apego afectivo con actrices a las cuales jamás podría conocer en persona, mi vida seguía exactamente igual.

En el metro, siempre lo mismo: vagones llenos, ventanas cerradas, pervertidos y degeneradas, cabellos acariciando mi piel...

Y en el trabajo, tampoco nada variaba. Ningún ser me tomaba en cuenta ni se interesaba por lo que yo sintiera o pensara; los libros y mis pensamientos recostado en la litera, los chicos y las niñas jugando en el patio, cartas de amor bajo la puerta al entrar a la covacha...

En el trabajo, los mediodías son fríos y opacos. Y las tardes, grises y silenciosas.

Como ha llovido, los estudiantes casi no han estado en el patio y por ello no tengo que asear demasiado, y entonces barro los pocos envases de golosinas que comieron los chicos y las niñas en el recreo, las cáscaras de naranjas y plátanos, y las hojas de árboles y cuadernos que yacen en las pozas que la lluvia ha dejado.

Entro en la covacha y allí me recuesto en la litera, y pienso... y pienso... mirando el patio a través de la ventanita pienso lo vacío que se encuentra el patio al verlo allí helado, con la lluvia que lo llena de pozas...

Vacío, como la nada entre las miríadas de cuerpos celestes.

Vació, como todo el insalvable espacio entre la gente y yo.

A las seis, ya es totalmente de noche.

Una fina lluvia acompaña a los paraguas de los apoderados, quienes caminan apurados llevando de la mano a sus hij@s, o caminando a su lado si es que ya son más grandes.

X

La mañana del martes 13 de julio, llegué a la conclusión de que las incontables notitas de amor encontradas a diario bajo la puerta de la covacha, las escribía la misma persona.

Luego de leer la carta de aquel día, como siempre, la hice mil pedazos y la tiré al tacho de basura. Recuerdo, sin embargo, el mensaje. Lo que señalaré a continuación es más o menos lo que en aquella notita estaba escrito:

“Ya no puedo soportar las ganas de que me tomes en tus brazos y me hagas el amor, no doy más porque el deseo que hace vibrar mi cuerpo y mi Alma no me deja dormir. Todas las noches, pensando en ti, me toco la entrepierna muy rico, y me imagino que entras en mi cuarto mientras yo estoy dormida, te metes en mi cama y me besas dulcemente, tiernamente. Sé que tienes casi el doble de mi edad, pero eso no me importa, al contrario, me excita de forma increíble. Me gustaría que el niño que dentro de tu cuerpo de hombre existe, se dé cuenta de toda la pasión que siento cada vez que nuestras miradas se topan. Me puedes hacer lo quieras, lo que se te ocurra, quiero ser tu esclava, necesito sentirte dentro mío, que me llenes de tu amor y me dejes embarazada y así estar contigo para siempre. Te he seguido hasta tu casa muchas veces, y te he espiado por la ventana. Sé que sabes quién soy.

Te amo”.

Las notitas que había encontrado antes de aquella mañana del 13 de julio, no eran de ese tipo. Aunque sí estaban escritas con la misma letra -por eso sé que eran de la misma persona-, no eran más de dos o tres líneas, y decían cosas como “te quiero mucho”, o “me fue mal en la prueba de matemática, pues sólo pienso en ti”, o también “ayer no vine al liceo y te extrañé mucho”, o “un pedacito de mi corazón te regalé la primera vez que te vi barriendo el patio, deteniéndote a ratos y mirando pensativamente al cielo, viendo cómo los aguiluchos jugaban bajo las nubes”...

Sin embargo, el tenor de la carta de esa mañana del 13 de julio, me hizo pensar que la soledad inmensa que me había hecho su compañero no era de mi existencia la única dueña. ¡¿Cómo podía ser que una alumna de aquella escuela, sin conocerme más que de vista, dijera que me amaba?! ¡¡Y encima anhelar que la dejase embarazada!!

Bueno, tal vez eso del amor a primera vista sea cierto, yo no lo sé, nunca he tenido la oportunidad de enamorarme más que de las chicas de los videos porno que vi en internet. Aun así, encuentro absurdo que una persona se “enamore” de otra tan sólo con mirarle.

Es comprensible que, de ser cierto lo que decían las notitas y la carta, una adolescente se haya confundido al creer que deseaba estar para toda la vida con alguien con quién no había conversado siquiera.

Independiente al hecho de que yo nunca haya tenido una novia ni tampoco haber sabido lo que es sentir voluntariamente los besos de alguien, no creo que la persona que me enviaba las notitas y luego la carta, en su sano juicio, haya querido estar para siempre conmigo, hacer una familia y jamás separarnos...

XXX

Aquel día trece del siete, cerca de las seis de la tarde, barría yo el patio luego del último recreo, y en un apartado rincón del liceo divisé a una chica sentada en el piso, con su espalda apoyada en un pilar del gimnasio.

Lloraba amargamente. Nadie había alrededor.

Continué mis labores pero por más, por más que lo intenté, su llanto no lo pude ignorar, me fue imposible hacerlo: me acerqué a ella.

— Hemm, hee... ¿estás, bien? O sea... yo, yo sé que no estás bien y por... y por eso estás llorando...

Nada respondió.

Con las piernas flectadas y su cabeza metida entre los brazos cruzados, sus lágrimas me rompían el Alma.

— Disculpa, yo... yo no sé si... o sea, yo... te... ¿te puedo ayudar, en algo?

La chica levantó su cabeza y me miró. “Pobrecita”, pensé. ¡Tan triste la veía! Su carita de porcelana enrojecida, sus ojos hinchados, su boquita en un gesto de gran pena, su barbilla fruncida... “pequeñita...”, me dije con gran, con inmensa tristeza...

— Hemm... yo... tal vez te, te pudiera ayudar...

Atiné a sacar de mi bolsillo un pañuelo desechable, y se lo pasé. “Gracias”, dijo ella, sonándose luego. Le alargué otro, se volvió a sonar y le extendí un tercero.

Había comenzado a llover.

Las gotas resonaban en el metálico techo del gimnasio.

“Quizá tiene frío”, pensé al mirar sus tonificadas piernas recogidas cubiertas por unas negras pantis, y una minúscula faldita tableada envolviendo apenas sus caderas y muslos. Su torso lo protegía con un ajustado chaleco azul marino. Aunque continuaba sollozando, no lloraba. Y al verla ya más calmada, me tranquilicé. Di unos pasos hacia el sector del patio que estaba barriendo y escuché que la chica volvía a derramar aquellas terribles lágrimas.

Regresé.

— Hemm... yo... tal vez, tú...

La niña me miró hacia arriba: su cándido rostro esbozó una tierna sonrisa y entonces me puse en cuclillas frente a ella.

— Yo... hemm... ¿podría, podría servirle en algo? -le dije sin saber por qué la trataba de usted-.

Su sonrisa me acarició el Alma, pero al instante dejó de sonreír, y explotó en llanto:

— ¡Es que el Pedro me engañó con la Flavia, con mi mejor amiga!

¡Qué podía yo decir si no sabía nada de relaciones de pareja! Guardé silencio y miré hacia el fondo del patio. Continuó:

— No me da tanta pena que el Pedro me haya cagado con ella, él me gustaba, ¡Pero mi amiga me traicionó y esa weá es la que me da mucha rabia!...

“Sí... es, es verdad... que las personas que son cercanas le hagan daño a uno, es... es lo peor”, dije titubeante y me daba pena y vergüenza mostrar tantísima inseguridad.

- ¿A ti, a ti te han engañado? -me preguntó con sus ojitos enrojecidos-.
- O sea, me han mentido, pero... pero que me hayan sido infiel... nunca me... Heeem... es que yo, yo nunca he tenido una relación de pareja... -reconocí con mucha vergüenza. Ella lo notó y eso me avergonzó aún más-.
- ¡Te pusiste rojo! -dijo sonriendo, mirándome directamente a los ojos- Tú... ¿tú nunca has tenido una polola?
- Hemm... yo... o sea sí, sí. Una, una vez estaba con una chica... y duram
- ¡Eres mentiroso! ¡Ja ja ja! -rió dulcemente. Su tierno reír me sobrecogió-.
- Sí, tienes razón... yo, yo nunca he tenido una novia...

Sus ojos color miel me invitaron, me rogaron, me exigieron que me arrojase en un eterno clavado a través sus cristalinas y luminosas pupilas...

Seguía ella riendo y la lluvia era cada vez más intensa. Como la chica había dejado de llorar, me puse de pie para acabar mis labores lo antes posible. Se hacía tarde y yo vivía lejos.

- ¿Por qué te levantas?
- Heemm... yo... tengo que, que seguir trabajando... aún debo terminar de barrer.
- ¿Y me dejarás solita? -me dijo con una carita de tristeza que me congeló-.
- Hemmm, esteee... pero... ¿no tienes alguna amiga que te pueda hacer compañ
- ¡Pero si te dije lo que me pasó!
- Sí, sí... disculpa, qué idiota he sido... yo... lo, lo siento...
- Ya, te perdonó, pero no te vayas... ¿Serás buenito conmigo y te quedarás para cuidarme? *Soy una nenita muy pequeñita, muy tierna e inocente...*

Me miró directo a los ojos, sin sonreír esta vez. Fue tal su energía que no pude seguir hablando. ¿Qué me sucedía? ¿Por qué sentía que ella había comenzado a controlarme?

— Sí, o sea, yo, no... es que debo, heemmm, seguir trabajando... -intenté decirle-.

Era demasiado extraño lo que ocurría y aquello me incomodaba. Bajé la mirada y me puse de pie, finalmente_

— Bueno... yo... tengo que continuar con el aseo, adiós.

Ella nada dijo. Respiré tranquilo y me largué del gimnasio caminando bajo el techado pasillo.

Luego de algunos metros entre la lluvia que se tornaba cada vez más fuerte, escuché nuevamente su llanto. Me detuve, me voltee y la vi otra vez con la cabeza entre sus bracitos. Volví sobre mis pasos.

— Sabes... yo...

Necesitaba decirle algo pero no sabía qué. Sus lágrimas revelaban demasiada amargura y eso no me dejó hilar pensamiento ninguno. Entre sollozos, me dijo que no se sentía bien, que estaba un poco mareada y creía que se podría desmayar. Yo seguía en blanco. Me agaché y le dije que se calmara, que respirara hondo y que intentase pens

— Estoy muy mareada, de verdad...

“Seguramente, de tanto llorar, le está bajando la presión. La acompañaré a la enfermería”, me dije.

El gimnasio estaba en un extremo del liceo, y la enfermería en el otro. La distancia era grande pues el establecimiento tiene cerca de tres mil alumnos.

Le dije que la acompañaría a la enfermería.

— Gracias... vamos, por favor... no, no me siento bien... -dijo débilmente. Con gran dificultad, se puso de pie-.

Alta, casi de mi estatura, era muy esbelta y extremadamente curvilínea: hacía más o menos un año sus compañeras le cantaron cumpleaños feliz, en medio del patio; alguien preguntó cuántos años cumplía y otro compañero dijo que diecisiete años... a pesar de su edad, su cuerpo era el de una diosa. Además, el uniforme ajustado resaltaba su espectacular figura de manera perfecta.

Se tambaleó y tuvo que afirmarse en la pared.

Comenzamos a caminar.

Al poco rato se apoyó otra vez en la muralla. “Estoy muy mareada”, me dijo. De seguro eran una baja de presión, y como la covacha estaba a medio camino de la enfermería, pensé que un poco de agua con azúcar le vendría bien: si se desmayaba en el trayecto hacia los primeros auxilios, podría lastimarse al caer desvanecida.

He visto gente que perdiendo la conciencia se han ido de cara al suelo y se han quebrado la nariz y los dientes, o se cortaron la lengua... era mucho el riesgo y yo no podía dejar que a un ser vivo le sucediese aquello tan doloroso y triste.

- Sabes, yo... yo en la covacha tengo azúcar. Quizá... yo creo que un vaso con agua muy dulce te podría venir bien, al menos por... por el momento. Luego... heemmm, luego vamos a la enfermería.
- Ya, sí... vamos, por favor... eso, eso me repondrá un poco -respondió con voz aún más débil-.

Avanzábamos lento; la lluvia caía cada vez con más violencia y a ratos el viento traía el aguacero hasta el pasillo por el cual íbamos, y nos salpicaba.

Ella caminaba junto al muro, y yo a su lado no dejaba de contemplarla de reojo: su minúscula faldita, sus piernas perfectas, su chaleco ajustadísimo, sus anchas caderas, las acentuadas curvas de su cinturita y de pechos, su carita angelical, suave, tierna e inocente y su penetrante mirada, su exquisito cuerpecito de niña-mujer... verla caminando tan cerca de mí con el vapor de su cálido cuerpo saliendo desde su deliciosa boca, su pecho subiendo y bajando con cada respiración y su aroma de mujer-niña y toda ella tan sólo a unos centímetros de mis manos, sin absolutamente nadie cerca que pudiese vernos o escucharnos... todo eso me asfixiaba y yo no podía pensar en otra cosa más que en... más que... yo, yo debo reconocerlo, yo tengo que ser honesto con ustedes: yo solamente pensaba en

lo contradictorio que es aquello del amor, cosa inmensamente desconocida para mí: que algo tan profundo y hermoso pueda al mismo tiempo hacer increíble daño, tanta energía que llega incluso a producir VIDA, pero también es capaz de MATAR... perdonen el ejemplo, distinguidas y distinguidos miembros del jurado: obviamente que en una violación, la chica puede igualmente quedar embarazada y quizá llegar a parir; sin embargo, la energía que procreó a aquella personita no será de la misma calidad y “brillo”, por expresarlo de algún modo, que la energía que da la existencia si la madre y el padre se unen en amoroso abrazo superabundante de cariño y comprensión, de empatía y fiel Apoyo Mutuo...

Se puede amar platónicamente sin llegar jamás a la consumación carnal de dicho sentimiento. La diferencia entre el amor y el sexo, aparte de lo obvio, está dada porque la pasión, aunque es increíblemente poderosa, la necesidad de hacer suyo el cuerpo de otra persona, no compite con eso llamado “amor”.

Es extremadamente inusual que alguien mate o se mate porque una chica o un tipo se negó ante nuestra propuesta de tener relaciones sexuales. A lo más, según lo que he leído, la persona rechazada quedará un tanto irritada.

Por el contrario, ¡Cuántos, por el desengaño amoroso, han matado o se han suicidado!

¡Hace treinta siglos, incluso los dioses del Olimpo se trataron en una guerra a causa del amor!: Marte fue herido por Minerva; Venus y Apolo, por Marte; Janto por Vulcano y hasta Juno, la esposa de Zeus, estuvo a punto de recibir su paliza...

Y todo... ¿por qué?

Porque un mortal, el lindo Paris, se enamoró de otra mortal, la hermana de Castor y Polux, Elena, quien era la esposa de Agamenón.

¡La guerra de Troya duró diez años!, y la causa de aquello fue que un tipo se enamoró de una chica, ésta se dejó seducir y abandonó a su esposo yéndose con el galán hacia lejanas tierras...

Si me es permitido, quisiera leer un fragmento de una novela llamada “Sombras contra el muro”, cuyo autor es Manuel Rojas Sepúlveda. El extracto corresponde a la página 161 de la segunda edición del libro, realizada por Zigzag en el año 1966:

“(...) parecía una obligación enamorarse, los jóvenes andaban buscando de quién poder enamorarse, enamorarse no más aunque no resultase nada más que un enamoramiento, era una pena vivir y no enamorarse, debe haber alguien que reciba, sin compromiso alguno en último caso, el amor de otro. Los flirteos no duraban mucho y desaparecían por motivos tan fútiles como los que lo habían creado: el joven conocía a otra compañera o a otra señorita, aunque no fuese compañera, y la compañera podía conocer también a algún otro joven por ahí; bueno, qué le vamos a hacer. Las muchachas, por supuesto, esperaban que aquella amistad o el enamoramiento se formalizara, no con cualquiera de los jóvenes sino con uno que tuviera un buen oficio o si no era posible, que fuese inteligente o simpático. En ocasiones las cosas resultaban trágicas. El muchacho o la muchacha, o el hombre, olvidando las reglas del juego, se apasionaba; no tenía trabajo, es cierto, ni oficio, pero amaba y quería llegar a algo o no quería llegar a nada, sólo pedía que aquella situación se mantuviera, la necesitaba. Julio, un hombre del norte, quedó tendido en el suelo, a una cuadra de la casa, con la cabeza atravesada de un balazo; el revolver estaba al lado de su cuerpo (...) casi negro el rostro, moreno, muy moreno, un rostro del norte en donde no hay árboles y la mayoría de los trabajos se hacen al aire libre. Hablaba de modo sombrío, anunciando tremendos hechos (...) Se tenían grandes esperanzas en él, ¿qué esperanzas?, haría algo, alguna cosa o grandes cosas (...) y este hombre sombrío, reconcentrado, y aunque es cierto que se bebía unas botellitas de vino cuando se presentaba la ocasión nunca se emborrachaba, este hombre que parecía poder hacer algo, que parecía que podría hacerlo mañana o en una fecha próxima (...) este hombre delgado y fibroso, seguro, que caminaba con pasos decididos, caía en manos de una muchacha, mejor dicho, se entregaba a una pasión sin destino (...) y no sólo eso sino que se daba un tiro porque la muchacha amaba a otro hombre, un borracho de baja estatura física y moral cuya única gracia era tocar la guitarra. ¿Tenía derecho un compañero a quitarse la vida por un asunto amoroso, mucho más si parecía tener algo que hacer en el mundo? No compañero, esas son estupideces, no podemos matarnos por amores no correspondidos, ¿en qué quedamos entonces, qué clase de hombres somos? (...): un anarquista no debe matarse ni exponerse a nada, mucho menos si es inteligente: si se matan los capaces, ¿quéharemos con los idiotas? (...)"

Pensando en eso, en lo contradictorio que es el amor, llegamos a la covacha. Abrí la puerta y noté que la chica al entrar, a pesar de su casi desvanecimiento puso enorme atención en el piso del pequeño cuarto, así como buscando algo. Entramos. Encendí la luz.

— Por, por favor, siéntate en la litera... prepararé el vaso con agua y azúcar -le dije-.
— ¡¿Cómo?!

La lluvia cayendo sobre el techo de calamina de la covacha hacía difícil entender lo que decíamos, pero yo no me había dado cuenta; tan nervioso estaba...

— ¡TE DECÍA QUE TE SIENTES EN LA LITERA MIENTRAS PREPARO EL VASO DE AGUA CON AZÚCAR! -le grité-.

La niña se sentó.

A través de la ventanita, el patio oscurecido y apenas visible a causa de la copiosa lluvia contrastaba con la débil iluminación de la amarilla ampolleta de pocos watts.

Le llevé el vaso con agua y me quedé parado junto a ella. “Gracias”, dijo, y lo bebió. “Muchas gracias”, repitió. Extendí mi mano y tomé el vaso vacío, poniéndolo sobre la pequeña mesita, y me dijo:

— Pero ven, siéntate aquí... -me ubiqué a su lado- ¡Pero siéntate más cerquita poh! Juntito a mí... -insistió. Me apegué a ella-. “Eso, así, al ladito mío”, susurró.

Su aroma era una deliciosa combinación entre almizcle, frutillas y chocolate.

- Tú... hemmm... te, ¿te sientes mejor? -pregunté luego de unos instantes-.
- Sí... tenías razón con lo del agua con azúcar... hace frío acá... tengo frío...
- Heem... sí... acá es bien helado... sobre todo cuando, sobre todo cuando llueve y hace frío, o sea, cuando hace frío es muy helado y hace frío, porque, porque se pone... se pone muy... helado... -me sentía idiota hablando así-.

La verdad es que el aroma de la chica me bloqueó tal como rato antes lo había hecho su mirada directa sobre mis ojos. Ella notó mi nerviosismo y entonces sonrió, mirándome otra vez, fijamente; no fui capaz de sostener la mirada y hube de bajarla.

- Nunca confíes en tus amigos, si te pueden traicionar, lo van a hacer -dijo...
- Lo dices por, ¡Ah, claro! Sí, sí... te entien... o sea... yo creo que es cierto que...

Sus ojos se humedecieron. El llanto suyo que tanto me pesaba asomó otra vez desde lo más profundo de su Alma.

- ¡Me siento tan sola! ¡Nadie me entiende! ¡Nadie sabe lo que siento y a nadie le interesa saberlo! ¡Estoy totalmente sola! ¡Sola, en todo el Universo!
- Pero... y... y tu pololo, o sea, el chico con el que estab
- ¡Me engañó con mi mejor amiga! ¡Ya te lo dije! ¡¿Crees que le importaba lo que yo sentía por él?! ¡Y más encima, mañana cumple dieciocho años! Qué lindo regalo me dio el mal nacido...

Yo, yo no podía empatizar con el hecho de que su novio le hubiera sido infiel con su mejor amiga, pero sí comprendía lo terrible que es sentirse solo... tan solo... que nadie te entienda ni te valore ni se preocupe de ser tu amigo...

Sin desearlo, sin darme cuenta siquiera, me vi de pronto abrazándola y acariciánd

- ¡OBJECIÓN, SU SEÑORÍA! ¡EL IMPUTADO SE INTENTA EXCULPAR DANDO A ENTENDER AL JURADO QUE SU ABERRANTE COMPORTAMIENTO FUE PRODUCTO DE UNA ACTITUD INCONSCIENTE DE SU PARTE!
- No a lugar.
- ¡Maldito violador!
- ¡Pedófilo hijo de puta!
- ¡Orden, orden en la sala! ¡Orden! ¡Orden!
- ¡Pervertido!
- ¡MALDITO ABUSADOR!
- ¡ORDEN EN LA SALA!
- ¡DEGENERADO!
- ¡ORDEN EN LA SALA!
- ¡TE VAMOS A MATAR, ASQUEROSO PEDOF
- ¡GUARDIAS! ¡GUARDIAS! ¡ORDEN EN LA SALA!
- LA JUEZA ESTÁ COMPRADA POR EL PEDERASTA!
- ¡VENDIDA! ¡MALDITA CÓMPlice!
- ¡SARGENTO, CONTENGA AL PUBL
- ¡LA JUSTICIA ESTÁ COMPRADA!
- ¡ORDEN! ¡ORDEN!
- ¡VIOLADOR! ¡PEDÓFILO!
- ¡RECESO! ¡RECESO!

¿?



— Le da ¡Hik! le daré el mejor, ¡hik! el mejor dato que le hayan dado en su puta vida, ¡EL MEJOR!

Golpeó la mesa con un tremendo puñetazo; la botella vacía y las copas llenas saltaron pero ni una gota de vino se derramó.

Después de ocho litros del tinto reservado de la casa, el alumno sonreía con los dientes y los labios morados, la nariz roja y los ojos desorbitados. “Ya, ya. A ver a ver ¡hik! a ver de qué se trata”, le respondió sin intimidarse.

Apoyando torpemente el codo en la mesa, y apuntándole de modo burlón con el dedo índice, el profesor continuó:

— Vaya, vaya pasado mañana al ¡hik! al número veinte de la calle R. Llegue exactamente cinco para las ocho de la mañana, ¡Ni un minuto antes y ni un minuto después, carajo! Si le digo esto es por ¡hik! es porque ¡Hik! ¡Agh! pere pere que ¡brrrp! ¡Brrup!... ¡BRUUUAGGH! ¡BRRUUGGH! ¡AAAGGGGHHHH!

Pedazos de champiñones y tallarines enteros flotaban en la poza morada y fétida que cayó sobre los zapatos del profesor y las zapatillas del alumno quien, indiferente al hediondo vómito, abría y cerraba los ojos tratando de revisar sus mensajes en watsap, pero veía la pantalla doble, y triple, y doble otra vez y triple nuevamente.

— Ya, ya ¡hik! pasado, pasado mañana estaré ahí -respondió el alumno intentando escribir un mensaje de whatsapp-.

Limpiándose la boca con la manga de la chaqueta, continuó hablando el profesor. Un trozo de spaghetti quedó pegado en la comisura izquierda de sus labios.

— Lo último que ¡hik! lo último que debes saber es que, que ¡deja de ver esa cagá de teléfono y ponme atención, mierda!

De un fuerte golpe, el profesor hizo volar el teléfono desde las manos del alumno. El aparato fue a dar a la entrada del bar en donde un tipo gordo que salía lo recogió y se lo metió al bolsillo. Tres días después lo perdió en un microbús, lo encontró un niño y lo cambió por “¡Puta, mi teléfono! ¡Para qué hizo eso, viejo conchesumadre! -gritó el alumno, ante lo cual el profesor, también a gritos, le dijo que no tenía de qué preocuparse pues, con el dato que le estaba dando, seguro podría comprarse cien teléfonos mejores que ése-”.

— ¡Ponme atención de una buena vez, carajo! -apoyando los brazos rectos sobre la mesa, el profesor se puso de pie y, tambaleante, se inclinó hacia la enrojecida cara del alumno. Prosiguió-. Para que todo resulte, no haga absolutamente ninguna pregunta, nada de nada, a nadie ¡Nunca! ¿Me escuchó?

— ¿Y por qué no pued

— ¡¿Me escuchaste maldito hijo de puta?! ¡Ninguna pregunta conchetumadre! ¡A nadie, jamás!

Ni el profesor ni el alumno recordaron al amanecer siguiente que, apuntándoles con una escopeta y quitando el seguro al gatillo, el dueño de aquel bar los hizo salir corriendo a causa de la tremenda pelea que iniciaron, las sillas que volaron y las botellas que se enterraron en la cara de una vieja borracha y de tres jóvenes irlandeses que terminaron en el hospital con el abdomen y la espalda apuñalados.

Sentado en un tosco banquillo de madera, con el ojo derecho morado y los labios rotos, C. observa la miserable salita en la cual espera por ser entrevistado.

Aquella noche del bar, C. tuvo la precaución de anotar en una servilleta la dirección y la hora a la cual debía presentarse en el lugar, por lo que llegó exactamente cinco para las ocho.

Lo recibió un tipo bajo, calvo, regordete y cojo que usaba anteojos ópticos cuyos cristales eran tan gruesos como culos de botella. Vestía un overol azul cochino y lleno de manchas de aceite. Además, su cuerpo hedía a caca y su boca a cigarros y a vino rancio; lucía una sucia y roñosa barba: era el portero.

Para llegar al cuartucho en el cual se encuentra, el portero llevó a C. por un oscuro pasillo y, mientras caminaban por él, un fétido hedor a mierda y orines inundó a C., produciéndole tanto asco que hubo de taparse la boca con ambas manos para no vomitar.

— En seguida le aviso a La Directora que usted llegó. Tome asiento en esa banca, -dijo el portero cuando entraron en la misera pieza que también apesta, y que es donde C. está en estos momentos. Mientras el portero habla se mete el dedo índice a la nariz y, hurgueteándosela, sale del cuartucho-.

Con la boca y nariz tapada ahora con un pañuelo, C. espera la entrevista.

A través de los sucios vidrios de las ventanas, observa los fierros oxidados y chuecos de la reja de entrada. Además, por todas partes la pintura está descascarada y tan sucia como la puerta principal que notó al entrar, llena de la grasa de miles de manos que incontables veces la han tomado para empujarla o tirarla al abrirla y cerrarla.

De las ventanas pasa a mirar las desgastadas murallas del cuarto y se fija en los carteles adheridos que anuncian la filosofía de la escuela; las faltas de ortografía, de redacción y de gramática, son criminales: “Nuestra Mición y Vición”, por ejemplo, o “Estamos por un alumnado sin; discriminatoreidad ni excluyentación”; también “nuestra mayor preocupación: Es Tú futuró”...

Una mancha negra llama su atención: increíble cantidad de moscas duerme y se mueve y folla zumbando pegada en el techo, desde el cual el inexistente revestimiento deja ver ennegrecidas vigas de madera que parecen haber sufrido un incendio; de él también cuelga un cable plomizo, en cuyo extremo los restos de una ampolleta destellan chispazos azules.

Un ruido a su izquierda lo hace girar la cabeza: una pequeñísima puerta lateral que no había notado comienza a abrirse. A duras penas está pasando a través de ella una robusta morena de gruesas cejas negras y cabello teñido rubio, tan mal cuidado que parece el pelo de una muñeca vieja abandonada en algún sucio rincón.

No hay en ella ni piernas ni cintura, caderas ni pechos que destaquen y su metro ochenta de altura y más de cien kilos se enfundan en un vestido rojo a punto de rajarse. Mira fijo a C. y avanza hacia él con decisión. Su gran nariz llena de acné, su sonrisa de ramera pobre y las diez capas de rojo labial, le hacen ver como un payaso. Además, hiede a perfume barato.

—Profesor, La Directora lo espera -anuncia la mujerota con un ronco y masculino vozarrón-.

Luego de unos segundos de incómodo silencio, regresa hacia la pequeña puerta, intentando cimbrelarse. Mira por sobre el hombro a C. y le sonríe, desapareciendo apenas por la minúscula puerta.

Instantes después C., con el pañuelo siempre tapándole nariz y la boca, se pone de pie y se dirige a la puerta y la abre.

Avanzando en cuclillas, cruza el vano y se ve en medio de un corto y mal iluminado pasillo tan maloliente como el anterior, y como el sucucho en donde había estado esperando.

En el fondo del corredor se deja ver una gran puerta café; "DIRECCIÓN", reza una placa dorada pegada en ella. Avanza tapándose la boca con el pañuelo.

Llega, finalmente. Guarda su pañuelo aguantando la respiración, se acomoda el cabello y la corbata y da unos suaves golpes. "¡Adelante!", escucha C. desde el otro lado de la puerta que comienza a abrirse, lentamente, dando paso a un haz de brillante luz solar que le encandila. Ya al borde de la asfixia no puede aguantar más la respiración y respira y entonces queda impresionado: un maravilloso olor, un perfecto aroma, una exquisita y sin igual fragancia a primavera y limpieza, a campos floreados y cielos límpidos le abraza, penetrando al mismo tiempo su boca, su nariz y todos sus poros.

Sonriendo lleno de satisfacción, C. traga enormes bocanadas aspirando con profusión. Y como flotando en nubes, lentamente, comienza a avanzar hacia el interior de la oficina...

Todo en aquel sitio reluce, todo es limpio y armonioso, cálido y acogedor.

A un costado de la habitación, grandes ventanales muestran una alta cordillera de blancas cumbres nevadas que contrastan con un firmamento azul y despejado; transparentes e inmaculados cristales dejan pasar toneladas de luminosos rayos de Sol; angelicales trinos de aves musicalizan desde los reverdecidos árboles en los parques cercanos.

¡Cuán celestial escena! Brillos plateados y dorados provenientes de incontables estatuillas y adornos destellan por toda la oficina. Sobre cogido, C. da otro par de maravillados pasos. Siente entonces sus pies hundirse en una frondosa y elegante alfombra bermellón que le indica el camino a seguir. Avanza y observa excelsas pinturas que adornan los muros: El Nacimiento de Venus aparece primero, El Grito después, Las Meninas y Picasso luego y Monet y Van Gogh finalmente y a ellos se suman títulos de maestrías, diplomados, especializaciones, seminarios y doctorados. Enmarcados en áureos rectángulos, dan total autoridad académica al ambiente; protegidos por delgados cristales, observan silenciosos el paso del tiempo.

Y de cristal es también la cubierta del amplio y alto escritorio de lacada madera al cual llega al final de la elegante alfombra.

Una minúscula silla sale a su paso.

Tras el imponente escritorio y en un enorme sillón, que más que sillón semeja un trono, está sentada La Directora quien se pone de pie y mientras lo hace va creciendo, y crece y crece y gigante ya, le tiende una mano a C.

Las pulseras de dorado metal refulgen y tintinean en sus muñecas.

Absorto y con la boca abierta, C. la contempla mientras responde al saludo, y delicadamente toma entre sus dedos los dedos de ella: los siente gruesos y cálidos, disfrutando también la suavidad de los muchos anillos que los adornan.

La mano de La Directora es gordita y agradable.

— Buenos días -dice ella magnánima, pero con afable tono, incluso afectivo-.

La perfecta sonrisa de La Directora deja ver algunos dientes de oro. Su regordeta cara de sana piel rosada y tersa indica una excelente alimentación. El cabello castaño, liso, delgado y muy brillante luce un hermoso pasador plateado que hace juego con el marco dorado de sus elegantes y finos anteojos.

— Buenos días, señorita Directora -responde C. con humilde tono. En un acto de profunda reverencia, muy sumiso, baja su cabeza. Parece no ser digno de mirarla a los ojos-.

— Tome asiento, por favor -responde ella-.

— Gracias, señorita Directora -agradece tímidamente, siempre con la vista gacha-.

La Directora suelta su mano.

Moviendo hacia atrás la pequeña silla, toma asiento e inmediatamente el tamaño del escritorio se agranda y La Directora se hace enorme y C. parece hundirse y achicarse. El borde del escritorio queda a la altura de su frente, por lo que éste debe ponerse de pie para apenas lograr ver a La Directora quien, misericordiosa, le mira hacia abajo.

Con benévolos tonos, se dirige a él:

- Le explico: nuestro colegio apunta firmemente a una labor social. Nos preocupamos por dar a nuestros alumnos una educación de calidad y una formación valórica basada en el respeto y la equidad. Les apoyamos en todo lo que tiene que ver con su vida extraescolar: contamos con talleres académicos de reforzamiento, planes de alimentación muy completos e instalaciones de primer nivel. Buscamos a un profesional que calce con el altísimo perfil de nuestro establecimiento.
- Igualmente, señorita Directora, veo la educación desde la persp
- Lo recomendaron, y por ello le tenemos grandes expectativas.
- Claro, claro. Mi formación profes
- Cuento entonces con su presencia.
- Desde luego. Muchas grac
- Le tocará con el cuarto medio.
- Perfecto, el cuart
- Puede usted retirarse. Y me deja cerradita la puerta, por favor.

Al llegar al colegio este primer día de trabajo, C. se topa con el portero rancio, vestido con el mismo mameluco inmundo. Muy a la pasada, el tipo le obsequia un legañoso y forzado “güenos días, profesor”.

Junto con responder el saludo, C. le comenta que se dirige a la sala del cuarto medio. “Es la número trece, al final del pasillo, tercer piso”, le responde el portero.

Agradeciéndole, C. camina hacia allá sosteniendo su maletín de trabajo.

Luego de atravesar un lúgubre corredor tan putrefacto como los ya conocidos, aparece ante sus ojos un páramo de pedregosa tierra y arena, desolado y sin siquiera una brizna de pasto ni pequeñas flores, sin un árbol o estructura alguna que ofrezca un poquitito de sombra en verano o que proteja de la lluvia que ha de transformarlo en terrible e intransitable barrial en invierno: es el patio.

Por suerte para C. aún no ha llovido, pues recién comienza el otoño.

A la distancia, muy alejados unos de otros, en aquel esterilísimo y árido yermo se levantan varias edificaciones que parecen ser galpones, con sólo una puerta de acceso y sin ventanas a la vista. Luego de atravesar el patio, entra en uno de ellos y divisa una empinada y destortalada escalera. Va hacia ella.

Con el maletín en una mano comienza a subirla y mientras lo hace, nota muy suelta la delgada baranda de la cual se afirma; es tanto lo que vibra y se bambolea que no parece asegurada a parte alguna.

Ascendiendo cuidadosamente, ver el antideslizante de los escalones totalmente gastado aumenta su temor.

La escalera cruje y chirría a cada paso.

76 peldaños después -los contó para distraerse del miedo-, suspirando con alivio, al fin divisa la sala.

Una puerta café con un número 13 de color amarillo que apenas se distingue, lo recibe.

Muchísimas groserías están garabateadas en la puerta. Toma la manilla con su mano izquierda y la gira haciendo presión al tiempo que avanza pero choca contra la madera, golpeándose la nariz. “¡Mierda!”, exclama. Se la tantea con los dedos para ver si sangra: a pesar del fuerte impacto, comprueba con alivio que está ilesa. Vuelve a empujar la puerta pero el resultado es el mismo. Toma aliento, presiona y jala con más energía, vez tras vez, empero la puerta no cede; deja entonces el maletín junto a sus pies para asir con ambas manos la manilla, la agarra firme y tira y empuja y empuja y tira y la puerta suena y suena y cruje y cruje pero no se abre y la maldice apoyando ahora su hombro izquierdo en la puerta pero tampoco responde y echa todo el peso de su cuerpo para adelante y para atrás tira y empuja con violencia y con la frente transpirada y enajenado tira y empuja y jala más y más fuerte y empuja “¡CONCHETUMADRE!” Se va de espaldas, trastabilla y se golpea la nuca contra la muralla.

Tirado en el piso, mareado y dolorido, se siente completamente ridículo al ver que aún sostiene la manilla de la puerta entre sus manos. La arroja enfurecido contra las groserías de la puerta y es en aquel momento cuando observa la puerta abrirse, lentamente.

Retoma el aliento y se pone de pie, se ordena la ropa y el cabello, coge el maletín y ve una profunda oscuridad erguirse frente a él.

Avanza unos pasos, sumergiéndose cautelosamente en la penumbra.

Un aňejo olor a encierro y humedad le penetra a medida que camina tranquilo, pero atento.

Se detiene.

Segundos después, con sus ojos acostumbrados a las tinieblas, distingue un par de blancas escleróticas flotando cercanas; después divisa otro par, a continuación otro, otro y otro y nota también caras y cabellos y pupitres y manos, y más pares de ojos. Sigue observando: al costado derecho de la sala emergen altas cortinas; por el frente, rostros desganados y apáticos que, en silencio, no le pierden de vista; son semblantes ratoniles, famélicos, de oscura y ajada piel. Sus cabelleras resecas y opacas aumentan la tristeza de sus miradas. C. apunta su rostro hacia arriba y ve colgar del techo varios cables, algunos de los cuales tienen focos rotos en sus extremos y otros, la mayoría, no muestra en sus puntas más que desnudos y chispeantes alambres.

Ante tan lúgubre panorama, lo mejor será animar un poco el desalentador ambiente, -piensa C.-. Da unos pasos hacia la muralla en donde penden las cortinas y las palpa con recelo: son gruesas y su tacto áspero le indica que están llenas de polvo.

Las descorre.

Tras ellas aparecen grandes ventanas tapiadas con anchos y gruesos listones de madera.

Pequeños remolinos de polvo resplandecen con los tímidos rayos de Sol que se cuelan por entre los tablones.

A pesar de la poca luz que penetra, el ambiente se ilumina lo suficiente como para que C. vea un poco más del lugar; paredes amarillas absolutamente descascaradas son el restante escenario. En una de ellas, un rectángulo pintado de negro con bordes mal definidos y chuecos ha de cumplir, según piensa C., la función de pizarra. Distingue también que los pupitres están ordenados en cuatro filas, una a cada lado del salón, y dos en el medio.

Entrecierra los ojos para ver lo más atrás posible, contabiliza cinco bancos hacia el fondo y su vista se pierde en la oscuridad.

Absorto, observa el lúgubre cuadro mientras lánguidas miradas de abatimiento y temor se cruzan con la suya.

Sin más que hacer o pensar respecto a la situación, C. inicia a su clase.

“Buenos días”, dice, y los estudiantes se levantan para contestar el saludo. Entonces uno de ellos, en la primera fila, se tambalea y apoya una mano en el banco, trastabilla y se desvanece cayendo bruscamente al suelo, golpeando de manera horrible su famélico cuerpo en el pupitre y rebota en el piso y queda inconsciente. Ninguno de quienes están en la sala mueve un sólo dedo. Más: no parecen en lo absoluto sorprendidos.

Mientras camina impactado hacia el chico, C. imagina que algo como esto han de haber visto los personajes de Dickens, y cuando ya casi está junto al pupilo entra intempestivamente el portero. “No se preocupe, a cada rato se desmayan los estudiantes”, dice rezongando a medida que renquea hacia el niño. Llegado a él lo toma por los brazos sin el menor cuidado echándoselo sobre su hombro derecho, al tiempo que le indica a C. un cajón del escritorio; gruñéndole que allí encontrará algunas tizas y plumones, se dirige a la puerta cojeando y refunfuñando.

Cuando C. avanza hacia el escritorio, un fortísimo y seco ruido le hace voltear: al cruzar la puerta, el portero ha golpeado en el marco la cabeza del estudiante, la cual va dejando un rastro de sangre en el piso.

La imagen del pequeño cuerpo herido hace que C. caiga en la cuenta de que el curso al cual debía hacer clases era un cuarto medio, el último grado escolar de aquel país, rondando las edades de quienes están en dicho curso los diecisiete años.

Recorriendo con su vista los pupitres, mirando con atención aquellos enjutos rostros y débiles cuerpos, observa que ninguno de los pupilos ha de tener más de once años de edad.

“Bueno, claramente estoy en el curso incorrecto -dice C. suspirando, mientras llega al frontis de la sala-. Me correspondía hacer clases a un cuarto medio, pero me indicaron el lugar equivocado”, acaba diciendo mientras estira la mano para tomar su maletín.

— No no no, el equi, el equi, el equivoc, no no no, el equi, el equivocad, el equivocad, cad cado es ust, es uste, d, pro, pro pro, profes, profesor. No, no, nosotros som, nosotros som, no, nosotros somos de cua, de cua, de cua cua, de cuar, de cua cua cuarto me, medio, y te, y te, y to, y to, y totodos ten, tenem, tetenemmmmos caca, caca, cacacasi vein, vein, veinte añ, añññños -dice una voz desde el fondo del salón, lugar al cual la vista de C. no logra llegar y de quien sólo distingue una difusa y delgada silueta-.

- ¡Pero esto no puede ser! -grita C., eufórico- ¡Ustedes parecen sólo unos niños! ¡¿Acaso en sus hogares no les dan comi -ante él aparece una borrosa fotografía de una pelea en un bar y el profesor Tribaldo dándole puñetazos en el rostro, mientras le grita algo de no preguntarle nunca nada a nadie. C. queda silenciosamente pensativo, intentando recordar-.
- Es verdad lo que dice Fraulén -asevera desde un pupitre en la orilla izquierda una boca de heridos labios morados, rapada cabeza llena de cicatrices, nariz aguileña y vidriosos ojos café claros que contrastan con su opaca piel-. La comida que nos dan acá -continúa entre ansioso y asustado- no la podemos tragar, tiene un sabor asqueroso y es muy dura. Muchos hemos perdido dientes y algunos se han atorado; no podían respirar, se pusieron azules y se desmayaron y los llevaron al
- ¡Profesor! -interrumpe desde el primer puesto de una de las filas del medio un triste y pálido rostro lleno de enormes ronchas y cabello enmarañado- ¡Todos preferimos pasar muchos días sin tocar nada de lo que nos dan para almorzar y desayunar, por eso nos ve tan desnutridos! ¡Varios compañeros no aguantaron el hambre y comieron la basura ésa, estuvieron enfermos largo tiempo y no los vimos más cuando se los llevaron las violad
- ¡Shhh! ¡Cállate, Casiopé! ¡Cállate! ¡Recuerda lo que sucedió la semana pasada! -aparece enérgica una voz desde el lóbrego fondo, voz ante la cual Casiopé baja la cabeza y guarda silencio-.
- ¡¿Pero qué demonios está pasand -“¡ninguna pregunta, a nadie!”-.

Los recuerdos se hacen más claros.

Silencio.

Respirando profundamente y con una leve sonrisa de resignación, C. decide continuar su cátedra:

— Bien, bien, comencemos con la clase. Antes que todo, debo presentarme: egresé de la Universidad del Estado hace tres años, y desde entonces me desempeño como maestro de lenguaje; vengo a reemplazar al profesor Tribaldo. Mi nombre es Ci

¡TTTTRRRRIIIINNNN!

Apabullante, el timbre retumba en todo el lugar opacando su discurso. C. inclina la cabeza y frunce el ceño; “¡¿Cómo, ya es la hora de recreo?! ¡¿Tan pronto?! -se dice- ¡Pero si no ha pasado tan sólo un segundo! -exagera-”.

Desde que pisó el salón cerca de las ocho y cuarto hasta ahora que suena el timbre, calcula mentalmente, tan sólo han pasado un par de minutos.

Mira su muñeca derecha en donde lleva el reloj de pulsera y comprueba que, efectivamente, son las 09:30 de la mañana, hora de los quince minutos del primer recreo. Se dispone a salir al patio y nota que ningún alumno se pone de pie y no parecen tener intención de disfrutar del recreo. Más: se mantienen en absoluta inmutabilidad, con los brazos sobre la mesa y las cabezas gachas la mayoría, por acá un par de miradas ajenas y tristes, indiferentes algunas más allá, resignadas otras.

Nadie muestra iniciativa alguna de nada. “Bueno -dice-, lo que es yo, aprovecharé de tomarme una tacita de café”. Extiende su mano izquierda alcanzando el maletín del escritorio y cargándolo en ella mientras pone su otra mano en el bolsillo de su pantalón, y abandona la sala.

C. camina en dirección a la escalera con la idea del cafecito, y esa idea le llena de dicha: el tacto de una taza caliente entre sus manos, el calor en sus labios mientras el vapor acaricia su cara y el aroma penetra su nariz... mmmhh... una delicia. En su imaginación, disfruta del líquido caliente vertiéndose en su boca, y siente el amargo sabor del brebaje -le gusta muy negro y sin azúcar-, llenándosela por completo.

¡Una maravilla, sin lugar a dudas!

Desde que C. abandonó el aula se relame sonriendo con deleite pero sólo alcanza a caminar diez pasos, cuando el repiqueteo del timbre le devuelve a la realidad:

¡¡TTTTTTRRRRRRRRIIIINNNN!!

“¡Quéééé! ¡Otra vez lo mismo!”, exclama con indignación. Se arremanga la camisa, dejando su reloj de pulsera al descubierto: son exactamente las 09:45

Suspira con desazón al diluirse su tan anhelada tacita de café. Resignado, da media vuelta y entra por vez segunda en el templo del conocimiento, deja el maletín sobre el escritorio, abre el cajón que le indicó el portero y extrae un par de tizas amarillas.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, dos personas ocupan los pupitres que minutos antes, utilizaran los estudiantes que hicieron los comentarios respecto a la comida.

Ahora, esos alumnos no se ven por ningún lado.

Estas dos personas, hombres de edad madura y cuerpos de enormes músculos, visten completamente de blanco, blancos los pantalones y la camisa, los zapatos, los calcetines y la corbata y la chaqueta. Además de sus ropajes blancos, sus rostros lucen grandes anteojos negros que ocultan incluso las cejas de esas blancas pieles, albinas casi. Sus labios muestran un duro rictus acentuado por una ligera tonalidad morada. Sus cabezas, blancas en extremo, están absolutamente carentes de cabello y brillan al reflejar la poquíssima luz que logra colarse por entre las gruesas maderas que tapian las ventanas.

Avanzando muy lento por el frente de la sala, C. los mira directa y detenidamente, dirigiéndoles un cordial “buenos días”. Nada responden los hombres de blanco. “Estos tipos se viene a meter a mi sala y ni siquiera se dignan a saludar... -piensa-”. “¡¿Qué se creen ustedes?!”, les dirá, y a punto de abrir la boca vuelve a ver nebulosamente al profesor Tribaldo pateándolo en el suelo y gritándole que no pregunte nada nunca, a nadie, por lo cual C. guarda silencio.

“¡Ya está bueno de basuras!”, se dice, y comienza a caminar por la sala con decisión. Los tacos de sus zapatos resuenan en el piso y rompen el mutismo absoluto; parece un gran felino que patrulla sus territorios.

Tal es la seguridad que muestra.

- Alumnos -dice cortésmente, pero con firmeza-, debo saber si conocen y manejan las herramientas lingüísticas de manera óptima... a ver, usted.

Estirando la mano derecha en la cual sostiene las tizas y plumones, C. apunta al tercer alumno de la fila del rincón izquierdo-. “¿LL, YO?”, pregunta en extremo turbado el estudiante. “Sí, sí. Usted. Venga a la pizarra, por favor”.

Un delgadísimo ser tapado por una desvencijada especie de túnica se encuentra instantes después, temblando con la cabeza gacha y en actitud totalmente sumisa junto a C.

Los anteojos oscuros de los tipos de blanco siguen atentamente los sucesos, siempre con los brazos cruzados sobre el pecho y en actitud desafiante.

- Veamos -dice el profesor reemplazante-, si yo escribo una palabra aguda, ¿cuándo debo pon -“sin preguntas”, aparecen las órdenes del profesor Tribaldo en su memoria. “¡Mierda”, piensa. Reformula entonces el enunciado-.
- ¿En qué caso debo utili “nada de preguntas, de ningún tipo”. “¡Por la gran puta!” -exclama C. entre dientes-. A ver, tome -dice extendiéndole al alumno una de las tizas amarillas y pidiéndole que por favor, escriba una palabra aguda-.

Tembloroso, el famélico estudiante sostiene la tiza manteniendo en todo momento la cabeza gacha, sin atinar a escribir nada. “Hágalo”, le anima C. con una sonrisa. “Vamos, usted puede”, insiste amigablemente.

- Profesor -avanzan desde las penumbras del fondo chillonas palabras-, Séline no sabe escribir, ni tampoco leer, ni sumar ni restar... ¡Nadie acá sabe hacerlo! -termina con la voz quebrada-.

Desde ocultos lugares de la sala aparecen lastimeros sollozos:

- ¡Usted no conoce la verdad! -resuena un angustiado grito en el abismo insondable, casi una súplica-.
- ¡No, no la conoce! ¡Nadie la conoce! -aúllan desesperadas voces. Los sollozos se convierten en llanto-.
- ¡Nadie la conoce!
- ¡No! ¡No! ¡Nadie!
- ¡Entonces, díganme cuál es la verdad! -responde ansioso C.-
- ¡La verdad es que somos esclavos sexuales!

¡¡TTTTTTRRRRRRRRIIIINNNN!!

“Ha de ser el segundo recreo”, piensa C., dejando inmediatamente de interesarle el porqué del analfabetismo de Sélina y del resto de los alumnos y la verdad aquella que nadie conoce. “¡Ahora sí que bajo corriendo y bebo mi cafecito!”, exclama. “Bueno, a la vuelta seguimos con el ejercicio”, dice a Sélina con indiferencia mientras alarga su mano para tomar el maletín, lo coge y camina apresurado hacia la puerta; repentinamente, ve la cara del portero aparecer a centímetros de su rostro.

- ¡Ay! -C. da un grito y salta hacia atrás, evitando la inesperada visión-.
- Mandó a decir La Directora que pase a su oficina antes de irse.
- Ok. De todas maneras, aún no me puedo ir -responde C. mientras camina apurado-: “sólo es la hora del segundo recreo”, termina diciendo.
- Hora del segundo recreo... je je je –replica burlándose el portero, dejando ver una siniestra sonrisa de repugnante dentadura-.

C. detiene sus pasos y corre la manga de su camisa para mirar su reloj: son las 13:30 en punto, momento en el cual termina su jornada de trabajo. El portero hace un ademán con la cabeza a los tipos de blanco quienes le devuelven el gesto, mira nuevamente burlesco a C., y se retira del salón de clases.

* * * *

Con el maletín en su mano, C. avanza por el pasillo, baja la escalera y se sumerge en el patio. Durante el trayecto ha visto filas y filas interminables de alumnos salir ordenadamente desde las salas, quienes en absoluto silencio y con las cabezas gachas van penetrando en uno de los lúgubres galpones. “Solamente alumnos, Nadien mas deve entrar”, rezan sentencias en la puerta de la edificación. C. no puede resistir la curiosidad por saber qué hay dentro del galpón y apura sus pasos hacia allá. Camina cada vez más a prisa pero entre más rápido lo hace más rápido avanzan también las filas y cuando comienza a correr los alumnos corren también y al estar a medio metro de la entrada del galpón el último alumno de la fila entra y cierra la puerta y ¡PLAF!, C. choca con su hombro izquierdo contra la puerta.

Luego de unos momentos reponiéndose del impacto, se sacude la ropa y se arregla el cabello y la corbata. Mira a un lado y al otro y ve a menos de cinco pasos de distancia a un hombre musculoso, completamente vestido de blanco, con los brazos cruzados sobre el pecho y en actitud hostil. Sus grandes anteojos negros le observan impasibles.

Sin otorgarle mayor importancia al tipo, C. continúa su camino a través del patio, llegando así al pasillo fétido y mal iluminado que le recibió aquella primera vez.

Tapándose la nariz y la boca con una mano y aguantando la respiración, avanza rápidamente por el corredor hasta llegar a la habitación en la cual había esperado la entrevista. Ingresa y aún sin descubrir su nariz ni su boca ni volver a respirar, sigue hasta la minúscula puerta por donde entró y salió la mujerota, la abre y se agacha y ya se encuentra en el hediondo y casi oscuro pasillo que se ve lleno de humo. Con rápidos pasos se acerca a la oficina de La Directora y a medida que lo hace escucha una estridente música y muchas voces de algarabía. Continúa aguantando la respiración y sigue hacia la puerta. Las risas y puyas del jolgorio llegan más nítidas a sus oídos; continúa avanzando y el volumen de las voces y los gritos aumenta. Llega a la puerta de La Directora y se arregla el cabello, comprueba que su camisa esté correctamente metida en el pantalón y se acomoda la corbata. Por debajo de la puerta, transparentes y azuladas cintas de humo de tabaco van ascendiendo lentamente, llenando todo el corredor y saturando asimismo su nariz, tal como saturan sus oídos las voces, la música, las risas y gritos de alegría y los sonidos de botellas siendo destapadas y la champaña derramándose en copas que chocan en animosos brindis.

Los “¡Hurra!” y los “¡Viva!” se suman al ruido de muchos zapatos que indican claramente que en aquel lugar también están bailando. C. deja el maletín junto a sus pies y golpea tres veces, toc, toc, toc. Espera unos instantes mientras las voces de mujeres gritando y chillando alegres y borrachas continúan; sigue esperando, mas no obtiene respuesta.

Vuelve a golpear, ahora cuatro veces, toc, toc, toc, toc; nadie parece escucharle. Las cintas de humo siguen subiendo desde la puerta y C. escucha más risotadas.

- ¡Ja ja ja!
- ¡Así que no te gusta la comida!
- ¡Méteselo hasta el fondo!
- ¡Que se tome toda la lechecita! ¡Ja ja ja!

Sin que alguien haga caso a sus llamados, la música sube de volumen y el baile se vuelve frenético; ¡toc, toc! ¡TOC! ¡TOC! Enérgicamente golpea y la puerta se abre aunque tan sólo unos milímetros: por aquel espacio un ojo se asoma. C., sonriendo, se ubica de manera que puedan verlo y se prepara a entrar pero al instante la puerta se cierra. Fuertes voces de mando se escuchan en el interior y la música se apaga. Carreras y ruidos de botellas reemplazan la algarabía y el chillido de muebles arrastrándose por el piso y muchos zapatos corriendo de acá para allá y más ruidos de platos y botellas y unos vasos que caen al piso haciendo mil pedazos... más voces de mando y carreras y más muebles arrastrándose. Un par de segundos de silencio pasan hasta que se escucha la voz de La Directora, “¡Adelante!”, dice.

C. empuja suavemente la puerta, y entra al despacho.

Otra vez el exquisito aroma a limpieza y probidad, a compromiso y a ética, a bondad y empatía, acaricia a C.

Y de la fiesta no queda rastro alguno, ni de quienes participaban en ella ni olor a cigarrillo y tampoco hay vasos, copas o botellas o trozos de vidrio en el piso.

“Pase, pase. Tome asiento, por favor”, indica La Directora mientras se acomoda un mechón de cabello.

C. camina hasta la minúscula silla que ya conoce; se sienta en ella empequeñeciéndose hasta casi desaparecer, por lo cual se pone de pie.

Juntando las manos y cruzando sus dedos sobre el límpido cristal del escritorio, ceremoniosamente, La Directora comienza:

— Vamos a ir rapidito. He recibido varios informes respecto a su desempeño laboral, sobre su manera de entregar los contenidos indicados por el Ministerio de Dominación, la seguridad que muestra frente a la clase y la forma de mantener la disciplina en el aula, y por ello deseamos que usted se quede como el nuevo profesor titular. Acá ganará mucho dinero, mucho, muchísimo, pero es necesario que siga al pie de la letra las reglas de nuestro establecimiento: no preguntar nada a nadie, de ninguna cosa, jamás. Ni siquiera debe cuestionarse cuando usted piense. Sólo debe razonar con afirmaciones y negaciones; ha de reprimir las interrogaciones. Pero eso no es todo: le pagaremos más, mucho más de lo que usted pueda imaginar, de lo que pueda llegar a ganar y a gastar en toda su vida si no sólo no pregunta y reprime sus dudas, sino que si logra también *ser capaz de perder la necesidad de cuestionarse y tener interrogantes*. SU CURIOSIDAD DEBE MORIR. Pero ojo: nuestro sistema es tan perfecto que sabremos si usted incumple el requisito aunque esté a diez mil kilómetros de distancia. Si quiere asegurar su vida, la de sus hijos y nietos, lo único que debe hacer es seguir las reglas...

La Directora lo observa fija pero tranquilamente, baja entonces la mirada y separa sus manos con suavidad. C. ve una de ellas desaparecer tras el gran escritorio.

Se escucha el ruido de un cajón al abrirse y la mano de La Directora buscando algo en su interior. Segundos después, el cajón se cierra. La Directora mira otra vez a C. y reaparece su mano mostrando un gran fajo de billetes del más alto valor, extendiéndoselo.

Él lo recibe.

La Directora, sonriendo satisfecha, da por finalizada la reunión.

“Lo espero mañana cinco para las ocho, igual que hoy”, dice mientras C. cierra tras de sí la puerta.

* * * *

C. camina meditabundo; a sus espaldas, el colegio se va haciendo cada vez más pequeño.

La posibilidad de ganar mucho dinero de manera tan fácil lo seduce, “a quién no”, piensa, pero lo excita más la condición para ello: no preguntar ninguna cosa a nadie respecto a nada, en principio, y llegar finalmente a perder la necesidad de hacerlo, incluso al hablar con uno mismo.

Detiene sus pasos, observa detalladamente los árboles que orillan la calle y absorbe con fruición su fresco aroma.

Reflexiona respecto al vivir sin cuestionarse nada:

“¿Me sería posible el aceptar todo como establecido, sin indagar en la causa de ello?

¿Ir por la vida seguro de que todo es como es simplemente porque sí, o porque otras personas que dicen saber más que yo aseguran que el orden instituido es tal debido a una compleja razón que sólo ellos entienden, y que así lo dictamina? Cosas como intentar comprender el porqué de la vida, de dónde venimos antes de nacer, para cuál lugar vamos después de morir, el hecho mismo de cuestionarse si el preguntar aquel tipo de cosas y pretender descifrar la finalidad de la existencia, tiene algún sentido...”

C. vuelve a caminar lentamente, observando pensativo los pisos más altos de los edificios; un ave pasa volando muy cerca de su cabeza y C. la sigue con la mirada, perdiéndose ambas entre las frondosas ramas de un inmenso árbol. “Es un aguilucho”, piensa.

— La civilización -se dice en voz baja- ha avanzado en gran medida gracias a las dudas, a las incertidumbres planteadas en su lucha por sobrevivir, cosas tales como saber cuándo será la próxima Luna para arrojar las semillas, cuál hongo es venenoso y cuál comestible o cuándo se producirá el solsticio... Pero el ser humano tiene una curiosidad innata y busca también respuestas sólo por el mero hecho de encontrarlas: ¿Qué son las estrellas? ¿Dónde, cuándo y cómo nació el Universo? ¿Existen otros reinos? ¿Existe vida en ellos, y de existir, ¿será vida inteligente?

Detiene su caminar en una esquina.

Entrecerrando los ojos, fija su mirada en un Sol que está casi en el centro del cielo, y disfruta el calor de los heliósicos rayos acariciando su rostro. Sonríe con enorme satisfacción: se siente pleno, optimista y feliz.

— ¿Estoy verdaderamente conforme con mi vida? -continúa suponiendo situaciones, ahora en voz alta- ¿Es esto lo que quiero o lo que quería de ella? ¿Voy camino al éxito personal o profesional?... Y si sospecho estar equivocado respecto a algo y necesito otras opiniones para salir de la duda... ¡Cómo plantear mi inquietud únicamente afirmando o negando!

“¡Y cómo relacionarse con otros sin preguntas! ¿Cuál es tu nombre? ¿Quieres ser mi polola? ¿Me puede indicar la hora, por favor?... ¡¿Cómo razonar así y continuar siendo parte de esta sociedad?!”

Una suave brisa roza su piel, haciendo también sonar las hojas de los árboles al acariciarlas. Un par de ellas se sueltan de las ramas, cayendo ambas delicadamente.

— ¡Y LA MÚSICA! -grita-.

Algunos transeúntes le miran con curiosidad.

— ¡Qué es la música! -continúa en voz alta, pero sin gritar ahora, cohibido por aquellos paseantes que le miraron con curiosidad-. ¡Por qué nos emociona tanto una sinfonía de Beethoven! ¡O un solo de Jimmy Hendrix o el canto de las ballenas!

“¡Y por qué cantamos!

¡Y por qué silbamos!

¡Y por qué bailamos!

¡Por qué y para qué queremos saber cosas!

¡Por qué necesitamos respuestas, tantas respuestas, incontables respuestas!”

Así, sumergido en estos cuestionamientos absolutamente trascendentales para él y completamente indiferentes para la gran mayoría de la gente, hace parar el taxi que lo llevará hasta su hogar.

— Sírvete más vinito, ¿o estás muy mareado ya? —le dice ella con una coqueta sonrisa cuando se pone de pie. Mueve entonces levemente su cabeza indicándole el baño, y medio minuto después, él camina hacia allá.

“Pídeme lo que quieras mi amor, yo te lo regalo, cerveza, whisky, mi cuerpo, lo que quieras”, le susurra Marta al oído mientras abre unas pequeñas bolsitas transparentes que luego pone sobre el estanque del wc, las deja ahí y se gira y lo besa tocándolo entero: le mete las manos en el pantalón y lo besa en los labios y en el cuello y le chupa la cara y él siente en la boca de ella el placer y la lujuria y el amargo sabor de la cocaína y el olor de incontables cigarros revueltos con cerveza, mientras ella lenguetea babeante su rostro...

Marta le pasa un billete de cinco liras enrollado, él lo toma y agarra una de las bolsitas y hunde un extremo del billete enrollado en el polvito de la bolsita, y el otro extremo se lo mete en la nariz y aspira con deleite

La excitación, la lujuria de Marta...

Marta, la vieja y gorda señora Marta y su bigotillo negro, sus fétidas axilas transpiradas y la flacidez en sus brazos, el tacto de sus caídos pechos, su hinchado vientre y caderas poco femeninas y su inexistente culo, sus piernas con várices y abundante bello y aquellas mal cortadas uñas rasguñándole la espalda buscando excitarlo... todo aquello lo asquea, pero sonríe al verse a sí mismo aspirando una y otra vez, metiéndose en el organismo enormes cantidades del polvo blanco del clorhidrato de cocaína, y del polvo color mostaza de la pasta base de cocaína.

¡Ufff!, la *pastita*...

Eso de la Pasta Base es un tema que debo explicarte antes de continuar. Siquieres puedes tomar apuntes. Preguntas al final, por favor.

La pasta base, llamada en Chile *monos* o *pasturri*, o *churri* o *yola*, es lo que resta de la alquimia para convertir la sagrada hoja de coca en el famosísimo clorhidrato de cocaína; en otras palabras, la pasta es lo que sobra de aquel proceso.

El efecto de la *churri* es similar al de la cocaína, pero más intenso y de menor duración; la deliciosa recompensa es producida por los vapores tóxicos de su combustión, y dura hasta aproximadamente treinta segundos desde que la aspiras. También la puedes inhalar por la nariz, como él lo está haciendo ahora desde la caída pechuga izquierda de la señora Marta, pero te pegará muchísimo menos.

Además la pasta base, los *monos*, quitan el hambre.

Con cada fumada de pasta el cuerpo se tensa y es esa tensión la que produce el enorme placer. Increíblemente adictiva, la *pasturri* se tolera con tal rapidez que las dosis deberán ser muy pronto mayores y más periódicas para lograr la sensación deseada.

Su consumo frecuente termina agarrotando los músculos de todo el cuerpo: un brazo, por ejemplo, que involuntariamente se mantiene estirado y rígido en diagonal al torso, o constantes movimientos de la cabeza intentando relajar el cuello.

“El Tieso”, le decían a un amigo de él adicto a la pasta base, que murió de Lesión por Inhalación Fulminante: una noche se fumó MEDIO KILO DE PASTA BASE y se derritió los pulmones, los dos juntitos, en una sola noche.

Este vicio se relaciona con la disminución de los niveles del calcio corporal, quizá lo destruya o impida su fijación a nivel celular, y como el calcio interviene en la transmisión de los impulsos eléctricos que nos dan vida, los pastabaseros -llamados también *pasteros* o *angustiados*, o *angurris* o *angurrientos*- sufren “cortes de circuito” manifestados en las manías antes mencionadas, las que también se presentan en el rostro: una ceja que se levanta sin que lo quieras, un párpado que te tirita, bruxismo extremo o muecas de labios y boca, etcétera.

“Mil Caras” llamaban a otro amigo suyo, también adicto y que terminó parapléjico.

La pasta base -un octavo de gramo, o menos incluso- viene en pequeños envoltorios de papel de cuaderno, y se les conoce como “papelinas” o “monos” o “yolas” o “monos” o “gorilas” cuando las papelinas están generosas; su bajo precio, quinientos o mil pesos cada mono, la hace tan popular en los ghettos que puedes encontrar hasta cinco o diez traficantes en una misma cuadra de cualquier población marginal.

Y él vive en uno de esos ghettos, en una *pobla*, allá en el lejano Santiago de Chile.

Ya. El asunto es que el sabor de la coca y de la pasta en su garganta y el olor y el tacto de la señora Marta, se mezclan con el hecho de arriesgarse de esa manera, metido en la casa de un traficante con delincuentes armados y completamente borrachos y drogados donde una mínima impertinencia, un sutil comentario mal entendido o tan sólo una mirada que no agrade, puede significar su muerte; hasta permanecer en silencio es peligroso:

— ¡Y vóh! ¡Por qué estai tan callao! ¡¿Te comieron la lengua en el calabozo?!

Y el chico listo ése encerrándose cada veinte minutos con la señora Marta en el baño sin importarle que la pareja de ella, “el Tío”, uno de los traficantes de cocaína y pasta base de la *pobla*, esté del otro lado de la puerta aspirando coca y riendo y tomando con los otros invitados...

Al Tío le darán ganas de orinar, se pondrá de pie, caminará riendo su borrachera, abrirá la puerta del baño pero la puerta estará con pestillo así que vuelve a sentarse pero estará concentrado en que quiere mear luego y se queda junto al baño y luego de treinta segundos golpeará para que salga quien está ocupando el wc y dirá entre enojado y en broma que está que se mea y se reirá y no le contestarán de vuelta y el esperará treinta segundos más y volverá a golpear pero nadie contesta y el Tío vuelve a golpear la puerta y toma la manilla y la intenta abrir pero la manilla está con el seguro así que el Tío empuja la puerta con su metro noventa y 130 kilos y la puerta casi se sale del marco y la señora Marta saldrá corriendo y entonces el tío lo verá y sacará su 45 y lo apuntará directo a su rostro,

“¡Bájate los pantalones, mierda!”, le grita.

“¡Ahora mira a la muralla, conchetumadre! ¡Pone las manos en la muralla!”, le ordena. “¡Y ahora mírame, maricón reculiao!”, y la víctima mira al Tío y ve al Tío lanzándole un beso y acercando el cañón de la pistola a medio metro de su rostro durante eternos dos segundos; el cañón de la pistola se desenfoca en su vista y sus ojos enfocan en segundo plano al tío sonriendo enajenado y esa imagen lo aterroriza, y ahora bajas la mirada y atónito ves al tío abriéndose el cierre del pantalón, su gran pico de traficante se asoma “ídate vuelta hacia la muralla, bastardo reculiao!” te dirá y tú te girarás hacia la pared blanca del baño y apoyas tus manos en la muralla y ahora sientes la piel de una mano del tío tocando tu espalda “¡Sácate la polera, culiao!”, te dirá y tú temblando te la quitarás, “¡pone las manos en la muralla!”, te gritará y tú te apoyarás en la muralla y sentirás nuevamente la piel de la palma de la mano del tío tocando tu espalda, y el frío acero del cañón de la pistola se hunde en tu cadera izquierda y tu culo se aprieta al sentir el glande de su verga presionando tu ano y un sordo dolor te penetra hasta el fondo de tu gordo o flaco trasero cuando el traficante te penetra hasta el fondo de tu intestino grueso... su piña sale de tu cuerpo y te tiras un fétido peo y el tío riendo te penetra de nuevo y sientes el cañón de la pistola presionando tu glúteo izquierdo y su verga

jugando dentro de ti, haciendo círculos te duele mucho te arde toda la espalda y su verga retrocede y avanza bruscamente en tu sangrante trasero y gritas ¡HAAAAAAAGGHH! y eso calienta más al Tío y te pega con la cacha de la pistola en la nuca y sientes como una explosión en tu cerebro y ves un destello blanco por dentro de tus ojos y el Tío te pega otra vez con la culata y sientes la sangre cayendo por detrás de tu oreja derecha y por tu cuello y te sigue penetrando y pegando con la pistola y pierdes la conciencia y te ves en el piso con el Tío pateándote en la cara mientras grita ¡TE CAGASTE EN MI PICO, COCHINO CULIAO! ¡JA JA JA! y pierdes la conciencia otra vez y abres los ojos cuando estás gritando, tu grito te hace recobrar la conciencia

— ¡HAAAAAAAGGGGG!

Y tu grito se mezcla con el rugido bestial del Tío:

—iiiiijGGRRHHAAAAAAAAGGGGGGGGG!!!!!!

El semen te llena los intestinos y el recto... y te chorrea por las nalgas, el semen del Tío y mucha sangre tuya, y mierda...

Tendido sobre ti, exhausto pero sin dejar de presionar el cañón en tu muslo derecho, el Tío te dice “¡TE GUSTÓ MI LECHECITA, PUTITO”... y te agarra fuerte de la cadera izquierda y mete el 45 en tu culo y jala del gatillo y

— ¡¡¡OJÁLA QUE NO QUIERA VENIR A MEAR!!!

Sacude su cabeza para espantar aquellos terribles pensamientos y mira hacia abajo en el momento exacto en el cual el rostro de la señora Marta le sonríe de rodillas: aquella imagen se mezcla con la sensación de una boca succionando y lengüeteando sus testículos, y ahora su glande, mucho rato...

El billete se hunde otra vez en el polvo mientras la señora Marta le chupa la poronga, apretándole los huevos con ambas manos.

Además de la verga enorme del tío y su 45, existe también el peligro de que los pacos se dejen caer en cualquier momento: sirenas lejanas que nadie excepto él escucha y que suenan cada vez más cerca y todos se ponen de pie de un salto y comienzan apurados a esconder la drog¡PLAFF! La puerta cae ¡POLICÍA! ¡POLICÍA! ¡Al suelo! ¡GUAU! ¡GUAU! ¡POLICÍA! ¡Al suelo! ¡GUAU! ¡GUAU! ¡GUAU! ¡POLICÍA! ¡Al suelo! ¡Tírate al suelo conchetumadre! ¡POLICÍA! El mundo gira a enorme velocidad ¡POLICÍA! ¡POLICÍA! pacos y más pacos encapuchados por todos lados entrando por la ventana y saliendo desde la cocina tu cuerpo llevado de allá para acá por los empellones y agarres de los malditos pacos cuántos pacos ¡GUAU! ¡GUAU! ¡GUAU! los perros desgarrando tus piernas culatazos en la cara patadas todo rueda vertiginosamente cocaína cigarrillos pasta base insultos alcohol terror otro culatazo golpea tu cabeza ¡GUAU! ¡GUAU! ¡POLICÍA! ¡POLICÍA! ¡GUAU! sientes la sangre en tu cuello mientras los bototos te inmovilizan en el suelo pisando tu cabeza y te continúan golpeando y los mordiscos de los perros rasgan tus brazos y de los brazos sangrantes, los pacos te levantan bruscamente...

Las esposas, la radiopatrulla, la comisaría, los golpes de los policías humillándote a cada segundo, los calabozos, los delincuentes queriendo violarte, la sentencia del juez, la cárcel, diez años preso...

Fíjate: a pesar de lo probable que son las situaciones anteriores, a pesar de que realmente le pueden ocurrir en cualquier momento esos desmadres, ¡al tipo le importa una shet, hermana! Sigue tomando y fumando cigarrillos y ofreciéndose a llenar los vasos vacíos. “¿Quiere más cervecita, compadre? También hay ron”, dice al regresar disimuladamente del baño.

- ¿Vóh lo compraste?
- Sí. Si estoy aquí es pa’ compartir mi plata.
- ¿Vóh hay estado en la cárcel?
- Hice ocho años por matar a un policía, pero no quiero hablar de eso.
- ¿Mataste a un paco?
- ¡Ya te dije que no quiero hablar de esa weá! ¡Y no me siga! llevando de apuros porque me pongo entero loco, chuchetumare!
- ¡Ya, ya, tranquilo! ¡Está bien, hermano! Acá somos todos choros, si mataste a un paco, entonces vóh también erís choro. ¿Querí un cigarro?

La verdad es que él nunca había estado preso, aunque un par de veces tuvo que dormir en alguna comisaría por andar borracho en la calle; tampoco había comprado ni siquiera un miserable cigarrillo para compartir ahí y la historia del policía asesinado era una mentira que se le ocurrió en el momento, y que dijo para ocultar el terror que le produjo aquel hombre que le habló, homicida seguramente, y a quien una larga cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda completa.

Él mentía porque debía mostrarse valiente y osado, ya que si lo notaban siquiera un poco intimidado habrían descubierto que era cobarde, y hasta ahí habría llegado su fiesta: los delincuentes, sean éstos asaltantes de bancos, estafadores o simples “lanzas” -aquellos que se ponen cerca de mujeres con aros, collares o teléfonos caros, se los arrebatan de un tirón y salen corriendo-, o los “carteristas” -esos que te sacan la billetera del pantalón o de la chaqueta mientras la tienes puesta-, todo el lumpen desprecia a quienes tienen miedo pues ser temeroso es ser cobarde, y los cobardes son tus enemigos porque los cobardes te delatan o te acuchillan por la espalda.

Aquello de la señora Marta está ocurriendo un par de años antes de que él deba elegir.

¿Escogerá bien?

Hoy, sentado en el único banco de la plaza que los delincuentes no han quemado, le da una fumada a su cigarrillo.

— Cómo va, compadre Cirilo -me dice desganado, levantando sus cejas para acompañar el saludo cuando me acerqué a él-.

Viste un polerón que alguna vez fue blanco, mayor que su talla, y jeans azules. Ambas prendas muy cochinas y viejas, igual que las zapatillas rojas que calza. Su negro cabello corto y opaco hace juego con su rostro moreno y de reseca piel, de mejillas hundidas y pómulos resaltados.

Una pequeña y sucia barba de cuatro o cinco días, y ojos de iris cafés y escleróticas amarillentas, completan su roñosa faz.

El resto de su cara, su nariz, sus cejas, sus pestañas, su barbilla y su frente, tampoco tienen nada de extraordinario.

Lo que sí llama la atención en su ajado y flaco rostro, es la boca, la cual no resalta por su tamaño ni por sus labios, tan disímiles siempre, gruesos o delgados, grandes o pequeños, sugestivos o indiferentes, rojos, no tan rojos o más bien pálidos y carnosos o finos y que a veces están morados e incluso negros de vino tinto, y en ocasiones con heridas de quemaduras por haber tenido algo muy caliente cerca, la cola de un cigarro tal vez, o la de un pitillo de tabaco, o la de un pitillo de marihuana, o la de un pitillo de marihuana mezclada con pasta base -“un marciano”-, o la de un pitillo de tabaco revuelto con pasta base -“un tabacazo”-, o una pipa confeccionada con un pequeño trozo de cañería de metal con forma de ele y un pedazo de aluminio sacado de una lata de chela: agujereado y puesto en uno de los extremos del tubo, el trozo de aluminio sirve de receptáculo para un poco de ceniza de cigarro, y sobre ella el polvito mágico de la pasta: le acercas la llama del encendedor -no sirven los fósforos- y eso constituye un “pipazo”; o los “antenazos”, que es la pasta fumada en un trocito de antena con un alambre delgadito enrollado como bolita y puesta en un extremo del tubito. Ahí no se necesita ceniza, se pone la pasta directamente en la punta de la antena que tiene la bolita de alambre y se le pone la llama del encendedor, y entonces, el extremo de esas cosas que te pones en la boca para fumar pasta base, te quema los labios...

Bien: te decía que tampoco atrae el tamaño de su boca, si es grande o pequeña, ubicada más cerca de la barbilla o más lejos, productora extrema de saliva, escupidera impulsiva de saliva o tragadora de la misma.

No. Nada de eso: lo que realmente llama la atención de su boca, de ese tipo de bocas, es otra cosa: toda su dentadura es opaca y sus dientes incisivos muestran picaduras y caries cafés y negras; ambas mandíbulas presentan esas putrefactas asquerosidades justo en medio de ellas.

Si miras con cuidado e imaginas juntar sus dentaduras inferior y superior, verás con tu imaginación un redondo y negro y repugnante agujero.

La forma de las llamadas “herramientas” -las pipas hechas con trozos de cañería- y los pitillos con pasta, hacen que el humo de la droga salga de manera cilíndrica, y es eso lo que ha ido esculpiendo su horripilante y asqueroso desparpajo dental.

Además, sus encías se ven moradas, muy oscuras e hinchadas.

Su aliento debe oler a mierda.

Ardiendo entre sus amarillentos dedos, el cigarro llama su atención. Bota el humo y da otra fumada... parece un tanto abatido.

Y no es extraño aquello.

Hasta hace un par de años, este tipo era gordo, al igual que toda su familia: a su hermana, por ejemplo, le apodaron “la Ocho”, pues acostumbra usar cinturones extremadamente apretados; a su hermano mayor le decían “Pepe Pepa” -se llama José y es igualito al dibujo animado-.

Y a él, le llamaban “Salame”.

La Ocho continúa luciendo su curvilíneo cuerpo por las calles de la pobla; a su hermano le siguen gritando “¡Cómo va, Pepa!”... pero a él, ya no le dicen Salame: ha enflaquecido demasiado: tantos pipazos, marcianos y tabacazos fueron disminuyendo su apetito primero, su hambre después y ahora está full flaco: drogado y ebrio, pero siempre más drogado que borracho, nunca tiene ganas de comer.

Antes de ahora, él trabajaba regularmente y los fines de semana se gastaba sólo una pequeña parte de su sueldo en pasta base; después se gastaba la mitad y ahora -o hace rato ya, mejor dicho- guarda únicamente lo necesario para no morirse de hambre, aunque siempre comiendo a la fuerza, sin ganas ni apetito.

(Algunos adictos tosen y hacen arcadas y vomitan SÓLO DE PENSAR EN LA PASTA BASE)

¿Es que su cuerpo le exige alimento a través del hambre sólo para seguir disfrutando de la droga, y se lo exige ignorando a su mente, la cual no desea enviar la orden de apetito a su cuerpo para que éste se nutra?

¿La mente y el cuerpo, entonces, no serían lo mismo?

Y si no son lo mismo, ¿cómo mi mente, que soy yo, y mi cuerpo, que también soy yo, pueden tomar decisiones contrapuestas, si en el fondo mi cuerpo y mi mente *son lo que yo soy*, y yo y mi cuerpo y mi mente no podemos sobrevivir separados ni enemistados?

Y si el capítulo termina con que el tipo muere de sobredosis, ¿quién tendría la culpa?, ¿él, su mente o su cuerpo?

Cuando empezó a meterse en la pasta base, se dedicaba junto a su hermano y a su padre a instalar motores, ductos y aislaciones de ventilación en construcciones grandes, pequeñas o medianas o en pequeñas, medianas o grandes industrias a lo largo de Chile.

En la semana trabajaba y fumaba cigarros de día y de noche, en Santiago o en algún extremo del país, angustiado y al mismo tiempo sintiéndose culpable porque la sensación que fue divertida al principio ya ha comenzado a mutar en un terrible síndrome de abstinencia, y es dicho síndrome la razón de su angustia y de que olvide su necesidad de comer, y a causa del vicio está pasando el día entero distraído de la tuerca que debe apretar o de la medida de la cañería angular pues sólo piensa en dónde comprar pasta, en dónde encontrar a alguien que quiera volarse con él y que tenga droga o que al menos, sepa en dónde conseguirla.

(La pasta base produce diarrea cuando se es adicto y se piensa en fumarla) Entre dolores de estómago y constantes idas al baño durante su jornada laboral fuera de Santiago, él anhela el día en el cual saciará su tremenda sed existencial: llegará a la capital, al terminal, se bajará ansioso del vehículo y se acercará a un costado del bus a esperar su equipaje; se lo entregarán y saldrá de allí caminando más rápido de lo habitual, tirándose involuntarios pedos.

Tomará el metro y se bajará en la estación cercana a su hogar. Apurando harto el paso y soltando más y más pedos abordará una micro y pronto estará mirando por la ventana viendo a ratos su reflejo y a ratos el urbano paisaje exterior, pensando sólo en llegar pronto a su casa; eternos veinte minutos después descenderá del vehículo y caminando ahora muy rápido hacia su hogar le darán ganas de cagar y se le saldrán más peos y los deseos de sentarse en el *water* serán insoportables pero se aguantará apretando el culo entrará a su casa y saludará a su madre a la pasada y se meterá al baño y cagará a la velocidad de la luz y sin limpiarse ni menos lavarse las manos jalará la cadena y saldrá directo a la escalera y subirá a su pieza intentando

disimular su desesperación y sacará de su billetera un cuarto o la mitad de su sueldo y luego ocultará la billetera debajo de la almohada y se agachará y meterá la mano bajo el colchón buscando su “herramienta” -el codo de cobre- y la encontrará y se la pondrá en el bolsillo junto con el dinero y bajará la escalera de a dos o tres peldaños, “¡venga a cenar, hijito!”, le dice su madre alegre por su regreso, “¡sí, sí... en seguida, mamita! ¡Voy a pagar una plata y vuelvo!”, saldrá de su casa y caminará casi corriendo las pocas cuadras que le separan de El Tío y de la señora Marta (quien estos días se anda comiendo a una *angurri* de doce años de edad: la niñita iba en quinto básico y se salió del colegio y ahora pasa todo el día metida en la casa del Tío viendo tele y fumando pasturri y cigarros y jalando y armando papelinas de pasta y bolsitas de coca, y en la casa de la señora Marta la niñita desayuna y almuerza y toma la once y cena y la Señora Marta la encierra en el baño y se come a la pendeja pero el Tío ya le ha pasado plata a la niñita para que se lo chupe; la mamá de esa pequeña drogadicta está *entera* metida en la pasta y ya vendió casi todo lo de la casa y habría prostituido a su hija si su hija no se hubiera largado, y por eso ahora la niña pasa metida donde el Tío porque ahí puede comer y fumar cigarros y pasta y también jalar, y además el Tío le paga el plan del aifon que le regaló para culiársela; en la casa de ella tampoco había nada para comer y si se hubiera quedado ahí la mamá la habría prostituido pero la pendeja no habría recibido ni plata ni comida ni pasta ni cigarros, así que prefería que se la comieran la señora Marta y el Tío. Al papá de la chiquilla lo mataron en la cana hace cuatro años) y angustiado y sudando, escogerá un billete de cinco mil, no, mejor uno de diez, no, mejor le digo al Tío que me dé veintidós monitos por \$20 lukas...

Apretando fuertemente El Billete* en su mano derecha, llegará por fin a la casa del Tío y entrará con el rostro compungido y casi a punto de llorar. El tío lo verá y le preguntará:

— ¿Cuántas querí?

Tremendamente ávido, tartamudeará respondiéndole al tío:

- ¿De, deme, deme veintidós por veinte mil?
- ¡Shh! ¡¿Vóh creí que me las regalan?!... Ya, toma; uno de yapa.
- Ya, gra, gracias, tío -dirá con un hilo de voz-.

Con el estómago apretado, su párpado derecho tiritando, la boca y garganta secas y su corazón latiendo muy rápido, saldrá de allí apretando las papelinas en su mano derecha transpirada y temblorosa. Comenzará a correr desesperado por las calles de la pobla hacia algún sitio eriazo en el cual fumar y pasará junto a una vecina con su pequeña hija de la mano, volviendo una del colegio y la otra del trabajo en aquel atardecer de marzo; la niñita lo observará mientras él deja de correr pero camina ahora muy rápido, y prende un cigarro y hace ceniza para el pipazo pero no podrá esperar hasta llegar al sitio eriazo y ahí mismo, junto a la pared de una esquina cualquiera -la niña voltea su cabeza y lo ve a la distancia-, ahí mismo en esa esquina y apoyado en la pared con el cigarrillo en la boca, sacará con la mano derecha su pipa y unos cuantos monos; con su mano izquierda tomará el cigarro y con un par de golpecitos pondrá en su herramienta la ceniza hecha, abrirá tembloroso uno, dos, tres pequeños envoltorios, los sostendrá con cuidado y de a uno irá derramando sobre la ceniza aquel mágico polvo, su deliciosa y querida droga, su anhelada y deseada pasta base, le acercará la enorme llama de un encendedor desechable comprado especialmente para este momento, aspirará el humo y...

... y por fin será feliz...

... feliz... realmente feliz...

... más feliz que cuando fue padre...

... feliz...

— ¡Pffffffffff! -botará el humo-...

Las churris están buenas y le pegaron bien (durante aquel par de segundos con el humo dentro de sus pulmones, comprende la hermosa aventura de la vida en este mundo, y en esos instantes conoce LA VERDAD, pero sólo mientras el humo de la droga está en su interior: al exhalarlo, se va también la iluminación)...

Aunque el viaje sea corto está magnífico pues le lleva al místico estado de absoluta contemplación en el cual se queda con la mirada perdida en el todo, y con la boca abierta viendo sin ver a una madre tomando de la mano a una niñita quien, a la distancia, muy muy lejos, le continúa observando mientras camina junto a su mamá hacia su destino.

Encenderá la pipa otra vez...

... Siii...
...

... feliz...

... infinitamente más dichoso que cuando a su mamá le dijeron que se había sanado de cáncer...

... feliz...

— ¡Pffff!...

En poco menos de cinco minutos, se habrá fumado tres monos.

Decide fumarse cuatro más, no, mejor cinco...

— ¡Pfffffffff!...

... Será feliz...

... feliz...

— ¡Pfffffffff!... -Sííí, feliz-...

...tan feliz como sólo la droga hace felices a quienes desean ser felices de esa manera, y fumará y fumará, extasiado, aliviado de su necesidad de aquel veneno...

¡Tanto va a disfrutar de aquellos primeros pipazos!

De los primeros de muchos, porque seguirá drogándose sin parar esa tarde y esa noche y el día siguiente, todo el día...

Pero para eso, para drogarse y ser feliz, le falta todavía un mes, un larguísimo mes ya que ésta es recién la primera jornada de trabajo en una alejada industria del extremo sur de Chile, a cinco horas de la Antártida cruzando el mar en avioneta.

Rodeado únicamente por ovejas y viento gélido -y una cercana tormenta- no tiene dónde comprar, dónde encontrar a alguien que quiera fumar y que también tenga pasta o que por último, sepa en dónde conseguirla.

Lo único que lo hace soportar el poderoso y terrible síndrome de abstinencia es imaginar el placer que dentro de treinta días, soñará despierto y dormido, sentirá.

Cuando le tocaba trabajar en Santiago y ya estaba metido en el vicio, comenzó a pegarse *la falla* los lunes: se amanecía el domingo endureciéndose o esperando que alguien lo invitara a unos monos, fumando cigarros americanos y bebiendo unas pequeñas botellas de barato y vomitable coñac, menta o ron, licores asquerosos que aumentan su repugnancia mientras más bajo es su precio, llegando algunas weás a ser alcohol etílico puro con un poco de colorante... l@s angurris les dicen "granadas", no por la fruta sino por el explosivo.

Bebiendo de a sorbos en alguna oscura esquina los hace durar horas y horas, y se pega los pipazos y mira silencioso de un lado a otro y se temía de a poquito esas mierdas, rodeado por hombres jóvenes o mujeres adultas o embarazadas que arrastran un coche con la hija dentro, hambrienta y sucia; a veces algún minusválido en silla de ruedas o un ciego están ahí *endureciéndose* con él; también le acompañan niños famélicos y niñas raquínicas de 8 ó 13 años que no dudarán en venderse por tres monos, o por dos... incluso por uno:

— Si querí te la chupo por una luka... oye ven, yo la chupo rico... ¡Oye ven poh, papito!... ¡¡Regálame un cigarrito aunque sea!!

También verás en esas esquinas a dueñas de casa, y abuelas, abuelitas y abuelitos angurris, calladas todas y todos fumando cigarro tras cigarro, “gárgolas” les dicen, con ropas cochinas y que siempre les quedan grandes, rostros enflaquecidos y de piel reseca y con los ojos saltones y los pómulos asomados y sus cuerpos desnutridos, mendigando, macheteando para un mono, “hijito, deme una moneda, por favor”, “hermanito, me faltan quiñento pa’ un vicio”, te dirán al pasar junto a ellos y de día les verás lavando el auto de algún vecino o barriendo afuera de algún pequeño almacén, jugándose luego las pocas monedas de su “salario”, en las máquinas tragamonedas que hay por millares en los almacenes de las poblaciones: mientras compras el pan estarán allí tiritando desesperad@s de angustia tratando de multiplicar en esas máquinas los quinientos o los dos mil pesos recaudados en su macheteo, en el lavado del auto o en la barrida de la vereda y por la noche, todas las noches, les verás parados y paradas en las oscuras esquinas de siempre, fumando pasta y cigarros mirando de un lado a otro, en completo silencio, sucí@s y mal vestid@s sorbiendo de a poco las granadas éas.

Gárgolas, les dicen...

La noche avanza y cuando ya no queda plata ni a quién acompañar a comprar pasta base u ofrecerse a ir a comprarla él, “te voy a comprar las cinco pero me dai una”, camina a su casa pensando no en que dentro de dos o tres horas tendrá que ir a trabajar, sino que imagina a quién machetearle una moneda esta madrugada de lunes a las tres y media de la mañana, socio, hermanito, apáñame con trecientos pesos...

Piensa también en dónde, de lograr reunir el dinero, comprará sus churris: “la tía Pancha vende hasta las ocho, demás podría ir pa’ allá, las da bien grandes”...

Tal como se había acostumbrado a fumar, se acostumbró también a faltar al trabajo ya no sólo los lunes sino que cualquier día, y más de una vez a la semana. Cuando se volaba hasta el amanecer, cuidaba llegar a su casa mucho rato después que su padre y su hermano se hubiesen ido a laburar.

Pero hace tiempo que no trabaja con su padre ni con su hermano, y ya ni siquiera vive con su familia. Después de conversar primero, discutir luego y finalmente pelear a insultos, gritos e incluso golpes una y mil veces por culpa de su adicción, su madre, su padre, su hermano y su hermana decidieron no tomarlo más en cuenta ni hablarle ni dejarle comida ni nada, y convivir con él ignorándolo en paz; pero sus borracheras los días de semana a las once de la mañana al haberse amanecido fumando pasta y tomando licores asquerosos y haberse metido pastillas de quizá qué *weá*, gracias* a toda esa distorsión hacia tremendos escándalos, principalmente a las vecinas, ofendiéndolas y gritándoles afuera de sus casas que eran las culpables de que su familia dijera que él era un pastero, y amenazaba con pegarles para que aprendieran a no andar hablando mal de él... a las once de la mañana, un día cualquiera.

* “Gracias a lo simpático que es, tiene muchas amigas que se lo quieren copular”. Ok, excelente. Pero en este caso, lo correcto es escribir “a causa de”, o “a raíz de”, o “por culpa de”. Escribir -o decir- “gracias a” es una tontería porque el culiao deja las mansas cagás.

Insulta a todo el mundo agitando violentamente la puerta de la reja de una casa, ¡AAAAAHHH!, grita enajenado y su grito se mezcla con los ruidos de los fierros crujiendo y chirriando

— ¡¡VIEJAS CONCHESUMADRES!! ¡¡MALDITAS RECULIÁS!! ¡¡PREOCÚPENSE DE SUS CULOS Y NO DE MÍ!! ¡¡¡GGGRRRRHHH!!!

“¡Tobián! ¡Tobián, termina el escándalo!”, suplica a gritos su madre minutos antes del mediodía, llorando de rabia y vergüenza e impotencia, “¡hazle caso a tu mamá, por favor!”, ruega alguien presente... con el torso desnudo y el inmundo pantalón a medio trasero, ve llegar a la policía; las vecinas salen de sus casas y el drogadicto intenta escapar torpemente y se cae y lo capturan y él gruñe y forcejea

— ¡¡¡GGGRRRRHHH!!!

Su madre llora de rabia y vergüenza

— ¡Viste lo que conseguiste! ¡Eso queríai, irte preso!

Lo tiran al furgón policial y lo esposan y la puerta se abre y se cierra violentamente, se enciende la baliza y toda la gente se queda en la calle comentando el show mientras se aleja estridente la sirena de *la yuta*, con el simpático Tobi adentro.

Los chismes durarán semanas y su mamá tendrá que bancárselos a diario.

Lógicamente, su familia no pudo seguir ignorando semejantes escenas los miércoles o los jueves o los lunes a las diez de la mañana o a las tres de la tarde -además que hace rato habían empezado a desaparecer cosas de su hogar, como algunas modestas joyas de su hermana o zapatillas de su hermano, o la afeitadora eléctrica de su padre- así que al final, su familia terminó echándolo de la casa.

Ahora parece que vive donde un pariente, una tía o un primo, nunca lo he sabido bien.

Trabaja en lo que sea un par de semanas y da un poco de su salario para pagar el gas, la luz y el agua y se droga y emborracha con todo el resto de la plata. Luego, *se pega la falla* y lo despiden y busca otro empleo de sueldo miserable, y vuelta a lo mismo.

Esa es su actual vida.

No pudo o no quiso, y quizá ahora tampoco quiere ni puede añorar otro tipo de existencia.

Fíjate: el tipo ha estado en el interior y en los extremos de casi todo Chile pero si no se encerraba en un bar a emborracharse o andaba por los rincones fumando pasta base, se enclaustraba en la habitación del hostal o de la residencial y veía televisión todo su tiempo libre. Y cuando salía a embriagarse o a *endurecerse* no conocía nada más que el camino hacia el bar o a la botillería o hacia El Tío del lugar; además, las únicas personas con las cuales interactuaba en esas salidas eran aquellas que lo llevaban a la botillería o en dirección al bar o la casa del traficante local.

Ya, ok. No importa que no haya disfrutado de sus anteriores viajes -“además que eran por trabajo y no por vacaciones”, se dijo muchas veces-, pero ahora él podría, si él quisiera, vivir la experiencia de realmente conocer otros lugares y otras gentes, otras costumbres, escuchar otros idiomas y ver casas de hace cien o quinientos o mil años, cerros, mares, ríos, animales exóticos, o perros en París, ¿ladrarán igual como ladran aquí? Si vas con una perrita a París, que haya vivido digamos cinco años en Santiago de Chile y que no está esterilizada, y la acercas a un perro francés, el perrito, ¿la olerá igual como huelen a las perritas acá en Chile?

Sentir el agua de una tropical lluvia bañando tu piel refrescándose del sofocante calor que te hace transpirar mientras recorres las ruinas de ciudades perdidas en medio de las selvas... el Sol y playas, las palmeras y las aguas turquesas en el caribe, la sequedad y soledad de las salitreras en el desierto de Atacama, sentarse junto a un moai, a una pirámide china o azteca o egipcia y a la esfinge y deslumbrarse de sus enormes tamaños; estar parada en medio de la Muralla China, escuchar historias de ciudades sumergidas observando un mar rodeado de montañas, como Platón dijo respecto a La Atlántida, conocer el muro de la Antártida, vivir una tormenta de nieve en los Himalayas a cuarenta grados bajo cero sintiendo al gélido viento golpearte esquiando a más de cien kilómetros por hora, ver una aurora boreal en Noruega o una polar en el Ártico, bucear con botellas, lanzarse en paracaídas como si fueras un ave de presa...

Tal vez podría ser un famoso ladrón, aquellos que asaltan bancos y joyerías o los que arrancan de cuajo los cajeros automáticos y huyen con cientos de millones.

No ser un simple “cogotero”, esos que aparecen por detrás de ti y te ponen una cuchilla en el cuello, en *el cogote*, y te quitan tus cosas...

No, nada de eso sino ser un reconocido, un verdadero ladrón; tampoco un “lanza”, escapista que roba y corre y toda la gente grita “¡agárrenlo, agárrenlo allá va!”; no, no uno de esos ni tampoco un mechero que hurta quesos en los supermercados o una corbata o un calzón en alguna tienda de ropa...

Él podría convertirse en un ladrón de categoría, que salga en los periódicos y en los noticiarios de la televisión y de la radio, y dejar de ser un miserable “doméstico”, la escoria que roba pequeñeces de las casas a las cuales les invitan: un reloj de pulsera a la pasada, un celular cargándose encima de la mesa, algunas pocas monedas o un par de billetes, una afeitadora eléctrica y un cenicero...

Los domésticos no tienen el coraje para otro tipo de delitos como narcotráfico o robo a mano armada, extorsión o secuestro; ni siquiera para un robo por sorpresa (¡sorpreeesaaa!).

Los domésticos son la calaña más baja del lumpen y todos y todas, lumpen o no, les despreciamos.

¿Y ser un hombre de negocios? ¿Te tinca? Kiyosaki y weás...

Un exitoso empresario que gane mucho dinero de manera legal y pueda comer exquisitas comidas y beber los mejores vinos, manejar lujosos autos y poseer a las mujeres más hermosas...

Pero no.

No quiso o no quiere, no supo o no sabe ni sabría cómo ser un famoso artista, un músico, un cantante o un bailarín o un actor o un humorista, o estudiar el misterio de las estrellas o ser el microbiólogo que desentraña la secreta existencia de la vida... o el filósofo que se asoma a la realidad total, que escribe excelentes libros y desarrolla razonamientos entretenidos e irrebatibles...

¿Y qué te parece el deporte?

Lograr ser parte del último partido del campeonato mundial de futbol, o jugar en la final de la Copa América o en el torneo nacional, o por último, pelear el tercer puesto en el campeonato del barrio...

Empeora todo el hecho de que la cultura y el arte nunca le fueron cercanos: su padre es medio analfabeto y su madre llegó hasta séptimo básico. Su hermano fue papá muy joven, terminó el liceo y llegó al trabajo y se separó de la mamá de sus hijos al poco tiempo -pero sigue viendo a sus pequeñines y dándoles el dinero de la manutención-; su hermana quedó embarazada antes de terminar la básica y del padre de aquel engendro (porque lo engendraron), nunca se supo.

El día a día de esa familia es trabajar, cocinar, comer, cuidar al engendro y ver la televisión y revisar cada cinco segundos las notificaciones que te chillan en el celu, y la salida que podría haberle otorgado a Tobián la lectura o cursar una carrera universitaria, jamás existió.

Sin embargo, sería injusto responsabilizar a su familia por la situación actual de este ente biológico: hay quienes crecieron rodeados de gente sumamente negativa y A PESAR DE eso, salieron del mierdal; por ejemplo, una madre alcohólica y drogadicta, resentida, frustrada y terriblemente violenta que golpea a sus hijos y pega al marido en frente de los chicos... pero aquellos niños crecieron y lograron salir de ese ambiente pues de alguna manera, sintieron interés por algo superior y persiguieron esas inquietudes, tomando un camino distinto al que les "obligaba" su situación inicial, llegando a ser personas notables y cariñosas con sus hijos e hijas, y esposas o maridos. Beethoven es un ejemplo -claro que nunca tuvo esposa ni hijos-; Bukowski es más o menos otro ejemplo, porque ama a Marina.

(Sabes, muchísimas veces uno se ve inmerso en situaciones en las cuales es necesario elegir:

“¿Acepto la invitación a tomar unas cervezas dónde Jorge?, pero ya he pasado toda la semana bebiendo y he llegado tarde a la *pega* o no he ido al gimnasio ni he estudiado para la prueba... pucha, son unas cervezas nomás pero el Jorge anda pagado y después de las cervezas va a comprar más cervezas y después ron y *coca* voy a terminar *raja curao* y sin ganas de levantarme temprano para ir a la universidad o al trabajo mañana, o para entrenar mi deporte favorito”.

Entonces uno la analiza y decide. Claro que la piensa y a veces la lucha es complicada, sobre todo cuando ya se cruzó la frontera del acostumbrarse a beber, a drogarse o a vegetar parado en la esquina fumándote un cigarro y comentando el partido de la liga europea, hablando huevadas y fumando cigarros con esos vecinos cesantes eternos que siempre están buscando *pega* pero que nunca la encuentran, o ya te es habitual estar todo el día echado en el sillón mirando la tele y viendo quién publicó qué en las redes sociales, o las respuestas y reacciones a los comentarios que hiciste comiendo toneladas de chatarra y bebiendo ríos de *coca cola zero*, aumentando de peso mientras se te tapan las arterias y te diagnostican pre-pre-pre-pre-diabetes, y después por orden médica o por las tuyas te farmaqueas con ganas...

Asimismo, también es terriblemente difícil sacudirse esa tristeza tan grande que te aqueja, quizá una derrota en algún proyecto amoroso o de cualquier índole, y dejar de lado la autolástima y decir:

¡YA ESTOY HARTO DE TANTA MIERDA!

¡YA ESTÁ BUENO DE LLORAR!

¡Sécate las lágrimas, levántate de la cama y date una tremenda ducha! ¡Vamos, tienes que seguir adelante!

Claro, decirlo es refácil.

Pero si lo pensamos bien, todas esas vivencias, desagradables o no, son vivencias y lo mejor es vivirlas, no disfrutarlas necesariamente, o quizás sí, disfrutarlas en el sentido de que *al ser vivencias*, tienes la certeza de que estás vivo,

¡DE QUE ESTÁS VIVO, HERMANO!

Y aunque estos pensamientos no son más que un burdo consuelo para tu existencia de mierda, wn, ¡Sirven! ¡Y sirven muchísimo!

El punto es que aquellas atroces situaciones pueden mantenerse o modificarse a voluntad: ¿sigo lamentándome por los errores que cometí con la chica o chico que me dejó, reprochándome lo que no hice o hice a medias, y arrepentido de lo que hice mal?

Ya he pasado un mes, tres meses, un año en la misma, ¿y qué obtuve? ¿Sólo llanto y angustia e insomnio, y una tos que no me deja dormir a causa de los millones de cigarros que me amanecí fumando y llorando mientras me martirizaba? ¿Eso nada más obtuve? (¡Ya, sí! ¡Eso nada más obtuve! ¡¿Y qué más querí que haga?! ¡DÉJAME EN PAZ!)

- ¡Espera! Todo este tiempo, todas las lágrimas y lamentos y cigarros y esta maldita tos, ¿sirvieron de algo, a fin de cuentas?
- ¡Claro que sirvieron, me desahogué!
- Ya, perfecto, te desahogaste. Y ahora, ¿te sientes mejor?
- No, en verdad no. Me siento igual que al principio, aún tengo pena y mi corazón sufre y mi mente sólo me grita lo idiota que fui...
- ¿Y te quieres seguir desahogando día tras día y noche tras noche?
- ¡No, obvio que no! ¡YA, PARA! ¡¡DÉJAME SOLA POR LA RECHUCHA!!

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Me levanto de la cama oigo tirada?

Al final, si ya me siento incómoda y me desagrada la situación, algo haré para dejar de beber o no tomar tanto, cuidar mi trabajo o encontrarme uno, no faltar más a la universidad, debo fumar menos, tengo que adelgazar, necesito descubrir algo que me sirva en la vida y que me motive y enfocarme en eso, hacer más ejercicio, hablar mejor, comer mejor, aprender inglés...

Pero debes estar súper claro que los resultados no se verán al otro día, ni al siguiente, ni al posterior, no, para nada: debes ser constante y no dejar de pensar en la situación a la cual deseas llegar; incluso, tienes que hablar como si ya estuvieses en esa situación en la que quieras estar, y hacer lo imposible por lograr lo que te propusiste.

Dicen que no es tan difícil lograr lo imposible cuando **REALMENTE** quieras lograr **CON TODA TU ALMA**, aquello que te propusiste...

Tobián es el ejemplo de que lo imposible, es imposible (¿?).

Mira a los árboles, ¿has visto alguna vez el proceso de su crecimiento? Jamás reparaste en ello pero él arbolito creció y creció y una tarde, la gigantesca sombra de lo que ayer fue tan sólo una ramita te cobijó mientras comías tu comidita o leías tu librito, o fumabas tu cigarrito o escribías tu poemita tomando tu juguito de frutitas o tus cervecitas.

Has de enfocarte y muy, muy pronto, te verás cruzando la meta o ya del otro lado, y la calificación que necesitas o el empleo que deseas o el viaje que tanto anhelas, o la chica que te prendió el corazón, una o todas esas cosas, llegarán a ti (y si no llegan, bueno, quizás eso igual está bien).

Y una mañana cualquiera notarás que ese lindo vestido ya no te aprieta, o que los músculos de tus pectorales se han desarrollado, que ya no toses tanto y no necesitas fumarte la cajetilla entera y que la tipa que te dejó, poco a poco, se interesa nuevamente en ti y si nunca más respondió a tus llamadas ni quiso verte, te darás cuenta de que ya no imaginas encontrártela por la calle...

No.

Ya no ocuparas energía en aquello sino que tu atención se enfocará absolutamente en PERDONARTE y así sanar tu preciosa Alma, o en fortalecerla si ya las dolorosas heridas se han cerrado.

Trabaja sin descanso para alcanzar tu objetivo.

¡El futuro *ES ESTE MOMENTO!*

El tiempo es veloz y lo que hagas ahora lo disfrutarás en el ahora que está una semana o un año o un minuto en el mañana.

Apunta allí y no olvides gozar también del día a día, pues no conoces el instante en el cual la muerte tomará tu mano.

En algún momento Tobián debió escoger y escogió mal y ahora está donde está y la culpa no la tiene la pobla en donde creció (yo también crecí allí, a una cuadra de su casa, y me drogué y emborraché con él pero ahora lees esta novela) ni tampoco tuvo la culpa la ignorancia de su familia: ha sido su propia falta de voluntad, claridad y curiosidad la que cavó la tumba para una existencia distinta a la que tiene y a la cual la pasta base, con cada pipazo, entierra un milímetro más.

Pero la vida da infinitas vueltas y quizá la providencia del destino le tenga deparado un mañana increíblemente mejor...

El futuro es ahora, hermana, y todo depende de ti.

Jamás lo olvides.)

— ¿Qué onda Tobi, en qué andai? -sonrió levantando mis cejas, respondiendo a su desganado saludo cuando me lo encuentro sentado en este único banco de la plaza-.

— Nada poh... aquí, pasando el rato... -me dice-.

— ¿Tomémonos una cervecita? -le pregunto-.

— ¡Ah, ya poh! -responde alegre a mi invitación-.

Le mostré la botella vacía, se levantó arrojando la humeante colilla y caminamos a la botillería. Compramos la *chela*, volvimos a la plaza y acabamos ese litro que luego se convirtió en dos y después en seis.

Medio borracho ya, metí la mano a mi bolsillo y saqué un billete de cinco lukas. Me puse de pie para ir nuevamente a la *boti* pero me volví a sentar pues recordé que yo tenía el dinero, y como el tipo hace rato que era *un nadie*, yo podía darle órdenes y mandarlo a comprar:

“¡Y tráeme unos cigarros también!”

Yo era el jefe y mientras me quedara plata, Tobián estaría bajo mi voluntad: “sácate la ropa y baila, y te regalo cinco monos”. De seguro lo haría. Hasta por uno.

Pensé eso pero después se me olvidó porque no lo mandé a comprar, sino que me vi caminando a su lado hacia la botillería.

Si los mandas a comprar, estos drogos siempre intentarán recortarse algunos pesos, traer algo más barato o quedarse con todo o parte del vuelto -dependiendo del nivel de lucidez en el cual uno esté al pasarles la plata-.

Y él suponía que si yo lo estaba mandando a comprar cervezas, más tarde le diría también que fuese a comprar unos monos.

Tobián pensaba eso a causa de todas las noches en las cuales me lo topé borracho, yo estando ebrio, muy ebrio, y al verlo (yo no tenía planeado fumar pasta, de hecho ni siquiera andaba pensando en drogarme), digo *solamente con verlo* me daban ganas de pegarme los pipazos. Entonces le pasaba dinero y le ordenaba ir a comprar cervezas y monos y cigarros, y fumábamos pasta y bebíamos cervezas o vino y yo siempre me tomaba casi todo el copete porque cuando este wn se endurecía, prefería mantener “la volá” de la pasta y no “paquiarla” con el copete. Yo siempre prefería tomar y básicamente yo era un wn borracho fumando pasta y tomando, riendo y vasilando, nunca Gárgola.

Y si no eran aquellas situaciones y habíamos estado tomando durante mucho rato pero no me habían dado ganas de fumar pasturris, empezaba él a tirar indirectas: “falta su marcianito... el otro día compré unos monos donde la Teresa y salieron grandes, jeron los medios gorilas, hermano! La tía me dio dos monitos por luka y media...”

Si esto no da resultado y él ya está borracho por la falta de pasta -acuérdate que la pasta es como la coca pero más intensa y más efímera (y más barata)-, este tipo dirá que me empeña el celular o que yo le preste unos billetes e intentará que acepte su carnet de identidad como seguro de que tendrá mi dinero de vuelta.

Yo le diré que no y él se desesperará y hablará cada vez más y más del préstamo/empeño insistiendo cada treinta segundos en que le pase plata y llevando todos los temas de conversación hacia la pasturri.

¡Ja ja ja! Mira, me acordé de algo para que veas cómo es el angustiado éste: un primero de enero, casi una hora después del amanecer, me lo encontré en esta misma plaza en la que estamos cerveciando ahora.

Con tres tipos más, él bebía unas botellas de vino. Todos estaban muy borrachos. Yo andaba con un amigo, Javier se llama, nos acercamos al grupo y nos ofrecieron unos tragos, los que por supuesto aceptamos.

Hablamos de nuestras juergas del año que había recién acabado, de lo bien que lo habíamos pasado, del copete que tomamos y de las chicas que amamos y que nos amaron y de las que amamos y que nos engañaron, un sorbo de vino tras otro, una botella y luego la siguiente.

No recuerdo bien cuánto rato después empezó el show de don ex-salame, molestando y ofreciéndonos insistenteamente a mí y a Javier empeñarnos su puto teléfono.

El angurriente del Tobi insistía y nosotros bebíamos y no lo tomábamos en cuenta, y bebíamos e insistía, una y otra vez. Fumábamos cigarros y seguía molestando, “si no me quieren empeñar el teléfono entonces présteme plata, les dejo mi carnet como prenda”, decía.

Después apareció alguien con una botella de ron y mientras Tobián más tomaba más molesto se volvía y era por momentos suplicante y hablaba con voz traposa, “ya poh, Cirilongo, por favor, empéñamelo, es mi teléfono, seguro te pago, créeme por favor”; y a ratos era enérgico, “¡PRÉSTAME DIEZ MIL PESOS, JAVIER! ¡TE LOS VOY A DEVOLVER! ¡TE DEJO MI CARNET Y MI TELÉFONO COMO PRENDA!”. También se enojaba y *cobraba sentimientos*: “¡chiquillos, yo los conozco de siempre! ¿Y ahora me hacen esta desconocida?”, nos decía pero nosotros no lo tomábamos en cuenta y bebíamos y conversábamos y reíamos, y luego Tobián volvía al tono mendicante... me parece que abrimos otra botella de ron y una de bebida, y de ahí se *me apagó la tele*.

Una terrible sed me despertó pasadas las cuatro de la tarde. Sentía la boca y la garganta más secas que escupo de camello.

Al ir a comprar un agua mineral heladita, supe que el Tobi andaba todo borracho buscando su teléfono. Me topé con Javier en un almacén y me contó que el angurri había ido a su casa cerca del mediodía, y más encima *raja curao*:

- ¡Oye Javier! ¡Pásame el teléfono! ¡Tú te lo quedaste en la mañana!
- ¡De qué tay hablando! ¡Tú lo andabai ofreciendo a todos! Yo ni tomé tu celular...
- ¡Mentira! El Cirilo me dijo que tú lo teniai ¡Pásamelo!
- ¡Estás loco! Yo tengo un teléfono mejor, ¿para qué voy a querer el tuyo? Se te perdió ¡Estabai muy borracho!
- ¡No se me perdió! ¡Tú lo tení! ¡El Cirilo me dijo!
- ¡Estái alucinando! ¡Yo no lo tengo! Se lo pasaste... se lo pasaste a uno de los que andaban contigo...
- ¡Mentira!... a ver, según tú, ¡¿a quién se lo pasé?!
- Al, al flaco ése, ese que tenía la chaqueta negra...
- ¿Se lo pasé al Bairon?
- ¡Sí, hermano! ¡Al Bairon! ¡Se lo pasaste al Bairon!
- ¿Estai seguro?
- Totalmente.
- Ya, voy a ir donde el Bairon y le voy a decir que me pase el teléfono... le voy a decir al Bairon que tú me dijiste que él lo tenía.

“¡Decía que lo tenía yo y era una cagá de teléfono, hermano! ¡Ja ja ja! Para que se fuera, se me ocurrió decirle que un amigo suyo se lo había robado. Yo ni sé qué pasó con su mierda de celular”, me dijo Javier mientras bebíamos el agua mineral afuera del almacén.

Al día siguiente supe que el Tobián también había ido a mi casa. En aquel momento mi vecina regaba su jardín y me dejó dicho con ella que el Javier le había dicho que yo tenía su teléfono, y que se lo fuera a dejar de inmediato. El wn me anduvo buscando una semana, pero no me encontró: cuando me iba a buscar y yo estaba en mi casa, yo no salía a atenderlo.

Siguió yendo a molestar a la casa de mi amigo Javier de día, de noche o de madrugada pero cuando Javier estaba tampoco salía y cuando no salía o no estaba y era su mamá quien atendía al Tobi, el Tobi *raja curao* le dejaba dicho a ella que le dijera al Javier que yo le había dicho a él que el Javier tenía su teléfono, y que se lo fuera a dejar de inmediato, le decía a la señora pal pico de curao.

Hasta febrero, cuando me lo topaba por ahí, seguía *weando*: que no le importaba el teléfono en sí mismo sino las fotos del cumpleaños de su hija y bla bla. Yo le decía lo mismo que le había dicho el Javier, que se lo habían robado los tipos con los que andaba.

— ¿Para qué te juntai con ellos, compadre? -le aconsejaba al Tobi-, esos puro que fuman pasta y tú no eres así, hermano. Andan contigo solamente cuando te ven con plata...

— Tienes razón, Ciri, yo no soy así. Me tomo mi vino y a veces me fumo mis monos, pero yo no soy drogadicto...

“Oye, Tobi, y al final, esa vez del año nuevo, ¿recuperaste tu teléfono?”, le pregunto mientras estamos regresando de la botillería, para seguir tomando en el único asiento de esta plaza que los *flaites* no han quemado.

— No, hermano... Me cagó el Bairon, yo lo vi. Después que el Javier me dijo que el Bairon se había quedado con mi teléfono, ahí me acordé...

— Mala volá el loquito... -le dije-.

— Sí, hermano, mala volá... -me respondió-.

Aquel lejano primer día del año después de conversar con Javier en el almacén, llegué a mi casa con la botella de agua mineral hasta la mitad, me tendí en la cama y dormí como tres horas. Salí a la calle y al rato de caminar, paré a dos tipos muy borrachos, hablé con ellos y me dieron cuarenta lukas por el teléfono del *angurri* Tobi ¡Ja ja ja!

¡Ah, ya! Volviendo a la novela... bueno, tú sabes que existen situaciones que por más reales que hayan sido siempre parecerán inverosímiles al contarlas, y de cualquier manera que lo hagas, nunca dejarán de sonar increíbles.

Esa vez en la plaza cuando me topé al Tobi y lo invité a unas cervezas, después me prendí y me dieron ganas de un vino tinto así que le dije al Tobi cuando se acabaron las cervezas “se acabó la chela, vamos por un tintito ahora”.

Fuimos a la botillería y regresamos y mientras le dábamos el bajo al *tintolio*, recordé cuando un martes por lo tarde, a eso de las cinco, leía yo tranquilamente por segunda vez Colmillo Blanco, metido hasta las narices en el salvaje cubil de la Loba de Jack.

Inauguraba así la lectura en mi cama nueva: mi camita King recientemente comprada a un vecino que trabaja en una gran tienda y a quien le obsequian algunos muebles, y según lo que uno le pida, a la semana siguiente te avisa que le han regalado justito lo mismo que le habías encargado. Me la vendió en la mitad del precio que figuraba en la etiqueta de la cama, colchón incluido.

“Durante dos días la loba y el Tuerto se mantuvieron en las cercanías del campamento. El lobo estaba preocupad

— ¡CIIIRIIILOOOO!

— ¡Puta la weá, es el Tobi! -me dije al reconocer su fea voz-.

Esperé unos segundos, y decidí ignorarlo; continué leyendo: "El lobo estaba preocupado y no perdía sus aprensiones, aunque el campamento atraía a su compañera, que se resistía a alejarse. Pero ya no dudaron más cuando una mañana se llenó el aire del estampido de un disparo de rifle, cuya bala fue a incrustarse en la carne de su hombro."

- ¡¡¡CHIIIIIRIIIIILOOOOOOOOOO!!!
 - ¡Qué weá! ¡Que no pueda uno leer tranquilo! -grité exasperado, cerrando el libro-.

“¿Qué quiere este culiao ahora? Capaz que venga a decirme si le quiero comprar un viejo pantalón, unos lentes que no me gustan, un celular que no necesito o unas zapatillas que me quedarán chicas”, pensé enojado.

No era la primera vez que venía a la casa a molestar ofreciéndome cosas. Ya lo había hecho un domingo, un viernes o un lunes a las diez de la mañana, a las cinco de la tarde, a las doce de la noche o a las tres de la madrugada. Sabía que incomodaba mas no le importaba total, mientras consiguiera la plata pa' sus pipazos, todo le daba lo mismo.

Guardé silencio esperanzado en que se aburriera y se fuera y así poder leer tranquilo tendido en mi camita nueva pero siguió llamando y llamando

- jjC|||R||||Loooooooooooooooooooo!!
—iiiijC|||R||||Loooooooooooooooooooo!!!!

A cada llamado, con cada vez que yo escuchaba su horrenda voz mi intranquilidad aumentaba y se hacía insoportable mi incomodidad; después de siete “¡CIRIIIILOOOO’s!” me di cuenta que el bastardo culiao no me dejaría leer tranquilo si yo no salía a atenderlo.

Me levanté de la cama dejando a la Loba y al Tuerto sobre ella, me acerqué a la ventana, corrí un poquito la cortina y lo vi mirando angustiado (“asustados” les dicen en otros países a los angustiados) de un lado al otro. Llamaron mi atención unos libros que tenía en las manos y otros afirmados bajo el brazo izquierdo, ya que alguien como él, cargando textos, era realmente una novedad. “¿Qué anda trayendo este drogo ahora?”, me dije sonriendo. Saqué unos billetes del cajón de mi velador y me los puse en el bolsillo, bajé la escalera, abrí la puerta de la casa y luego la de la reja y salí a perder el tiempo un rato.

- ¿Cómo va, comadre? -lo saludé amistosamente-.
- Nada poh, Ciri. Pasaba a conversar contigo un rato... -dijo respondiendo mi saludo-.
- Ahhh... ¿Y esos libros? -inquirí con falso desinterés-.
- A ti te gusta leer, siempre te veo leyendo en la plaza... me faltan unos pesos, tú sabí poh... -me dijo en tono suplicante y con cara de angustia-.
- “A ‘er, deja cashar...” -le dije sonriendo mientras recibía los libros desde sus tiritonas y sucias manos-.

Mi asombro fue mayúsculo cuando noté que andaba trayendo “Las Aventuras del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, original y con el volumen uno y dos en el mismo texto, de la colección “Libro Amigo”, de editorial Bruguera.

Lo tomé mostrando mi máxima indiferencia, y lo vi en mis manos, completito.

¡Ahora comencé a tiritar yo, hermano! ¡Cuando leí que era primera edición!

Intenté disimular mi rostro compungido de angustia... era como cuando este weón compraba pasta... apenas con un hilo de voz, le dije con voz temblorosa y entrecortada:

— Dé, déjame ver... deja ver ese otro... hermano, porfa...

¡Estuve a punto de llorar!

Además del Caballero de los Leones, me venía a ofrecer un libro con tapas de cartón forrado rojo y hojas muy delgadas y elegantes, con una seda color morada como marcador de página: “Así habló Zarathustra”, editado por Six-Barral y de una colección llamada “Clásicos” que en mi lectora vida jamás había visto ¡Y del año 1932!

Sus olorosas y amarillas páginas... y en perfecto estado de conservación... la weá loca...

Pero aún faltaba más ¡Casi doy un grito!: “Ciudadela”, de Saint-Exupéry, primera edición y en francés, y también en perfecto estado de conservación Y AUTOGRAFIADO...

¡AUTOGRAFIADO POR EL AUTOR DEL PRINCIPIO, HERMANA!

Aquello era totalmente absurdo.

Con un libro en mi mano izquierda y dos en la derecha, miraba ahora éste y ahora el otro y después nuevamente el primero ojeándolos todo el rato despectivamente.

“Son buenos estos libros, yo los leí y son buenos”, me dijo. “Sí, claro weón, demás que los leíste”, pensé, y ese pensamiento me dio risa.

— ¡Ja ja ja! La weá... Ja ja ja...
— ¿Y de qué te reís? ¡Si yo los leí!

Me puse los textos bajo el brazo derecho y metí mi mano izquierda en el bolsillo de mi pantalón.

- Yo los leí... en serio... -me dijo como con cara de pena, casi suplicante-.
- Ja ja ja ¿Y quién te dice lo contrario? Me río de un chiste que me acordé... Ja ja ja, la weá... ya, ya, ¿y cuánto querí por estas weás? -le dije-.
- ¿Cómo que “weás”, Cirilo? Son libros, yo los leí y son buenos... -me dijo casi llorando-.
- Ya ya, cuánto.
- Dame, dame cinco mil por cada uno, están buenos los libros...
- ¡Saaale! ¡Ni cagando! Por ayudarte te doy siete lukas por las tres weás, toma.
- Pero...
- Ya, ya, toma -dije mientras ponía los billetes en el bolsillo de su pantalón-.
- ¡Shaaaa! Pero si son buenos estos libros, yo los leí y son buenos! -intentó reclamar-.
- ¡Si te salen más, tráemelos y te los compro! -le dije mientras cerraba la puerta de la reja en su cara de pasturri, subiendo inmediatamente de a tres peldaños la escalera hasta mi habitación, con tremendas joyitas bajo el brazo directo a mi camita nueva: Jack, te llegó compañía-.

Pero debo decirte que en verdad, después de cerrarle la puerta en la cara al Tobi, yo no subí directo a mi pieza: primero fui al baño y desinfecté con alcohol en spray los libros y me lavé bien las manos con cloro, y recién ahí me fui a seguir leyendo en mi pieza. Te lo digo ahora porque si hubiese escrito esto en el párrafo anterior, habrías pensado “¡uyyyy la weá neurótica!”.

Desde aquella tarde, el Tobi vino todas las semanas a venderme libros, tres o siete por vez y yo siempre le pagaba muchísimo menos de lo que él me pedía. Llegaba con libros de filosofía, de historia, de sicología, textos de Nietzsche en alemán y autografiados (copias del autógrafo original), con la compilación de los relatos que la esposa de Hemingway perdió en aquella estación de trenes, con textos de Dostoievski con notas de su puño y letra (notas que también eran copias de las originales)...

¡Sé que no me creerás, pero todo es cierto!

Siempre me traía ediciones de calidad en las traducciones y en las encuadernaciones y en perfecto estado de conservación, y como yo sabía lo que me estaba ofreciendo, le compraba todos los libros.

Esto duró cerca de dos meses.

Después el tipo se hizo humo y como me había devorado hace rato los libros que me había vendido, lo comencé a extrañar: “ha de estar en la cárcel, en el hospital o en el cementerio, en alguna fosa común”, yo pensaba.

Pero luego reapareció y volvió a traerme textos, aunque ya no venía tan seguido. En total, debo haberle comprado cerca de cincuenta libros.

Donde lo veía siempre le decía “¡Ya poh, Tobi! ¡Cuando te salgan más anda pa’ la casa!”

— Ya, hermano -me respondía-.

No tengo la más puta idea desde dónde sacaba los libros. De seguro se *los pelaba* pero uno no va por la vida preguntando dónde se roban los artículos que los delincuentes te van a vender, eso no se pregunta, y no se dice “róbate más y me los vendes”, sino que tienes que decir “si te salen más -más de las cosas que uno desea, celulares, zapatillas, notebooks, mochilas, cámaras fotográficas y gopros, televisores, refrigeradores y cadenas o anillos de oro- me las traes”, así se dice.

Fíjate de lo siguiente: a pesar que Chile tiene el impuesto MÁS ALTO DEL MUNDO para los libros, la ignorancia idiosincrática de este país aleja muchísimo la posibilidad de ir a prisión por comprar libros robados.

De hecho, de todos los ladrones y narcos y estafadores y gente del hampa o relacionados con ellos con los cuales he tenido contacto, JAMÁS he conocido a nadie que haya estado preso en Chile por comprar o robar o falsificar libros, ni tampoco he sabido por boca de ellos que alguien hubiese sido condenado por algo que tuviera que ver con el comercio de literatura. Pero en todo caso, a Alejandra Matus le censuraron “El Libro Negro de la Justicia Chilena”, y la iban a *encanar* y se tuvo que arrancar de Chile.... y esto sucedió **en 1999...** casi en el siglo veintiuno.

The screenshot shows a news article from the website t13.cl. The title of the article is "Pelea entre comerciantes termina una víctima fatal" (Fight between vendors ends in one fatal victim). The article is dated "29 de Octubre de 2025 - 21:13 hrs." and is written by "Daniela Lobos". The text of the article discusses a fatal fight between street vendors in Chile, mentioning a fatal injury to one of the vendors. There are social sharing icons for Facebook, X, and WhatsApp, as well as a "mow" button to listen to a summary of the note. A sidebar on the right shows an advertisement for porcelain stoves.

La pelea se habría dado por una disputa territorial para instalar los puestos de ambos comerciantes.

Una **fatal riña** se produjo en la intersección de **San Diego con Alameda** durante la tarde de este miércoles. Según los primeros antecedentes, **dos comerciantes ambulantes que vendían libros** habrían protagonizado una pelea, aparentemente, por una **disputa territorial** para poder instalar sus puestos.

El hecho sucedió cerca de las 15:30, por el costado de la casa de estudios de la Universidad de Chile. Preliminarmente, se habla de que las dos personas **habrían usado tipos de estoques para agredirse** entre si.

Luego de la pelea, ambas personas llegaron con heridas de arma blanca hasta la exPosta Central. Allí, **una de ellas falleció tras recibir un fatal corte en la cabeza**. La víctima fatal tenía 35 años de edad.

[Video](#) de la noticia

Como te dije, nunca supe de dónde obtenía semejante mercancía y una vez pensé comprarle la info, pero me podía cagar así que no.

Obviamente que el Tobián no compraba los libros, y además nadie le regalaría títulos de esa categoría y él tampoco los sacaba de su casa pues allí puro que ven tele y andan pendientes de las fotos e historias y memes en el celu.

Tampoco me hace sentido que alguien que leyera ese tipo de libros le tuviera la confianza necesaria como para hacerlo pasar a su casa, y dejándolo solo unos momentos, darle la oportunidad de *domestiqueárselos*.

Por otra parte, este pastero jamás se interesaría en pertenecer a una biblioteca, y si alguna vez fue socio y gracias a su membresía adquiría los libros, los textos no tenían ningún tipo de tarjeta o número de clasificación ni identificación.

Si los hubiese robado de alguna librería -y te aseguro que no era el caso pues este angurri no tenía el coraje de robar en comercios y mucho menos hurtaría libros de las tiendas-, los artículos de la librería deberían tener alguna alarma o un código de barra o se notaría que lo tenían y se lo sacaron, y sería un sinsentido que después de robados el tipo les quitara dichos códigos o alarmas o borrara las huellas de que el libro había tenido alguna protección; no, todo lo contrario, se los dejaría para que pudieran aumentar el valor de la mercancía ya que en el bajo mundo, valen más los artículos que tengan alguna prueba de que se arriesgó la libertad o la vida en adquirirlos (obvio que les sacas la alarma después).

Ya, volviendo a la plaza: con el Tobi nos habíamos acabado el tinto y ya íbamos en la mitad del segundo vino y ahí sentados, yo seguía a ratos pensando en eso de los libros que este weón me vendía, de dónde podía sacarlos o a quién cagaba o de dónde los robaba, y ya totalmente borracho le grité de pronto: “¡Nooo mmmme haaaas traíddo libros!... ¡¿Cuándo te ¡Hik! cuándo te van a saliiir más?!”

- De repente... de repente me salen -dijo mirando a la distancia-.
- ¡¿De dónnnde los ¡Hik! los saaacas?! -dijo alzando nuevamente la voz-.
- ...
- Dime, poh... comp¡Hik!, compadre... -le rogué amistosamente y con voz traposa- yo no le cuento a nadie y tú sabí que ¡Hik! tú sabbbí que siempre te, te los compro... dime ¡hik!, dime de dónde los sacai poh, los libros...
- De por ahí no más, de repente me salen -dijo estirando su mano pidiéndome un cigarro. Le pasé un cigarro y le alargué el encendedor con la esperanza de que me contara la verdad de los libros, pero el culiao se quedó *piola* y no me dijo nada-.

Dando un sorbo a la botella de vino y prendiendo también un cigarro para mí, continué agresivo.

- ¡Naddie te va a commprar los ¡Hik! los libros que me traís! ¡No saben ni leer estos we, ones ignorantes de mieeerda! ¡Tráeme más libros! ¡Nadie ¡Hik! nadie te toma, te toma en serio cuando se los hai ofrecido!

El Tobi fumaba en silencio.

Di una profunda calada a mi cigarro y proseguí, pero más calmado ahora:

— La sabiduría... hermano, es ¡Hik! es una tremenda sabiduría leer, es lo mejor que existe en la vida... leer, a mí mre, me, me gusssta leer, leeeeer y viajaar, y ¡Hik! también culiar, ¡opbvio! ¡Viajar y leeeeer, leer mientras se viaja ¡Ja ja ja! Mientras te, te la follas o la chica te come ¡Hik! te comea su gusto y después ni se acuerda de ti... ¡Ja Ja Ja! Aunque igual es entretenido mirar el paisaje -doy otra larga fumada-... pero ¡Hik! pero en la micro a la universidad o a la casa me voy leyennndo porque ¡Hik! el, el paisaje ya lo conozco... es lo mejor leer, leer, hermmmanito... tú, tu deberia leer... ¡Tráeme más libros, yo te los compro y te pago bien! -le dije todo curao y amistoso y lo abracé hipócritamente.

Saqué de mi bolsillo un billete de \$20 mil, se lo mostré y le dije “ya poh Tobi¡Hik! Tobi... mira, yo aqqqui tenggo plat, plata”.

El Tobi no me escuchó o se hizo el que no me escuchaba. Lo miré fijamente con mi cara de malo y marcando cada sílaba, lo fui golpeando en el pecho con el dedo índice de mi mano izquierda a medida que le decía

“TRÁ-E-ME MÁS LI-BROS A-HO-RA”

Yo golpeaba su pecho y el Tobi me observaba impotente mientras echaba para atrás su torso con cada golpe que le daba en cada sílaba que yo silababa, y como el wn no se defendió ni alegó por los golpes a mí me gustó sentirme poderoso y me dieron ganas de agarrarlo del pelo, tirarlo al suelo y patearlo, así que...

Alargo mi mano hacia el Tobi y le paso el billete de veinte mil pesos, mandándolo a traerme más libros y que traiga otro vino-.

El Tobi me recibe el billete y se pone de pie, y comienza a caminar cabizbajo a la botillería.

—¡Trá ¡Hik! tráeme esos libros que siemp ¡Hik! que siempre me vendes... y un vinito tinto! ¡Un Cabernet, cualquier marca! -le grito-.

Le veo alejarse y me echo para atrás en la banca, doy una profunda fumada y cerrando mis ojos, pienso en los textos que me traerá esta vez.

“Unos de Alberto Mor¡Hik! Moravia, es, estarían bien...”, me digo.

Boto el humo del cigarro lentamente, abro mis ojos y al enderezarme en la banca veo que todo da vueltas, las calles y los vehículos y los árboles y el cielo y los postes de luz y entre los espirales del alcohol que giran y giran, veo al Tobi torcer el rumbo hacia la calle del Tío.

Durante unos instantes no aparece nada en mi mente, nada excepto el pastabasero éste dirigiéndose a la casa del traficante.

“¡Feo culiao!”, me digo sobresaltado. Me pongo de pie y lo sigo tambaleante.

—¡OYE, CONCHETUMADRE! -le grito-.

Apuro el paso, el tipo me mira como de reojo y camina más rápido.

Comienzo a trotar torpemente y él se volteá un poco y me mira y empieza a huir y yo lo persigo trastabillando y llamándolo “¡OYE CULIAO! ¡TERMINA EL SHOW, POH! ¡VEN!” le grito con lengua traposa y continúo corriendo cada vez más aprisa, chocando contra las rejas de las casas.

— ¡TOBI! ¡OYEEE CONCHETUMAAARE, DETENTE!

El tipo corre hacia los brazos del Tío y se volteá y me mira y sigue corriendo y corriendo y no se detiene.

— ¡¡TOBIÁN!! ¡¡TOBIÁN!! -le grito corriendo-

Once y media de la noche de un frío domingo de principios de junio.

Anoche llovió.

Mis gritos resuenan en las dormidas casas de la pobla.

— ¡¡TOBIÁN!!

Tremendo espectáculo por las calles vacías y mojadas que reflejan las amarillas luces del alumbrado público.

— ¡¡TOBIÁN!! ¡¡OYE, WEÓN!!

El drogo sigue corriendo.

—¡OYE HIJO DE LA GRAN REPUTA! ¡TE VOY A MATAR, CONCHETUMADRE! -grito mientras corro chocando de lado contra un árbol-.

Apenas si me puedo equilibrar, tropiezo y resbalo y caigo sobre un charco de agua, me pongo de pie y continúo borracho y mojado y embarrado corriendo tras el Tobi.

El pasturri huye enajenado pero yo le acorto distancia y él corre y yo corro y él volteá y me mira y continúa su desesperada carrera hacia la casa del Tío...

— ¡PARATE AHÍ, BASTARDO RECULAO! ¡OYE! ¡PASTERO Y LA MALDITA QUE TE CAGÓ!

Corre y yo corro y gira su cabeza y me mira

— ¡VUELVE CONCHETUMADRE!

Corre y corro y estoy a diez metros de alcanzarlo y el Tobi corre y yo corro a cinco metros “¡PÁRATE AHÍ PASTERO CULIAO!” le grito y el Tobi corre y lo estoy alcanzando a cuatro metros y a tres y a dos y el Tobi corre y dobla en una esqui

iiiÑ!!!!

iiiCRAASHH!!!!

El drogo vuela... vuela y cae, ¡PUM! ¡PLAF!

Su cuerpo se estrella en el suelo como un saco de papas y la camioneta se detiene bruscamente. Tobián se retuerce al medio de la calle convulsionando y vomitando sangre y el conductor de la camioneta me mira con la boca abierta y entre el vaho de mi respiración agitada saliendo por mi boca y mi nariz yo miro al chofer y el chofer me mira con infinita cara de espanto... quemando las llantas la camioneta retrocede y huye a la velocidad de la luz.

La policía llega.

En el estado en el que me encuentro, aseguran que yo lo empujé.

Radiopatrullas, comisarías, calabozos, delincuentes, tribunales, fiscales, abogados, jueces... noches y noches en cana.

Mi borrachera se extingue en el preciso instante en el cual veo el cuerpo del Tobi convulsionando en la calle y vomitando sangre mientras ruje la quemada de llantas de la camioneta.

La camioneta huye y yo voy a buscar rápidamente mi billete que quedó tirado en la calle.

Ni siquiera miro al angustiado pero de reojo veo que ahora yace completamente inmóvil tendido de espaldas, con una pierna hecha trizas y el fémur de la otra saliendo desde su muslo izquierdo por entremedio del pantalón rajado... su cráneo borbotea una increíble cantidad de sangre formando una poza que crece silenciosa y velozmente. Ya no vomita sangre.

Me agacho y tomo mi billete y me alejo caminando muy rápido, volteando a ratos para ver si alguien se asoma a la reja o sale de su casa y se acerca para auxiliar al Tobi.

Nadie lo hace.

Comienzo a trotar y no dejo de sentir rabia con el Tobi porque el wn ya no me venderá más libros.

Llego a mi casa y entro sin encender las luces, subo sililosamente la escalera y me encierro con pestillo en mi habitación.

¿Un Resentido Social?

En el ghetto, sobrevivir es una lucha diaria.

En esta pobla y en cualquier otro barrio marginal de Chile y del mundo.

Los ricachones dueños de las empresas en las cuales ganas el pan diario para tu familia, y que también te explotan; los cuicos, esos que son propietarios de los colegios y universidades que te moldean e indoctrinan a través de la educación, y que te otorgan el diploma para acceder a trabajos profesionales y ganar dos millones de pesos o más; los magnates de los medios de comunicación que te entretienen e informan, desinforman y manipulan y quienes crean las leyes que te protegen y dominan, para toda esa gente esto es un juego, la delincuencia, la marginalidad y la pobreza son un divertimento para ellos: en sus cenas de negocios se ríen de “las niñas prostitutas” y de los adictos a la pasta base. Se burlan de ti todos aquellos que visten ropas que no podrías comprar con un año de tu miserable sueldo, y las señoras bien que usan cosméticos cuyo precio es igual a cuatro o veinte de tus salarios completos.

Famosos actores, actrices y animadoras “tiran la talla” en sus programas de radio y tv imitando la forma de hablar y moverse de los flaites, de los marginales; ven todo esto como si fuese una moda.

Esas gentes cuicas existen en un mundo de absoluta fantasía respecto a las poblas...

Un día, una mitad de él, un par de horas o tan sólo una sola bastaría para que conocieran el mundo real que se vive a poquísimos kilómetros de sus mansiones, empresas, canales de televisión y radioemisoras.

En el ghetto, la muerte está en cada esquina; te espera y te alcanza cuando vas a trabajar, a estudiar, a dejar a tu mina a su casa o caminando a comprar el pan al almacén de siempre.

Allí va la *morte*, disfrazada de policía militarizada que pasa en su ronda, se detienen frente a ti y a punta de subametralladora te obligan a subir a la radiopatrulla para realizar un control de identidad.

Eufóricos de droga te revisan buscando qué robarte.

Después te comenzarán a golpear.

Les gusta la sangre y te torturan, así de simple: son la ley y nada puedes contra ellos.

Tal vez se les pase la mano -casi siempre se les pasa- y entonces entrarás a la lista de detenidos-desaparecidos en democracia: aunque no salen en la televisión, no les mencionan en las radios ni los periódicos muestran sus fotografías, ya suman cientos de miles en todo el país.

Una tarde cualquiera caminas por las calles de la pobla, y sientes que alguien te sigue.

Te acorta distancia, ya casi roza tu espalda y ahora te agarra para meterte a la fuerza en su barca: es Caronte transformado en *bala loca*.

Mientras lees el libro de moda, ves televisión o juegas con tu pequeña hija de tres años, un proyectil rompe el vidrio de la ventana y se mete en la muralla a dos metros de ti, destruye en mil pedazos el televisor, destroza el libro o revienta la cabeza de tu hija cuando la tienes en los brazos: sus sonrisas, su cerebro y su sangre bañan tu rostro, el cual refleja la muerte de tu Alma...

La bala loca que apagó tu eterna felicidad provino de los fierros de los narcos quienes, si no se están agarrando a tiros para defender sus territorios, vacían sus cartuchos únicamente por diversión.

Quizá es el plomo de un piño de flaites que se enfrenta con otra pandilla porque se miraron feo y eso significa una lucha mortal, y ahora el inerte cuerpo de tu pequeñita yace flácido en tus brazos llenos de espanto y culpa.

Tan sólo la guerra y las cárceles a las cuales caemos los pobres, son peores que estar metido en una pobla.

Si lamentablemente tu estrella dictaminó que vivas acá, tendrás que desarrollar habilidades extraordinarias para llegar a casa sano y salvo cada tarde o cada noche; una especie de sexto sentido que te haga intuir el trayecto de los pacos, o practicar artes marciales por si te toca pelear y andas pato, tener la astucia suficiente de hacerte de fierros precisamente para no andar pato, conseguir la protección –“la fianza”- de grupos de flaites o de criminales respetados, o mantener siempre una provisión de merca o dinero en efectivo para coimear a los pacos si es que te hacen un control de identidad... pero de nada sirve lo que sea que hagas si no tienes suerte.

No pasa tan sólo una semana sin que sepas de algún conocido que se hundió en el alcohol o la droga o fue apuñalado, o lo balearon y quedó inválido, o desapareció luego de que la policía lo metiera en la radiopatrulla...

Quizá te parezca mentira lo que digo, pero todo esto es absolutamente verdad; ni siquiera exagero.

Asumido el hecho de que te pueden matar en cualquier momento ya que creciste con esa certeza, que las drogas o el alcohol te pueden hundir si no tienes las cosas claras o que caerás en la cárcel si te abandona la fortuna, al ser consciente de todo aquello, no te queda más que un camino: salir del ghetto.

Y mientras descubres la manera de hacerlo, has de disfrutar la vida que te ha tocado, regocijarte en ella y tratar de entenderla y dominarla.

Aunque también podrías vivir enajenado disfrutando el instante presente sin cuestionarte nada: los asados y las cervezas los fines de semana, tu cumpleaños o el de tu pareja, amigo o prima y las fiestas patrias o de navidad y año nuevo, todas esas celebraciones te darán la felicidad que necesitas.

La gran mayoría de mis vecinos viven sus existencias de esa manera. Pero lo que es yo, sinceramente, me resulta imposible no intentar comprender la vida en su totalidad.

Desde luego, buscarle un *para qué* es un sinsentido pues la vida no tiene finalidad ninguna. Obvio, existe un “*por qué*”: vivo *porque* cierto espermatozoide bla bla bla. Pero el pensar en un propósito, eso es una sandez: reflexionar respecto a una finalidad determinada por un destino determinado, nos diría que ese destino es inmutable. La vida estaría ya prefabricada quién sabe por qué energía o dios. Pero si descubrimos ese destino que es intransformable, ya no será más inalterable pues lo conoceremos de antemano y entonces, podremos modificar nuestro futuro.

Aquiles, por ejemplo, tuvo la opción de vivir una larga pero anónima existencia, o vivir poco pero gloriamente, y dejar su nombre grabado en la piedra roseta de la inmortalidad. Él lo sabía pues Tetis, su madre, se lo dijo. Escogió ir a meterse a Troya, sin embargo, y allí murió, a los pies de la gran muralla de Ilión. Conocía su destino y por ello, era su sino transformable: podría no haber ido allá o se hubiese largado de la guerra cuando tuvo oportunidad, pero no quiso.; quiso la gloria de la inmortalidad, y la obtuvo (y conocemos a Aquiles gracias a Homero... en la calle venden La Ilíada pirateada, un libro escrito por alguien como tú y como yo, hace quizá 2.500 años...)

La niña a la cual le entregué mi castidad sólo porque me aseguró que también me entregaba su virginidad, y que luego me enteré que no fue aquello más que una mentira para ganar una apuesta sobre quién de su grupo de amigas me follaba primero (después, jugaron fuerte: “ahora veamos de cuál de nosotras se enamora”, se dijeron; terminé enamorándome de todas pero ninguna se compadeció de mi corazón cuando descubrí la verdad... y yo... yo sólo aspiraba a caminar conversando con alguna, chica sin otra intención más que disfrutar charlando, y ver si le resultaba interesante mi interior hecho visible a través de mis palabras, y que mis palabras me diesen, ante sus ojos, la belleza superficial que tanta falta me hace. Fueron ellas las primeras mujeres que me engañaron), me dijo que el único objetivo en nuestra vida es ser franco con uno mismo. Eso me pareció en extremo razonable y la besé y me besó y me hizo el amor, mintiéndome.

En fin... lo cierto es que existes porque se dieron las condiciones para que pudieses hacerlo, y punto.

Fíjate: nos es posible recordar nuestro pasado precisamente porque existió. Por lo demás, no podemos hacer nada para cambiarlo. Pero no sucede lo mismo con nuestro futuro, no lo podemos conocer porque no existe aún, lo vamos creando a cada instante con nuestras decisiones, y todo lo que hacemos en este momento lo disfrutaremos en el ahora que vive en el próximo instante, el cuál avanza hacia nosotros irremediablemente, allá lejos viene, ya se acerca, ahora está junto a ti y ahora frente a ti y pasa a través tuyo, ya pasó, allá va...

La vida avanza rapidito, el tiempo no existe y el futuro y el pasado, son este momento presente.

A pesar de la reflexión anterior y de saber que la vida no tiene otra finalidad más que ser vivida, mientras escribo estas líneas sentado en el único asiento utilizable de esta miserable plaza del ghetto, con sus basureros destruidos y el resto de los bancos quemados, con los árboles muertos y el pasto seco, me es imposible no tratar de desenredar la trama que las Parcas se empeñan en tejer; es algo que va más allá de mi voluntad. Por más que lo deseé, no puedo no intentarlo, y en verdad que lo he deseado: ser feliz sin cuestionamientos que me enseñen algo valeadero, tal como mis vecinos lo hacen: ver la vida pasando entre yo y el televisor y el celu y conversando intrascendencias que versan únicamente de cosas concretas e inmediatas... de verdad que lo intenté.

Duré exactamente dos meses y una semana viviendo esa vacía vida, full mintiéndome. Colapsé y me pegué una puta borrachera de cuatro días y cinco noches, cocaína y putas incluidas.

Para el 100% de quienes no viven acá, la pobla es una “realidad” que conocen únicamente a través de la crónica policial en los noticiarios y periódicos; al ser completamente ajenos a todo este infame submundo, no lo comprenden.

Para el 99% de quienes habitan los ghettos, esta existencia es la única que conciben: han nacido y crecido en este lugar y no se pueden imaginar viviendo en otra parte.

Y es porque esta realidad de inseguridad y miseria, de muerte, de asesinatos, de abuso policial, de drogadicción y alcoholismo y delincuencia y violencia, es algo totalmente habitual para ellos, y por eso no lo pueden ver.

Yo pertenezco al uno por ciento restante.

Las personas como yo existimos en una especie de limbo que otorga ciertas cualidades miméticas para sobrevivir en este lugar, y que nos abre la conciencia respecto a la situación en la cual nos encontramos.

El haber crecido con la muerte como verdad cotidiana me enseñó a existir sin miedos, a moverme con seguridad y nunca mostrar temor, por más aterrorizado que esté... todo lo aprendido en la pobla permite que me desenvuelva entre flaites y delincuentes, y con suerte, pasar desapercibido. Además, gracias a mi bibliófila bibliopatía, a mis inquietudes y ganas de aprender, también me es posible mantener conversaciones y discusiones con profesores y expertos de diversos ámbitos, ya sea políticos, científicos, artísticos...

¡Ah! No te lo había contado: estudio Licenciatura en Filosofía, en la Universidad del Estado.

Voy en último año y mi carrera me la he pagado gracias a miserables trabajos de medio tiempo, traficando marihuana, cocaína y pasta base, y robando.

Hoy, una noticia me dejó congeladísimo.

Encendí la televisión para ajustar la hora de unos relojes que vendería por ahí, cuando apareció la presentadora del noticario matutino. Eran las 07:13 de la mañana de este martes veintiséis de agosto: “Un joven estudiante de astronomía murió al ser asaltado y resistirse al atraco -quedé paralizado y con el reloj que ajustaba entre las manos, mirando absorto las imágenes-, vamos con la nota del periodista”:

- Muchas gracias, Paola. Efectivamente, tal cual como tú misma lo decías, Cirilongo Camasho, estudiante de último año de la carrera de astronomía, fue asaltado a dos cuadras de la entrada de la Universidad del Estado. Un grupo de cinco individuos, todos ellos adolescentes y niños según testigos que presenciaron los hechos, abordaron a la víctima y amenazándolo con cuchillos, le intentaron tratar de arrebatar la mochila. Cirilongo opuso resistencia ante lo cual sus atacantes lo agredieron con certeras estocadas en el cuello, pecho y abdomen, heridas que le provocaron la fatal muerte minutos antes de que llegara la ambulancia. Mientras estaba esperando afuera del Servicio Médico Legal a que le entregaran el cadáver del fallecido, pudimos lograr obtener declaraciones de la madre del joven, las cuales pasamos ahora a revisar, en este momento:
- Periodista: ¿Se encuentra afectada por el sangriento, cobarde y brutal asesinato de su hijo?
- Madre (con los ojos hinchados y rojos, convertida en un mar de lágrimas): mi hijo llevaba su computadora en la mochila... ahí, ahí tenía todas sus tareas... sí, estoy... estoy destrozada, todos en la casa estamos destrozados...
- P: ¿No tenía miedo su hijo de que lo pudieran matar, apuñalar o balear, por querer robarle su computador?
- M: le decíamos que anduviera con cuidado, que si lo asaltaban entregara todo total, lo material se recupera...

- P: Entonces, ¿por qué opuso resistencia? ¿O es mentira que ustedes le aconsejaban eso?
- M (enjugándose las lágrimas con un pañuelo blanco, sollozando): no... no lo sabemos... mi hijo era pacífico, nunca había peleado con nadie... en toda su vida jamás supimos que tuviera problemas con alguien, prefería evitar la violencia... Él, él siempre decía que, que conversando se podía solucionar todo... y por eso nosot
- P: Él estudiaba astronomía... ¿Era feliz estudiando astronomía, pero lo asesinaron brutalmente y ya no podrá lograr cumplir su sueño?
- M (llorando cada vez más amargamente): ... mi, mi hijo estaba en último año, le iba muy bien. Él, él anhelaba ser astrónomo... decía, decía que... las estrellas, eran un poema escrito en un idioma hermoso y extraño, y que él logaría descifrar su misterio... ahora... ahora su pieza quedó vacía, y con... con su telescopio que... perdón, no... no puedo hablar más...
- P: ¿Es verdad que hoy Cirilo estaba de cumpleaños?
- M (su voz es apenas audible a causa de los sollozos): sí... hoy... hoy habría cumplido veinticuatro años y... perdón, ya no soy capaz de seguir habl
- P: ¿Qué les diría a los asesinos de su hijo, quienes lo apuñalaron en varias ocasiones, una y otra y otra vez, sin piedad, hasta matarlo?
- M: ...
- P: ¿Les mandaría algún mensaje a aquellos que se bañaron en la sangre que salpicaba a chorros desde el cuerpo moribundo de su hijo?
- M: ...
- P: ¿Les diría algo, o le da lo mismo lo que le hicieron a Cirilo?
- M: ¡QUIERO JUSTICIA! Quiero justicia, nada más... Dejaron a una familia destrozada, a su hermana mayor, a mí... a su polola... que la justicia de este país actúe y los encarcele...

- Periodista (mirando a la cámara): durante la tarde se realizará una misa de responso en la iglesia de los Sagrados Corazones, en la comuna de Providencia, en donde vivía Cirilong

Apagué el televisor, dejé ambos relojes sobre la mesa y me senté en una silla, cabizbajo y absorto.

La muerte de aquel desconocido Cirilongo me afectó enormemente: imaginar al tipo caminando a la universidad, pensando en su chica o en el examen aprobado, alegre y anhelante de estar pronto a desentrañar los misterios del Cosmos, y verse de repente amenazado por un piño de pendejos flaites, forcejea y opone resistencia defendiendo angustiado su notebook sin saber que dentro de pocos instantes morirá... los gritos, los insultos, tu sorpresa transformada en miedo y luego en terror, tu estómago apretado y tu boca seca y tus manos transpiradas tironeando tu mochila, tu corazón a mil por hora y luego la sensación de las hojas de las cuchillas rasgando tu carne una y otra vez, penetrando tus músculos y cortando tus tendones, una y otra vez, astillando tus huesos y cercenando tus arterias y cortando tus venas e hígado, reventando tus pulmones...

Ahora estás botado en el piso, tu cara apoyada en el lado derecho viendo las espaldas y piernas de tus asesinos quienes huyen corriendo, y a ese de pantalón negro y polera azul llevando en su mano derecha tu mochila, tu notebook, la tesis ya casi terminada, tus sueños y el regalo para tu polola por cumplir tres meses junt@s...

Y les ves alejarse, desapareciendo al doblar en una esquina...

Sientes la tibia sangre empapando tu camisa, llenándote la boca y saliendo por tu nariz... ves piernas que se acercan, gente que habla y te habla, más gente te rodea, alguien se agacha y te dice algo que no entiendes...

Todo tu cuerpo está calentito y húmedo: sonrías. No sientes dolor ni miedo pues una tremenda confusión nubla tu entendimiento...

DIBUJO

“Un, un regalo... regalo... la cajita dorada, Andrea, la cajita... la dejaste en amor y pizzas de chocolate, los bombones...-piensas-... que alguien se los entregue, dile, dile que la amo, que me recuperaré”, dices luego con un hilo de voz, cuando la situación se te aclara... un rostro se acerca para escucharte y repites lo mismo pero la persona no logra oír tu voz pues en verdad, sólo mueves los labios...

Tus ojos vidriosos.

¿Qué habrás pensado en aquellos instantes postreros, Cirilongo, en ése último anterior a que tu vida se apagara?

Tristes lágrimas rodaban por tu mejilla izquierda, cuando tu apuñalado corazón dejó de latir.

Aquel Cirilo era de Providencia, uno de los barrios altos en donde viven los cuicos y ricachones.

Jamás había peleado y era anti-violencia, y justo hoy estaba de cumpleaños, el mismo día que yo, y cumplía veinticuatro años igual que yo y como yo, el tipo también se llamaba Cirilongo Camasho y cursaba el último año de su carrera en la Universidad del Estado...

Su falta de experiencia en el mundo real no le permitió notar que algo extraño pasaba al comenzar a seguirme los ladrones, y antes de que me hubieran rodeado hubiese protegido mi espalda en algún muro y con mi fiel puñal en la mano izquierda habría arremetido contra los que estuvieran más a mi alcance, y si eran niños mucho mejor: son menos fuertes y menos rápidos y más impresionables; una certera patada en la cabeza del más cercano y le habría dejado fuera de combate mientras agarro su cuchillo, y con ambas manos comienzo a lanzar estocadas de un lado a otro y patadas a diestra y siniestra, golpeando, cortando y apuñalando sus infantiles y menudos cuerpos...

Las personas que no son del ghetto, que nunca han sido de acá no comprenden que el hecho de ser niños es un factor de ventaja para los criminales pues sus víctimas quedan perplejas al ver la violencia con la que ellos actúan; además, la gente dice “oye, son niños, no importa que te roben, ¿cómo vas a ser capaz de pegarles?”, y eso lo saben los precoces asaltantes, quienes se aprovechan de tan peligrosa bondad ingenua.

Pobre Cirilo... el estar en contra de la violencia, el creer que era parte de un mundo de fantasías en el cual sólo hablando se pueden arreglar las cosas, le costó la vida.

A mí, a mí no me habrían matado ni herido, y ni siquiera me hubieran robado: tengo claro que la única manera de estar en paz, tranquilo, es saber defender tu paz y tu tranquilidad.

Bueno, yo sé eso porque vivo en un ghetto.
Pero no pretendo seguir aquí mucho tiempo más.

Algo tendré que hacer para huir de toda esta mierda, y no creo que terminar la universidad me sirva totalmente.

Un Epílogo

Mi gran amigo Aniceto, reconocidísimo abogado presidente de la firma Hevia y Asociados, no participó en el juicio de la niña Paula contra Cirilongo Camasho pues, en aquel tiempo, no era él más que un mediocre estudiante de derecho.

En una conversación que mantuvo con un colega, salió por casualidad el asunto de Camasho y el tinterillo aquel le comentó a mi amigo ciertos informes respecto de Cirilo, sobre la personalidad del acusado y variados pormenores de todo el proceso.

El relató llamó poderosamente la atención de mi querido amigo y gracias a sus numerosos contactos, tuvo acceso a los expedientes que se llenaban de polvo y tiempo en algún secreto rincón de la Corte Suprema.

Aniceto me contó por teléfono que existieron antecedentes que no fueron expuestos en el juicio pero que le resultaron demasiado interesantes, los cuales -según sus palabras- habrían permitido que mediante vacíos y subterfugios legales, a Camasho lo hubieran declarado loco y ahora estaría recluido en alguno de los 999.998 manicomios de la ciudad, y no en el cementerio, en donde yace luego de su condena a muerte.

La sentencia había sido ejecutada hacía diez años, por lo cual revisar y estudiar los expedientes no servía para nada más que saciar la curiosidad de Aniceto ya que nadie, ni siquiera él, se mostraba dispuesto a reabrir el caso.

Quedamos de juntarnos en el café de siempre, y colgamos el teléfono.

“Camasho fácilmente podría haber alegado demencia, fue lo primero que pensé al leer el expediente. Investigué un poco más y claro, como Camasho exigió representarse *Per se*, es decir, no contar con un abogado y ser él mismo su defensa, aquello fue lo que le llevó al patíbulo. Sin embargo, a medida que continué indagando, me di cuenta que realmente lo que sucedió no era que el tipo se hubiese defendido mal, de hecho, sus alegatos estaban muy bien armados, se notaba que tenía una gran preparación a pesar de que trabajaba como un simple encargado de la limpieza y los mandados... y lo que descubrí, fue que existió una negligencia en el proceso”.

“Ayer, y por eso te pedí que nos juntáramos con prontitud -continuó Aniceto-, llegué a la conclusión de que no hubo tal negligencia, sino que el juicio estuvo arreglado: Cirilongo tenía un punto de vista extremadamente inusual respecto a la vida, o sea, su teoría era que los humanos tenemos infinitas posibilidades de existencias, y producto de ciertas condiciones de la física y de la metafísica, la totalidad de las personas, necesariamente, habríamos de pasar por todas las potenciales vidas, y existir en cada una de ellas”.

El asunto me era bastante indiferente; sin embargo, escuchaba atentamente a Aniceto quien, dando un sorbo a su café, prosiguió:

- Luego de leer el expediente, lo que más o menos entendí fue que, por ejemplo, en esta vida yo soy abogado pero en otra dimensión paralela, en lugar de haber escogido estudiar Derecho, elegí estudiar Biología Marina, y en esa existencia alterna soy un reconocido conocedor de las leyes que rigen los océanos. Al mismo tiempo, en otra existencia, nunca terminé dicha carrera y me convertí en un comerciante fracasado. Siguiendo aquel razonamiento, en otra vida nací mujer y soy una dueña de casa; en otra, soy el presidente de los Estados Unidos y en la de más allá, fui yo quien inventó la imprenta... y así, hasta el infinito, todas las posibilidades: un actor de Hollywood, una filósofa, un jugador de golf, una asesina en serie... es algo así como la película de Jet Li, "The one"... no sé si me explico...

Yo bebía mi café sin darle mayor importancia al asunto, no porque no me interesara lo que a mi amigo le interesase, sino porque no entendía mucho de lo que me hablaba: nunca he tenido afición a la filosofía, o a cosas de metafísica o de física.

- Sí, sí, algo te capto -dije titubeante-. Pero la película no la he visto...
- ¿No te parece interesante, o quizás sospechoso, que un tipo que trabajara de aseador, haya logrado razonamientos de ese nivel, tan profundos?
- O sea, sí, yo creo... en verdad que no entiendo mucho de esos temas filosóficos... tú me conoces...
- Sí, sí. Claro. Además aún no revisas la carpeta...

Se refería a la carpeta verde en cuyo interior estaba el expediente de Camasho y la cual, sobre la mesa, acompañaba a su aromática tacita de café.

- Eso es, quizás si la estudiara... pero tú me habías mencionado que el acusado leía mucho, y para alguien que es tan aficionado a la lectura tal vez no sea demasiado complejo llegar a esa clase de pensamientos -le dije-.

- Igual, depende: el punto es que el leer mucho puede llevarte a saber de hertas cosas, tener variados temas de conversación y conocer infinidad de asuntos; sin embargo, eso no te asegura que sintéticas, que logres pensamientos nuevos a partir de aquello que has aprendido leyendo. Miguel de Unamuno dice que el leer muchísimo sirve para comprend
- No me gusta Unamuno, o sea, Niebla es entretenida y rapidita de leer, pero eso de que el autor se meta en la historia no es nuevo; hace trescientos años ya Cervantes lo hizo en el Quijote. Además, todos sus libros son full cristianos y -hago el gesto de las comillas con mis índices y anulares- “analiza” el tema de la existencia de dios desde un punto de vista que da por hecho que existe, y cua
- Del dios cristiano...
 - Sí, sí, un dios cristiano, Jehová o Jesucristo, entonces, analizar cualquier cosa con la certeza de que se tiene la razón, no me parece muy serio...
 - Claro, concuerdo con ello, pero déjame seguir con lo de Camasho.
 - Ok, dale -concedí dando un sorbo a mi café, que ya se entibiaba-.
 - Te decía que Unamuno plantea que le carga la gente que ha leído mucho pero que lo único que hace es hablar sobre los libros que han leído y no lo que de aquellos libros han aprendido. Citar un par de veces, ok, per
 - ¡Exacto! ¡Es verdad! Esas personas que lo único que hacen en sus conversaciones es decir “tal autor postula que”, o “según equis escritor”, o “en el libro tanto se menciona que”, o “el concepto que tal y tal trata en sus textos”... es lo último de aburrido conversar con esas personas, son verdaderamente insufribles y sólo repiten y repiten... una lata total.
 - Exactamente. Pienso lo mismo que tú -dijo Aniceto-. El punto es que Camasho se notaba una persona en extremo lúcida, en el sentido de que no andaba repitiendo y repitiendo y citando y citando... que nunca haya logrado título profesional alguno es precisamente una de las cosas que me causa demasiada inquietud, que teniendo tanto potencial no lo haya utilizado estudiando...

es obvio que si no cursó una carrera universitaria ni participó en algún proyecto en el cual hubiese obtenido un logro académico, profesional o monetario, no fue por falta de capacidades...

- Quizá Cirilongo no quería, y punto -le dije-. Yo he conocido cantidad de personas que saben mucho, y leen y estudian etcétera pero que nunca logran o lograron nada que valga la pena, y esas gentes
- Espera, ojo ahí. Que algo para ti no sea valedero no significa que para esas personas tampoco lo sea...
- Sí, sí. Estamos de acuerdo -dije-. Tuve una novia que estudió Periodismo en la Universidad del Estado, y de hecho se tituló como la primera en su promoción, pero nunca ejerció. Luego de hacer su práctica profesional, quedó tan increíblemente decepcionada con el ambiente laboral que decidió no ser parte de tal forma de vida, y se puso a trabajar en mil cosas que nada tenían que ver con su carrera: instructora de buceo, azafata, administradora en una tienda de frutos secos...
- Exactamente, a eso me refería. ¿Crees que alguien con los conocimientos y capacidades que le permitirían conducir su propio automóvil, o al menos andar en taxi, iba a preferir viajar hacinado todos los días rumbo a un trabajo en el cual tendría que bancarse que nadie lo tomara en serio y que le dejaran hablando solo, pues no les interesaba saber qué pensaba o qué sentía? En verdad, no me parece lógico en absoluto.
- Aniceto, pero según lo que supe del caso, de lo que me acuerdo mejor dicho, el acusado era harto raro pues concebía a la pornografía desde un punto de vista artístico olvidando que el porno es para calentarse o masturbarse, y que alucinaba con que el metro chocaba y Camasho se revolvía entre los cadáveres... Además, que alguien tenga muuuuchas capacidades intelectuales, según dices, o que lea harto y sea muy perspicaz etcétera, no se contradice con que pueda ser un asesino en serie o un estafador... de hecho, uno de los rasgos comunes en ciertos criminales es su altísima capacidad de análisis...

- Conuerdo contigo, y es ésa otra de las cosas que me intriga de todo el asunto. En su momento no le di mayor importancia, “un weón loco más”, me dije, pero luego de estudiar detenidamente la carpeta con los expedientes, todo lo que aprendí en la carrera de Derecho y mi experiencia profesional, y los logros de mi firma de abogados, absolutamente todo, se me desarmó.

Mi gran amigo Aniceto nunca fue el más estudioso ni el más aventajado de su carrera: el título que debería haber obtenido en cinco años lo obtuvo en nueve, pues las tantas personas que conoció y los vasilones y millones de experiencias nuevas le llevaron a centrarse en el día a día y no en su futuro profesional.

Aniceto era -y es- atractivo, simpático y chistoso; se viste bien y usa buenos perfumes. Además toca la guitarra y canta muy bien, por lo que era muy popular y fue ésa la razón de que le costara tanto centrarse en los estudios.

Varias veces guardó la guitarra y se alejó de las fiestas y carretes, y rechazó las propuestas amorosas. Se esforzó para dar buenos exámenes, pero sin resultados... iba a mandar todo al demonio, lloró -yo lo vi llorando muchas veces, arrepentido y sin saber a dónde apuntar-, se sobrepuso y avanzó y fue consiguiendo apenas las calificaciones para aprobar las asignaturas y otra vez, las citas de amor y la guitarra y los vasilones le desviaron; nuevamente, las lágrimas y la desazón...

Los reproches hacia sí mismo fueron parte de incontables amaneceres que compartimos, a punto ya de caer inconscientes de tanto alcohol.

Se enfocó, finalmente, y ahora es el presidente de la más importante firma de abogados de este país. Y que me haya dicho que todo su enorme esfuerzo y experticia en las leyes se desarmó por el expediente de un juicio olvidado y que a nadie pareció importarle, me dejó con la boca abierta.

— ¿Tanto te impactó el caso de ese hombre, hermano Aniceto?

— Ufff... es demasiado complejo de explicar...

Sacó de su chaqueta un cigarrillo. "Tengo algunas teorías respecto Camasho", aseguró mientras lo encendía.

— ¿Y cuáles serían?

— Bueno, la primera es que el tipo era un sicópata.

— ¡¿...?!

— ¡Yiiiaaaa! No entiendo tu asombro, sabes que no me comprometo con nadie de buenas a primeras...

— Sí, sí, es sólo que pensé que...

— Oye, por favor...

— Ok, dale. Te escucho -le dije-.

— Ya. Te decía que lo primero que concluí fue que el tipo realmente era un desquiciado, si a fin de cuentas los rasgos sicológicos de Cirilongo calzaban a la perfección con ese perfil... y toma en cuenta que el mismo hecho de su sicopatía le habría llevado a trabajar en lo que trabajaba, pudiendo haber realizado otras funciones más especializadas...

— ...

— Siguiendo con aquella línea de pensamiento, el tipo hizo lo que hizo no por las razones que arguyó, sino porque realmente era un depravado y todo lo que alegó en su defensa fue para que lo declararan como un imputado que no estaba en su sano juicio, y de esa manera, evitar la pena de muerte. Entonces, alguien se dio cuenta de su argucia y comprendió que era posible que lo exculparan, e hizo desaparecer el expediente hasta que el caso fuera cerrado.

Dio un sorbo a su café, que estaba frío -el mío hace rato lo estaba-, y me miró sonriendo enigmáticamente. “Tengo otra teoría”, dijo, y prosiguió:

- Si el tipo no era un sicópata, lo que sucedió fue que tenía algún defecto cognitivo, *una tranca*, como suele decirse, y fue eso lo que habr
- ¿Y entonces, lo de la niña Paula? -pregunté-.
- Ah, claro. De ser así, todo lo que arguyó la defensa de la niña Paula sería cierto, sólo que Camasho no se aprovechó de la situación a sabiendas de lo que hacía, sino que en verdad no era consciente de sus actos pero no porque fuera un completo demente.
- ¡Ah, sí! Ahora te entiendo: hay algunos down que han sido acusados de abusos deshonestos, e incluso de violaciones... pero, según lo que me has contado, y lo que recuerdo del caso, Cirilo no era para nada tonto...
- Claro, claro, totalmente cierto. El tema... es que el asunto no va por ahí...
- ¿...?

Dio una larga fumada a su cigarrillo, y mirando las volutas de humo, continuó:

- Existe una condición sicológica llamada “fuga disociativa”: en ciertas situaciones de estrés, las personas pierden el sentido de identidad. Por ejemplo yo, que soy dueño de una firma de abogados, supongamos que de un momento a otro mi empresa se va a quiebra y quedo en la ruina, me subo a un bus y me voy a otra ciudad y a todos les digo que soy un comerciante viajero, y cuento toda una vida inventada y vivo como si todo aquello fuese cierto. Pero una tarde cualquiera, me veo de pronto sentado en la mesa de un restaurante y no entiendo nada pues converso alegremente con personas que no conozco y me doy cuenta que anoto números en una libreta llena de cifras de productos comprados y vendidos, y de los cuales no tengo la más mínima idea... es, es como una especie de sonambulismo consciente... -dijo-.
- Pero... ¿y eso le pasa a cualquier persona? Es decir, alguien que tuvo un accidente en automóvil y sufrió un traumatismo al cerebro...
- No, no. Ese es el punto. La característica exculpante, digámoslo en términos legales, es que la fuga disociativa le sucede a gente que no ha sufrido daño cerebral ninguno, y por eso es muy difícil saber si a la persona realmente le ocurrió aquello, o sólo está mintiendo para librarse de la responsabilidad que le compete en determinada situación.
- Pero Camasho nunca se largó de la ciudad, entonces no aplicaría aquello que mencionas...
- Es que el nombre de “fuga” radica en que, generalmente, los individuos se marchan de su hogar, pero también se refiere a personas que nunca han viajado a parte alguna: en los alegatos del juicio, Cirilo dijo que *“algo terrible le sucedió cuando pequeño”*, dejando entrever que tal vez aquello podría haber sido tan traumático que le produjo una fuga disociativa, y que en el momento en el cual abrazó a la niña Paula, él “no estaba” -hizo las comillas con los índice y anular de sus manos- realmente en aquel lugar, sino que transitaba por aquella especie de sonambulismo.
- Sin embargo, eso no fue lo que Camasho alegó, según recuerdo...

- Por eso te digo que alguien podría haber supuesto que el tipo argüiría dicha razón, y es precisamente eso lo que se relaciona con lo que mencioné hace un ratito, que supusieron que él utilizaría ese recurso para alegar demencia y en el fondo, de ser verdad la hipótesis de quien hizo desaparecer el expediente, le habría hecho un favor a la sociedad al evitar que el tipo librarse de la sentencia a la decapitación.
- Ahora sí que me perdí: entonces, ¿qué es lo taaaan interesante que te llamó la atención? Hasta el momento, no veo algo que sea distinto a los incontables casos de pedofilia... o quizá no lo veo porque no entiendo mucho sobre temas legales...
- No, no. No va por ahí. O sea, tienes razón en lo que dices: la defensa de muchos acusados ha recurrido a aquello, pero según mi experiencia, los alegatos de Camasho no apuntaban en lo absoluto a tomarse de esas argucias para ser declarado inimputable. De hecho -y por eso es tan importante que revises la carpeta-, el tipo era demasiado ingenuo, pero es que increíblemente simple a pesar de lo sofisticado de sus razonamientos. En todos mis años como abogado, jamás vi cosa parecida...
- Voy a pedir dos cafés más, porque estos ya están fríos -le dije-.
- Dale, pide. Allá está la niña -respondió Aniceto-.

Mientras la mesera toma la orden, mi amigo enciende otro cigarrillo.

- Chetito -dije... a ver: lo que me has dicho lo encuentro totalmente razonable, y eso mismo me confunde mucho porque aún no comprendo qué es lo que tanto te impactó del caso...

- Sí, mira. Te dije que tenía varias teorías al respecto. Recién te mencioné dos, y aún tengo una tercera, y habiendo analizado muchas veces todo el asunto, estudiando una y otra vez los expedientes, contrastando los alegatos de los abogados de la niña Paula con lo que Camasho esgrimió en su defensa, es ésa teoría la que finalmente me hace más sentido.

Acercó mi amigo su torso por sobre la mesa, y en tono confidencial, me dijo con la voz muy baja cerca de mi oído: “estoy absolutamente convencido de que todo lo dicho por Camasho en su defensa, lo que alcanzó a decir, se condecía con lo que en realidad sucedió: el tipo dijo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”.

- ¿...?
- A Cirilongo Camasho lo condenaron a muerte sabiendo que era inocente.
- ¿...?
- Sus pensamientos sobre la existencia eran de tal magnitud que por ningún motivo debían conocerse. Por ello, “desaparecieron” la carpeta ésta que tengo y así, sin poder entregar pruebas al jurado, fue llevado a la guillotina...

La mesera regresó con los cafés y algunos pastelitos veganos.

- Gracias, preciosa -dije guiñándole un ojo. La chica, que estaba bien rica, sonrojada, bajó su mirada tímidamente. Escribí mi número de teléfono en una servilleta, se lo pasé y ella se retiró cimbreándose muy sensual. Di un sorbo a mi café, y proseguí con Aniceto-. Recuerdo haber leído sobre un hombre que llegó hasta Napoleón Bonaparte a darle un consejo: “quememos materiales tóxicos cuando el viento se dirija hacia los ingleses, y vuestros enemigos se asfixiarán”. El emperador encontró horrorosa la propuesta y lo mandó fusilar, ya que podría llevarle la idea al ejército contrario... hay una versión de El Príncipe que tiene notas a pie de página hechas por Napoleón, y resulta que los comentarios de Bonaparte son más “maquiavélicos” que los mismos dichos de Maquiavelo...
- ¡El término debería ser “napoleónico” y no “maquiavélico”!
- ¡Síiii! ¡Ja ja ja!
- ¡Ja ja ja!

Siempre me ha encantado hablar con Aniceto, sus ocurrencias y buen humor me hacen reír hasta el agotamiento, y eso alimenta infinito mi espíritu.

“Amable” y “Adorable” son adjetivos que jamás lograrán abarcar la totalidad del brillo que me significa, y no sólo para mí sino para todas las personas que tuvieron, tienen o tendrán la suerte de conocer a MI AMIGAZO.

Continué, entonces:

- Aniceto, comprendo tu interés por todo este asunto pues sé tu inclinación por los temas metafísicos y filosóficos, pero ¿por qué te interesa comentármelos? Es decir, hay personas más entendidas en estos temas... Es obvio que te gusta contarme tus cosas, no quiero que se entienda mal mi pregunta...
- Sí, sé a lo que vas. Es sólo que... bueno, ¡es que debes primero leer la carpeta! Es demasiado interesante lo que en ella hay pues podría cambiar la manera en que conocemos la... es decir, nuestro concepto de... no, no, no. Es necesario que eches un vistazo a los expedientes.
- Ok, como lo deseas.

Poniendo su mano sobre la carpeta, la arrastró hasta mí. Yo la tomé sin mucho entusiasmo y la puse en mi bolso.

Acabamos los cafés mientras hablamos de mil cosas y, como siempre, continué retorciéndome de la risa con sus ocurrencias.

Mientras nos despedíamos, mi gran amigo me dijo lo que por vez primera desde que mencionó el asunto del juicio aquel, me entraran verdaderas ganas de leer la dichosa carpeta, y averiguar qué había en ella.

— Sabes, necesito pedirte un enorme favor...

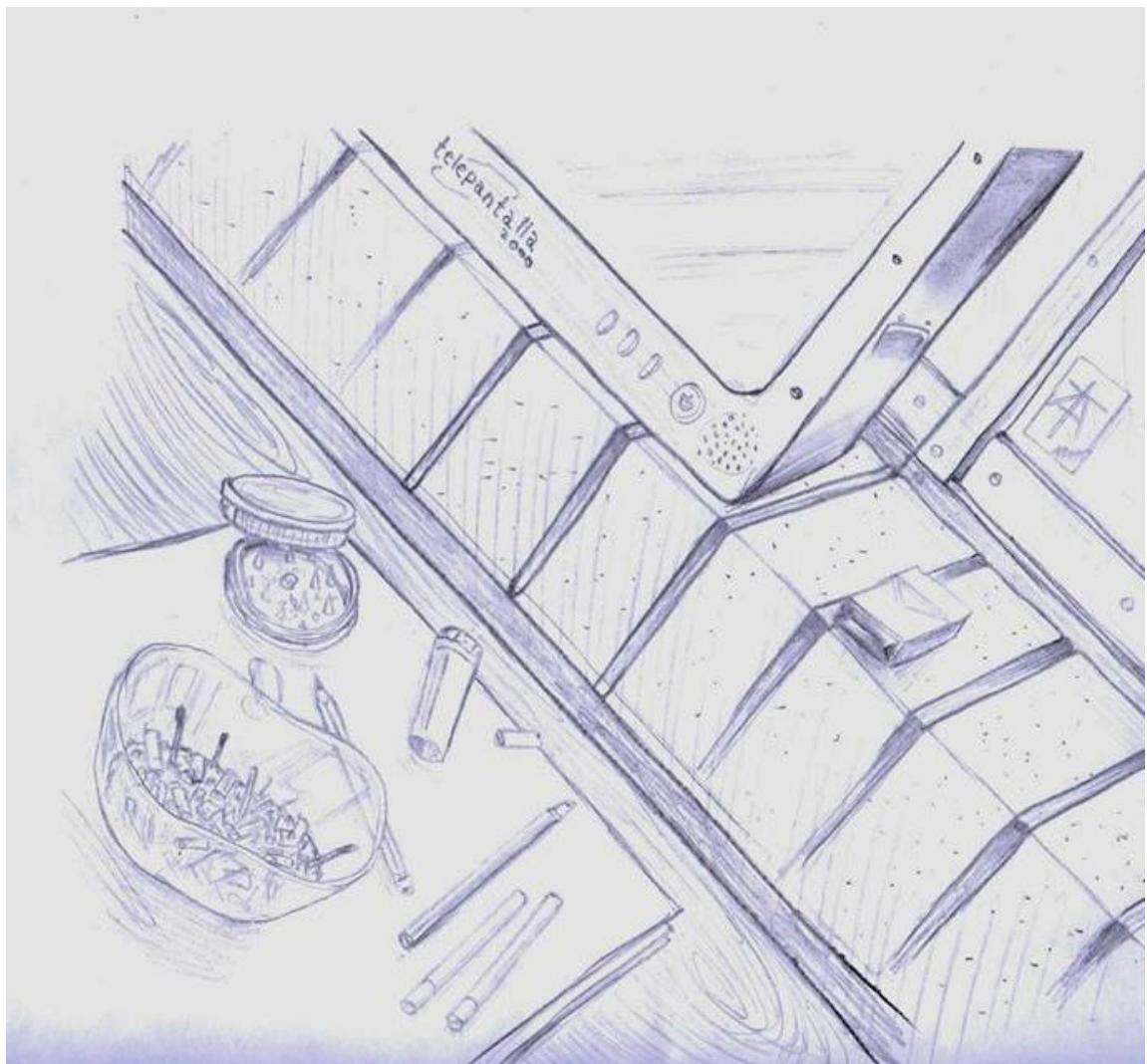
Haría cualquier cosa por él, y por más que me solicitara favores y me pidiera lo que fuese, jamás me importunaría y aunque cumpliera prontamente sus necesidades, nunca podría sentir que ya no le debía nada. Por él daría mi vida, y lo haría con gozo.

En ciertas culturas orientales, cuando alguien le salva la vida a otra persona, la vida de aquella persona le pertenece a quien le ayudó a continuar existiendo: desde ese punto de vista, mi vida es suya.

De soñar con ser escritora y disfrutar viajando a través del hermoso anhelo que me llenaba el Alma, me vi de pronto trabajando de lunes a sábado de ocho de la mañana a nueve de la noche, prisionera tras el mostrador en un almacén de barrio.

No hablaba con nadie y casi no comía, y me refugié en los cigarrillos.

Había dejado de beber y junto con alejarme del alcohol, arrojé a la basura mi fiel lapicera y las libretitas que para todos lados llevaba conmigo, en las cuales dibujaba los caracteres e historias que me hacían sentir encaminada a tener la vida que deseaba con todo el corazón.



En aquel tiempo no le temía a la muerte, es absurdo temer a lo que no conocemos; además, eso que dicen que “la muerte es parte de la vida”, es una tontería: a todas luces, la muerte no es parte de la vida. De hecho, la muerte nada tiene que ver con la vida: las vivas, vivas estamos, y por estar vivas somos conscientes de ese algo llamado “muerte”.

Y como sé que estoy viva, sé que no estoy muerta.

Esas cosas de existencias después de la muerte o vidas eternas y reencarnaciones etcétera, podrían o no ser ciertas, no hay manera de saberlo, pero quizás no sean más que fantasías cuyo sólo fin es darnos un poco de consuelo ante aquel misterio insondable: la muerte...

El punto es que la única, la única certeza que tengo es que soy algo que sabe que está razonando sobre esto de la muerte y de la vida.

“Cogito, ergo sum”: “Pienso, por lo tanto existo”, dice Descartes -aunque la verdadera traducción del latín es “*Pienso, por lo tanto soy*”-.

Se equivocó René, sin embargo.

Que piense no quiere decir que soy: que piense sólo me asegura que *hay algo* que piensa, no que existo.

Lo que Descartes tendría que haber dicho era algo así como: “cogito, ergo, res cogit”; “Pienso, por lo tanto, algo piensa”...

En fin, más allá de que pueda ser una ilusión el razonar que estoy viva, algo así como en la película Matrix, lo cierto es que tengo autoconsciencia y *me sé viva*. Tal vez al estar muerta tenga también autoconsciencia y sepa que *yo soy yo y que no estoy viva*, pero pensar aquello no tiene sentido pues ahora estoy viva, y no muerta.

Comprendo que es medio extraño lo que digo, pero también sé que, a pesar de lo enredado de mis palabras, TÚ entiendes lo que intento expresar.

Por lo tanto, el temer a la muerte es una tontería pues nada sabemos respecto a lo que sucede cuando la oscura niebla cubre los ojos de los mortales, y lo que a todas luces parece acontecer es que, al morir, todo acaba, y quien murió nunca supo que existió (¿vivimos sólo para que los demás vivan, para dejar cosas? Eso que dejamos es lo que muestra que alguien existió... lo único que demuestra REALMENTE que algún día existimos, es lo que dejamos...).

Bueno, estos pensamientos no son míos sino que son de mi amigo Aniceto, y me los enseño en las tantas noches de alcohol que, lentamente, se transformaron en aquellos amaneceres en los cuales la Aurora de rosados dedos nos acarició al dormirnos borrachas de tanto conversar y beber.

Yo piensa que una cosa es no tener miedo de morir, pero otra es tener miedo a dejar de estar viva, de no volver a disfrutar de una puesta de Sol o nunca más ver el amanecer nocturno de la Luna llena...

Por el tiempo en el cual me separé de Carla, mejor dicho, cuando Carla me dejó -y no podía haber tomado mejor decisión ya que mi vida era un barco a la deriva, embarcación que de tantos agujeros se hundía irremediablemente-, en aquel tiempo lo que más me dolía no era el no estar con ella, con el amor de mi vida en aquellos días, sino que lo realmente horrible era que las cosas que tanto me llenaban ya no lo hacían, y era tan grande el vacío aquel que mi cuerpo comenzó a matar las ganas de seguir existiendo: me gustaba mucho dormir, pero un maldito insomnio había hecho su mansión en mis ojos. ¡Disfrutaba tanto comer!, pero el hambre no me incomodaba y ya ni siquiera era parte de mí el alimentarme y si comía, era por el simple reflejo de hacerlo y no por el placer que nutrirme de energía significa...

Siempre me había gustado conversar, conocer las Almas de las personas mediante su expresión oral, su manera de hablar y gesticular al hacerlo.... sin embargo, ya no me interesaba ver a través de las palabras de nadie, ni que me tocaran con su atención al yo hacerme tangible por medio de mi voz.

Y había dejado de escribir pues comprendí que sólo perdía mi tiempo, ya que la musa no me había escogido para inmortalizarse en mis relatos y cuentos.

Pero lo peor, lo más horrible que me sucedió fue que ya no disfrutaba de la música: infinitas ocasiones lloré embargada de una indescriptible emoción al escuchar un solo de guitarra de Hendrix o la quinta de Beethoven, y mi garganta se apretó otras tantas veces cuando algún anónimo acordeonista llenaba con monedas la gorra que tenía en el suelo, mientras tocaba las canciones de Amélie... y luego en el almacén, con cada día de trabajo, con cada bebida que vendía y kilo de pan que pesaba, mi garganta se apretaba más y más; siempre mis ojos estaban enrojecidos y húmedos, a punto de explotar en llanto..."No, no... no me pasa nada, es que soy alérgica al polvo y al polen", respondía con un hilo de voz cuando los clientes me preguntaban por qué tenía los ojos llorosos...

El horrible nudo en la garganta que apareció en mí desde que Carla se fue, y con ella mis ganas de ser feliz o al menos de vivir en paz, y la seguridad de que estallaría en lágrimas si entablaba una conversación cualquiera, eran la causa de que no hablara con mis compañeros en la panadería más que lo imprescindible para efectuar mi deprimente trabajo.

La mañana de un martes, simplemente no me levanté, y permanecí con los ojos cerrados hasta cerca del mediodía. Tuve claro lo que ya presentía: me estaba volviendo loca. Aunque llevaba meses sin beber, no vi más alternativa ante mi desdicha... me levanté y fui a la botillería por unas cervezas, esperanzada en hacer reaccionar a mi Alma aunque fuese por medio del alcohol.

Las acabé y compré más y me las tomé y regresé vez tras vez a la botillería. Bebí todo ese día, tirada en la cama y fumando miles de cigarros, sin pensar en nada. Desperté a la mañana siguiente enferma de resaca... pero igual de vacía. Continué bebiendo toda la semana, de la misma forma, acostada y fumando, sin pensar; mas comprendí amargamente que el alcohol ya no me servía de evasión como hace tiempo lo había hecho.

El espiral de buscar salidas en donde no las hallaría me llevó de los cigarros y el alcohol a los fármacos, a la cocaína y a la pasta base. El dinero se me iba de las manos envenenando mi cuerpo y mi espíritu pero en nada encontraba consuelo, y llegó el punto en el cual ya no quería estar ni borracha ni drogada ni lúcida; sin embargo, la inconsciencia de acabar con todo a través de ese maldito camino no dejó que yo reaccionara, ya que en verdad, yo no quería hacerlo.

Los días y las noches se confundían y no sabía si había pasado una semana o un mes... Comencé a vender las pocas cosas que tenía para seguir drogándome y bebiendo, no pagué el arriendo y perdí mi hogar.

Comía las sobras que tiraban los restaurantes y para continuar tomando mendigaba afuera de los supermercados y de las botillerías; a veces limpiaba un automóvil o barría la vereda de algún almacén, y con esos pocos pesos compraba alcohol y pasta base o cocaína, o pastillas de esas que les recetan a los esquizofrénicos.

Dormí en albergues, entre ladrones y asesinos; dormí en plazas, dormí en la entrada del metro y cuando hacía demasiado frío vagaba por las calles hasta el amanecer, y ahí me tiraba en aquellas plazas y no faltaba la mujerota que me despertaba para beber o fumar pasta base con la esperanza de violarme cuando yo quedara inconsciente, o esperando a que me prostituyera para seguir pegándome pipazos... sin embargo, desde aquella mañana de martes en la cual no abrí los ojos, jamás dejé de escribir. No pensaba en lo que escribía, simplemente escribía y escribía. Llené infinidad de cuadernos que cargaba en mi mochila, o entre mis ropas cuando me robaban la mochila. Escribí sin parar; veía que las palabras aparecían en las hojas mas nunca, durante todo ese tiempo, leí aquellos relatos o poemas que mi desesperación, por sí sola, fue creando...

Pero no sentía pasión por la escritura, ninguna: sólo escribía por inercia, o para no volverme loca o porque ya lo estaba.

Fueron incontables las veces que mi amigo Aniceto me alimentó cuando había yo pasado tres o cinco días borracha y drogada sin comer absolutamente nada y desvariaba y luego ya no sabía qué era realidad y qué no... innumerables fueron también las noches en las cuales el invierno arreciaba, y mi amigo me rescató mientras yo moría de frío alcoholizada en las indiferentes bancas de parques y plazas...

Entregada a un destino que yo misma intentando eludir perseguía, en medio de mis alucinaciones hipotérmicas me vi arropada en su cama y entre mis manos, la vital sopita de hirvientes verduras que me devolvió a la existencia...

Pero ya habían sido demasiadas las veces que le había importunado con mis pasos mal dados y mis decisiones erradas, con mi hambre, desamparo y necesidad de dinero y evasión mediante drogas y alcohol, y de que me resolviera los problemas que no sabía yo de qué manera solucionar, y de los cuales no caía en la cuenta que era yo misma quien los buscaba y creaba.

La vergüenza no me era gran complicación; nunca lo fue, en verdad.

Sin embargo, comenzó a pesarme el tomar conciencia de que cada vez que conversaba con Aniceto, sólo malas noticias tenía para contarle sobre mí.

Había de serle sumamente triste: únicamente dramas cargaba en la mochila de mi existencia. Tal vez, de la aflicción comenzaba ahora a existir en él una gran incomodidad. Y no porque mi amigo fuese indolente, no, en lo absoluto, si no que le molestaría que sus cientos y miles de consejos y sus miles y millones de reconvenciones y retos, fuesen inútiles.

— ¡ME DA RABIA QUE SEAS ASÍ, WEÓN! ¡TÚ, TÚ ERES UNA MINA SUMAMENTE INTELIGENTE, ESTÁS INCREÍBLEMENTE LLENA DE INQUIETUDES Y PROYECTOS PERO YA ESTOY ODIANDO QUE UNA Y OTRA VEZ TE SIGAS CAYENDO EN LO MISMO! -me dijo aquella fría noche de agosto, en la calidez de su departamento-.

Me extendió un cigarrillo y me lo encendió. Yo, con la cabeza gacha, miraba el piso... Sólo le escuchaba llena de rabia contra mí.

— Pero, ¡¿No dirás nada?! ¡Dime algo que me haga pensar que soy yo quien está equivocado! ¡¡DEFIENDETE, POR LA RECHUCHA!!

Intenté explicarme, mencionar algo que en verdad no habría tenido sentido... continuar justificándome, ofrecer disculpas, voy a cambiar...

Guardé silencio y di otra fumada. La ceniza se acumulaba en el cigarrillo; me acercó un cenicero.

Aniceto caminaba de un lado a otro, extremadamente nervioso.

— ¡¿Tú crees que me molesta alojarte en mi casa o prestarte un par de billetes, o darte de comer?! ¡No weón! ¡Obvio que siempre voy a estar ahí! ¡Sabes que siempre contarás conmigo!... ¡Lo que ya no soporto es que no quieras aprender nada! ¡Eres mi amiga pero ya no puedo ayudarte a que encuentres los errores que tú ¡¡POR LA RECONCHESUMADRE!!

Dio una tremenda patada a la puerta del departamento.

— ¡¡NO ME CABE EN LA CABEZA QUE SABIENDO EN QUÉ TE EQUIVOCAS, NO HAGAS NADA PARA ARREGLARLO!!

Yo seguía fumando en silencio.

Fue a la cocina y regresó con dos latas de cerveza; me extendió una y se sentó en el piso. Apoyó su espalda en la muralla, abrió su lata y echó su cabeza hacia atrás. Lo conozco lo suficiente como para saber que estaba tremadamente abatido.

Yo, con mi mochila puesta, le observaba sentada en un sillón ubicado frente a él. Encendió otro cigarro con la colilla que aún humeaba entre sus dedos, y me alargó uno que yo rechacé.

“Mira -dijo pasándose un manojo de llaves-, acá está la copia de las llaves de mi casa. Ven cuando quieras y come lo que deseas, mi casa es tuya y mis cosas también lo son, siempre lo has sabido. Atrás del microondas está la alcancía para irme a Nueva York. Si te falta plata, rómpela y toma la que necesites...”

Mi amigo no merecía hacerse cargo de mis problemas, ni siquiera ya de conocerlos. Era demasiada mi necesidad de que vez tras vez intentase enseñarme aquello que yo no quería aprender.

Yo no avanzaba, y era tanto lo que él me quería que tampoco se permitía dejarme atrás.

Hasta el día de hoy no comprendo cómo siguió teniendo fe en mí si yo hace rato había dejado de tenerla.

Ya no quería seguir importunándole, y fue por ello que me alejé de mi amigo.

La triste mañana de un día martes, pasé frente al cuarto que había sido mi hogar: me detuve allí unos instantes; seguí luego hacia el empleo que tuve en la panadería del señor Boss. Antes de llegar a la calle en la cual tomaba la micro, doblé en la esquina y me dirigí al puente.

El caudal del río en el cual Carla y yo nos conocimos estaba tremadamente crecido por las lluvias de un otoño que se pretendía invierno, y arrastraba furioso piedras y troncos y ramas de grandes árboles...

Ya Carla no existía en mi pensamiento, ni tampoco mis sueños despedazados por mi falta de talento, ni los reproches de un pasado que se aburrió de tanto hacerme sufrir culpándome una y otra vez. Me eran indiferentes aquel presente que ya no me deseaba, y el futuro inalcanzable que me había despreciado.

Alegria, frustración, miedo, aspiraciones, amor... todo había perdido sentido. Todo, excepto la música: hacía meses que no deseaba que las armonías del sonido acariciaran mi corazón, y tener conciencia de aquello me abatía el Alma con una incommensurable desesperanza, un insondable vacío como jamás podrás imaginar, por más triste que estés.

Si existiese la vida después de la vida, si pudiese una elegirla, escogería ser una melodía, como la del viento soplando sobre las olas del mar, o acariciando los cañones de las montañas...

El pensar que ya NUNCA MÁS tendría la capacidad de disfrutar de la música, me hizo llorar infinidad de noches...

Apoyada en la baranda del puente, saqué el papel que traía en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta rosada, la misma que llevaba cuando conocí a Carla y que a ella tanto le gustaba que yo usara. Lo desdoblé y lo leí:

“Para Bodah:

Hablando como el estúpido con gran experiencia que preferiría ser un charlatán infantil castrado. Esta nota debería ser muy fácil de entender. Todo lo que me enseñaron en los cursos de punk rock que he ido siguiendo, desde mi primer contacto con la ética de la independencia, ha resultado cierto. Hace demasiado tiempo que no me emociono ni escuchando ni creando música, ni tampoco escribiéndola, ni siquiera haciendo rock'n'roll. Me siento increíblemente culpable. Cuando se apagan las luces antes del concierto y se oyen los gritos del público, a mí no me afectan tal como afectaban a Freddy Mercury, a quien parecía encantarle que el público le amase y adorase. Lo cual admiro y envidio muchísimo. No les puedo engañar, a ninguno de ustedes. Simplemente no sería justo ni para mí. Simular que me lo estoy pasando al 100% bien sería el peor crimen que me pudiese imaginar. A veces tengo la sensación de que tendría que *marcar la hora de entrada* antes de subir al escenario... Soy consciente de que yo, nosotros, hemos influido y gustado a mucha gente. Soy demasiado sencillo. Necesito estar un poco anestesiado para recuperar el entusiasmo que tenía cuando era un niño. En nuestras tres últimas giras he apreciado mucho más a toda la gente que he conocido personalmente y que son fans nuestros, pero a pesar de ello no puedo superar la frustración, la culpa y la hipersensibilidad hacia la gente. Sólo hay bien en mí, y pienso que simplemente amo demasiado a la gente. ¡Dios mío! ¿Por qué no puedo disfrutar? ¡No lo sé! Tengo una mujer divina, llena de ambición y comprensión, y una hija que me recuerda mucho como había sido yo. No puedo soportar la idea de que Frances se convierta en una rockera siniestra, miserable y autodestructiva como en lo que me he convertido yo. Gracias a todos desde lo más profundo de mi estómago nauseabundo por sus cartas y su interés durante los últimos años. Se me ha acabado la pasión, y recuerden que es mejor quemarse que apagarse lentamente. Paz, amor y comprensión. Por favor, Courtney sigue adelante, por Frances, por su vida que será mucho más feliz sin mí.

Los quiero ¡Los quiero!

Kurt Cobain.”

Doblé el papel y lo volví a guardar en la chaqueta. Encendí un cigarro.

Miré el furioso río y mientras lo miraba, lo vi calmo y cristalino y me vi en la memoria apoyada en aquel mi árbol favorito, escribiendo en la libretita, en una de las muchas que fui llenando con poemas e historias y personajes y pensamientos... me veía allí, y me veía simultáneamente en la otra orilla, siempre escribiendo y mirando a ratos a la chica solitaria quien, sentada, mojaba sus pies en el agua en aquella lejana tarde de verano... y también me veía en ese mágico mediodía de finales de abril, conversando con Carlita, lanzando piedritas en el agua y riendo... siempre reíamos...

Y mientras nos contemplaba allí, vi al mismo tiempo cuando pasamos haciendo rafting en aquel invierno tan distante, y me vi en el árbol ése en el cuál escribía la tarde en que mis ojos se posaron en ella por vez primera, y en mi memoria sentí ese abrazo tan tierno y cálido cuando nos dimos nuestro primer beso...

¡Toda la sensación de aquello era tan surrealista!

Saberme como la triste espectadora de la alegre vida que nos prometíamos compartir, y de la cual no quedaban más que imágenes en mi retina...

... la certeza de que aquella sería mi última mañana y que ya no vería otro atardecer, y la Luna no me encontraría esperándola ansiosa al verlaemerger desde la Cordillera... tener la seguridad de ya nunca más volver a escuchar un acorde de violín, a Beethoven, un solo de guitarra ni los vientos de una orquesta de cámara ni la ópera magna de Bohemian Rhapsody... ni La leyenda del Hada y el Mago...

Lancé al río mis libretitas y cuadernos llenos con mis esperanzas y escritos, y las llaves del apartamento de mi amigo, las cuales nunca usé.

Lo que sigue me lo relató Aniceto, y es así más o menos como lo recuerdo:

“No era la primera vez que pasaban varios días, semanas o incluso meses sin vernos -me dijo- y no habría sido extraño eso de no ser por un presentimiento que comenzó a invadirme el lunes en la mañana. Me incomodaba algo pero no podía identificar qué era o a qué atribuirlo. Y eso duró todo el lunes y en la noche no pude dormir, me encontraba demasiado nervioso y lo peor era que no sabía por qué. Nunca he sufrido de insomnio ni nada de eso. Por más problemas que tuviese siempre lograba dormir. Me amanecí dándome vueltas de acá para allá en la cama y cuando el amanecer ya se asomaba, un nombre apareció en mi mente, y de hecho lo escuché claramente, y con tu voz: “Ciri”, eso escuché.

Me levanté y me vestí muy rápido, como impulsado por una extraña energía y sin perder tiempo me dirigí hacia donde habías vivido. Una indescriptible angustia se había apoderado de mí, me bajé de la micro y corrí hacia el que había sido tu hogar tanto tiempo...

Al doblar la esquina que deja ver el puente, te vi apoyando las manos en la baranda y fumando un cigarrillo. A medida que me acercaba mi corazón quería salirse de mi pecho; me puse a correr y comencé a llamarte, ¡CIRI! ¡CIRI!, gritaba, pero no me escuchabas, ¡CIRI! ¡CIRI!, seguía llamándote.

Llegué al fin a ti.

Incontables colillas te rodeaban, te tomé de los hombros y te sacudí bruscamente. Me impresionó tu cara: unas ojeras enormes y la piel de tu rostro increíblemente pálida... me aterroricé.

Cirilita... linda... te conozco desde hace mucho tiempo y te sé alegre y enojada, triste y pensativa, lúcida y borracha, pero nunca te había visto así... Te dejaste sacudir, pero nada dijiste: me dio tanta pena contemplarte que las piernas se me doblaron y hube de sentarme en el piso. Apoyando mi espalda en la baranda me tomé la cabeza entre las manos y comencé a llorar, no sé por qué, no tenía razón para hacerlo pero una increíble sensación de amargura me llenó el Alma. Encendí un cigarro con manos temblorosas. Parecías no notar mi presencia, estabas completamente ida...

Te tomé de una mano y te dejaste llevar hasta el parque que está cerca del puente. Ambos íbamos en silencio. Una vez sentados en una banca, vi los colores volver poco a poco a tu rostro el cual hace apenas unos minutos parecía ser transparente... y te pusiste a llorar. Y lloraste y lloraste tanto rato y tan desgarradoramente...

Jamás en mi vida, nunca, pero nunca nunca había sentido un llanto más triste... yo... sólo te abrazaba, hermana...

Estuvimos así durante no sé cuánto tiempo, media hora o una o dos, en verdad no lo recuerdo.

“¡Tienes que irte, Ciri! ¡Tienes que irte de acá, no puedes seguir así!”, te dije luego de que te desahogaste contándome todo, la vida que estabas llevando y la razón por la cual te habías alejado de mí”.

Eso me contó Aniceto y sólo volví a tomar conciencia de la realidad estando ya en su departamento.

Me pasó un cigarro y me dijo que lo lanzara hacia un mapamundi azimutal que tiene en la muralla de la sala. Lo alancé y el cigarro golpeó en los Estados Unidos... de Méjico. Específicamente, la ciudad de Tijuana.

Fue hacia la cocina, movió el microondas y trajo la alcancía. La arrojó al piso y miles de monedas y trozos de arcilla y billetes quedaron desparramados por la sala. Los contamos: tenía el dinero suficiente para los pasajes y la estadía de una semana en Nueva York.

- Toma lo que consideres necesario para que te vayas.
- Pero
- ¡PERO QUÉ, CIRI! ¡TIENES QUE IRTE, WEÓN! ¡ÁNDATE! ¡ÁNDATE Y ARREGLA TU VIDA DE UNA VEZ!

Mi amigo tenía un sueño, un sueño que se había transformado en proyecto una vez hubo comenzado a trabajar por él: quería conocer New York, ¿por qué?, ni él lo sabía, sólo deseaba conocer esa ciudad. Y le costó mucho juntar el dinero que necesitaba para el viaje.

A durísimas penas y luego de mil privaciones, ahorrando el pan cuando tenía leche y ahorrando la leche y el pan cuando tenía carne -él no era vegano en aquel tiempo-, ya había juntado dinero suficiente para los pasajes y la estadía, y únicamente le restaba sacar la visa y comprar los boletos del avión.

Si existen reencarnaciones y esas cosas, por más existencias que pueda yo tener, nunca podré saldar la deuda con Aniceto.

Intentó juntar el dinero que me pasó aquella tarde pero no pudo hacerlo hasta un par de años después, cuando ya había egresado de la carrera y su esfuerzo académico comenzaba a dar frutos en su profesión. Incluso hasta el día de hoy, al recordar aquello... eso, eso es lo único por lo que siento una infinita vergüenza...

Él lo sabe y cada vez que nos juntamos, al verme de pronto bajar la mirada sin motivo alguno, sonríe y me dice “no seas tonta, yo te quiero de verdad y sé que habrías hecho lo mismo por mí”, y siempre me da un abrazo.

—Sabes, necesito pedirte un enorme favor -me había dicho al comenzar a despedirnos-.

— Dale. Pídeme lo que quieras, tú sabes que te debo la vida y que nunca podr

— Ya, para con eso, porfa...

Me sonrojo y bajo la mirada. Aniceto se ríe y me abraza, acariciando mi cabeza. Yo me acurruco en sus brazos y su calor alimenta mi Alma. Le abrazo también, muy, muy apretado. Si me gustaran los hombres, él habría sido mi macho hace rato. Y si a él le hubiesen gustado las chicas, yo hace rato que habría sido su hembra.

— Ciri, tú eres tremenda escritora, todo el mundo lee tus cuentos y novelas, y

— O sea, tan tan buena escritora no soy, intento hacer lo que puedo y cuando sup

— ¡Me carga eso de ti, Ciri! Está bien no andar opacando a los demás, pero creo que la jactancia y la humildad son diferentes formas de la misma hipocresía. ¿Por qué debemos siempre estar resaltando únicamente los logros y virtudes y potencialidades de las otras personas, y nunca las nuestras?

— ¿...?

— ¿Has visto a los aguiluchos volar majestuosos y gritando anunciándoles a las palomas “aquí vengo yo” y las palomas huyen desesperadas? ¿Has visto al pavo real, pavonearse?

— Sí, sí, claro que los he visto, el asunt

— Nada. Los tipos son conscientes de sus capacidades, de su poder y de sus logros. ¿Por qué, entonces, no resaltar nuestros triunfos? Es sumamente sano el hacernos valederos ante nuestros propios ojos...

— Sí, sí... te encuentro razón...

— Ya, el asunto es que tú tienes la credibilidad que yo no tengo, porq

— ¡¿QUÉÉÉÉ?

- Sabes a qué me refiero, Ciri: hay un juicio y cuando la defensa del otro cliente se entera que yo o alguien de mi firma representaremos a la contraparte, a los tipos les faltan pies para buscar acuerdos extrajudiciales. No por nada me dicen “El Tiburón”. El punto es que yo tengo validez en el ámbito jurídico, pero tú lo tienes en todos lados...
- ...
- Ciri, tú y yo y todo el mundo sabemos que eres una genio, y que lo que digas en la tele o en la radio o lo que escribas en RRSS o alguna revista o periódico, es ley. Has creado cuentos, relatos y novelas que han sido traducidos a prácticamente todos los idiomas. Se han rodado películas de tus textos, te citan en la Rolling Stone y todos los rock stars dicen que están leyendo alguno de tus éxitos pues así se ven inteligentes, hablan y dicen que se identifican con tus pers
- Oye, ya, detente. Está bien que la escurridiza fama te acaricie un rato; sin embargo, yo pienso que nosot
- Ya, ok, Ciri. Estás en la misma de renegar de tus logros, de las interminables noches en las cuales te amaneciste escribiendo, intentándolo y esforzándote cuando todo iba mal... no tuviste dónde dormir incontables veces y pasabas alcoholizada y drogada, o famélica y mareada de hambre y congelándote en las bancas de los parques, pero nunca dejaste de escribir, nunca.
- Sí, lo sé, pero no es tan así como lo dices, porque muchas veces nosot
- Mira, Ciri. No voy a seguir discutiendo lo mismo. Piensa lo que quieras. Además, Cesar me está esperando y ya conoces que el tipo es harto celoso, y me encanta que me cele así y que me intente controlar sabiendo que nunca lo podrá hacer. Por algo llevamos tanto tiempo juntos...
- Ja ja ja, sí lo sé. Ya... entonces... ¿y el favor?

“Quiero que metas la carpeta de Camasho en uno de tus textos. Tienes el talento de convertir cualquier cosa en una buena historia”, concluyó.

Sentada en el sillón, destapé un exquisito Gran Reserva cabernet sauvignon Tierra Sagrada, año 2004; tomé un pocillo con pasas y maní, y con la carpeta en mis rodillas di un largo sorbo a mi copa: 14,5° de alcohol.

La abrí, y comencé a leer el expediente.

Cuatro botellas después, caminaba tambaleante a mi escritorio, tomé un lápiz y comencé a escribir la carta que le enviaría a mi amigo en respuesta a su petición.

Transcribo la versión final, puesto que las primeras eran ilegibles de lo borracha que estaba y se me mancharon con vino:

“Santiago, 13 de julio de 2017
Señor Aniceto Hevia Henríquez, presente.

Acabo de leer la carpeta.

El material que en ella hay es de sumo valor, está extremadamente prometedor, por lo cual comenzaré a redactar el texto que me has solicitado desde mañana mismo.

Te enviaré los avances periódicamente.
Creo que en un par de semanas estaré listo.

Quien te quiere infinito, Cirilonga Camasho.”

Lo que había en la carpeta, los tan mentados “antecedentes del caso”, no eran más que el borrador de una novela que Cirilongo Camasho no alcanzó a terminar.

Mi amigo estaba tan ilusionado con el proyecto literario -lo noté en el brillo de sus ojos al pedirme el favor-, que no me quedó otra que mentirle pues la verdad es que el material que me entregó es una reverenda mierda, no sirve absolutamente para nada: relatos que intentan a la fuerza conectarse entre ellos pero que no lo logran; párrafos estructurados de tal manera que no se entiende qué es lo que pretenden, mal cortados, además; cientos de páginas en blanco sin sentido alguno; lenguaje extremadamente soez y procaz, vulgar a más no poder; personajes cuyos ridículos nombres te martillean los ojos cada dos líneas y que se repiten en todos los relatos, sin tener finalidad clara; pobres, qué digo pobres, pobrísimos, ¡Qué digo pobrísimos!, paupérrimos intentos de realismo mágico; el cliché ultramanoseado de los borrachos y drogadictos por todas partes, como si fuese algo novedoso en el siglo veintiuno; degradantes y grotescas escenas de perversiones sexuales que no hacen más que dejar en claro la miseria espiritual del autor; y la guinda de la torta: pretenciosas y grandilocuentes divagaciones filosóficas que rayan en la tontería.

Un verdadero desperdicio.

Bueno, intentaré ordenar las ideas para que se entienda aunque sea en parte el objetivo que pareciera tener el libro de Cirilo. No me referiré a los detalles porque no valen la pena, pero sí apuntaré a lo general del texto de Camasho:

La novela consta de ocho capítulos, en los cuales se narran ocho historias diferentes que le sucederían al mismo protagonista. Hasta ahí, ningún problema.

Pero el asunto se torna engoroso -y era a esto a lo que apuntaba mi amigo con eso de las vidas paralelas- al notar que realmente no es el mismo protagonista, es decir -de verdad que es un embrollo- son diferentes existencias del mismo personaje o de distintos personajes que tienen el mismo nombre: un profesor remplazante que no puede preguntar nada de nada, nunca, a nadie, y que se ve de pronto inmerso en un absurdo colegio; un adicto a la pasta base que podría haber tenido una exitosa vida pero al cual la droga acabó matando; el encargado de administración enajenadamente trabajador para quien un Billete tirado en el suelo, se convierte en el pasaporte hacia un sórdido y bizarro encuentro sexual; el cultísimo e inteligente pero ingenuo aseador de una escuela a quien su profunda soledad le llevará a ser confundido con un violador pederasta; un sobreviviente de los ghettos cuya carrera universitaria -va en último año de Licenciatura en Filosofía-, se la ha costeado traficando pasta base, marihuana y cocaína, y robando; una chica que no logra entender lo que significa la responsabilidad en una relación de pareja y cuyo sueño de ser escritora se desvanece frente a sus ojos; un frustradísimo narcómano que comprende que la única salida a su amargura es el suicidio, pero su existencia da un vuelco gracias a las conversaciones con un anciano; y finalmente, la historia del expediente robado de un juicio que a nadie pareció importarle, y que sentenció a la decapitación a un ciudadano inocente (¿?) acusado de pedofilia...

Como dije, el protagonista se llama igual en cada relato y se supone que son la misma persona, aunque en existencias paralelas; entonces, no serían la misma persona pero como tienen el mismo nombre -y siempre son zurdos-, todo indica que sí son el mismo protagonista, pero en unos relatos es mujer y en otras narraciones aparece como hombre... un enredo imposible de aclarar.

Y si usted, querida lectora o lector que contempla estas líneas, pudiese comprender bien de qué se trata todo este asunto, rogaría se pusiera en contacto con mi persona para así intentar darle un hilo conductor a todo el librito porque a mí, ya me venció el dolor de cabeza con todo esto de Cirilongo Camasho.

Se terminó de editar a las 13:07 de una soleada tarde, el 13 de julio del año 2017 (me acompaña *Zona de Promesas, de Soda Stereo*) luego de siete años de escribir, revisar, tachar, reescribir, y borrar y volver a escribir y revisar y tachar y borrar y reescribir ciento trece veces, cada una de las 378 páginas de esta novela.



Se permite la reproducción sin fines comerciales de ¿Cachay a Cirilo Camasho?,
en parte o íntegramente, y me da lo mismo si me citay o no.

Hay una larga noche de espera,
hasta que mis sueños se hagan realidad.

John Dos Passos, 1919, Trilogía USA-II

Ladrones, cafiches, vagos y artistas, tienen algo en común:
ninguno soporta trabajarle un día a nadie.

Cirila es una de ellos, o al menos, aspira a serlo, y así viajar todo lo que se pueda viajar, conocer todo lo que se pueda conocer, vivir todas las experiencias posibles, y jamás parar de escribir sobre todo aquello.

Cirila y su pareja disfrutan al máximo de sus aventuras, pero un traidor amigo se interpone vez tras vez en su relación amorosa, haciendo también que el mayor anhelo de Ciri, penda de un hilo...

Ocho capítulos se entrelazan para dar vida a una novela hiperrealista y directa -cruda, extremadamente cruda a ratos- franca con quien se adentra en sus páginas, honesta consigo misma en cada reflexión de personajes y narradores, y que muestra en todos sus párrafos la belleza de un arte depurado de florituras y pretensiones estilísticas: historia y lector se enfrentan cara a cara, sin testigos ni intermediarios.

“¿Cachay a Cirilo Camasho?” es un portal narrativo. Si cruzas a través de él, serás parte de una obra con más giros que la más grande montaña rusa que puedas imaginar, y en la cual conocerás profundamente a Cirilongo Camasho. Comprenderás que, quizás, tú y él... son la misma persona.

Cirilonga
Camasho

¿Cachay a Cirilo Camasho?

Cirila Camasho

¿Cachay
a
Cirilo
Camasho?

Quizá, tú y Cirilo... son la misma persona.

CONTRA

PORTADA

por cirilonga (amasho)



ARTES
MARCIALES
EN LA
TIERRA